Selección

# TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

# ¿Y DESPUES DE MORIR...?

Curtis Garland

La luz era ya un resplandor que nos envolvía. Supe que estaba a punto de atravesar la última frontera, de penetrar en lo eterno.

Acaso de verme ante él.

Ante Dios.

Rodeado por todos mis felices parientes y amigos, con la misteriosa y bellísima Hazel guiándome con todos los demás, como si me conociera de toda la vida, pisé el umbral de la Eternidad.



Curtis Garland

# ¿Y después de morir…?

## Bolsilibros: Selección Terror extra - 12

**ePub r1.0**

**xico_weno** 27.11.17

Título original: *¿Y después de morir…?*
Curtis Garland, 1983
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

# PRÓLOGO

EL doctor Keller me miró fijamente. Y utilizó muy pocas palabras para decirme la verdad:

—Lo siento, Howard. Va usted a morir.

Simplemente eso. Así de sencillo. Un mazazo aterrador. Un golpe mortal. Y lo dijo con esa facilidad pasmosa.

Me dejó helado. Primero no tuve exacta noción de lo que quería decir. Es más, casi pensé que por una vez en su vida faltaba a su habitual seriedad profesional.

—¿Bromea, claro? —pregunté, casi afirmando más que interrogando.

Meneó la cabeza. Negativamente. Con rotundidad. Su gesto era severo.

—Dios mío, Howard, ¿cómo voy a bromear con algo así? —se quejó—. He dicho la verdad escueta.

Me quedé callado. Repetí para mí mismo, en voz alta, momentos después:

—Voy a morir…

—Así es, Howard —confirmó.

Levanté la cabeza. Le miré. Pretendía estar sereno, pero no era así. Mis manos habían empezado a temblar. De repente, hasta la luz solar que se filtraba por las persianas de su consultorio me pareció sombría, casi tenebrosa.

—¿Cuándo, doctor? —quise saber.

—Pronto. Muy pronto.

Me puse en pie. Paseé por la estancia, nerviosamente. Me detuve de espaldas a él. Insistí:

—¿Cuándo?

—No puede saberse nunca con exactitud —resoplaba. Parecía encontrar ciertas dificultades para seguir aquella conversación—. Puede ser dentro de un mes. Tal vez algo menos…

—Pero no más de un mes.

—No. No más.

—¿Ninguna posibilidad de…, de un error?

—Ninguna, Howard. Estas cosas se comprueban minuciosamente antes de decirlas.

—Si, lo supongo.

Nuevos paseos. Me detuve otra vez ante la ventana en esta ocasión. Era primavera. Una época suave, amable, soleada y grata. Un mal tiempo para morir. Pero supongo que eso, a la Parca, le importa muy poco.

—Dios… —murmuré, sin saber qué otra cosa decir—. Dios…

Sentí pasos tras de mí. Una mano ruda pero afectuosa se posó en mi hombro. La voz de Desmond Keller, doctor en Medicina y médico personal mío desde que era niño, sonó llena de ternura, de pesar:

—Créame que me ha costado mucho tomar la decisión de serle franco. Pero sé que usted nunca me perdonaría que obrase de otro modo.

—Cierto. Muy cierto —admití—. Yo le pedí sinceridad absoluta cuando vine a verle aquejado de esos dolores iniciales.

—Y la ha tenido. Análisis, radiografías, pruebas… Todo lo confirma. Es un mal, absoluta, totalmente incurable. Sólo existen drogas para calmar los dolores la última semana. Después… llega el final. Es irreversible, Howard, hágase a esa idea por terrible que sea.

—Estoy empezando a intentarlo, doctor. Pero no es fácil.

—Sé que no lo es. Claro está que puede ir a otros lugares a hacerse examinar. A Europa, por ejemplo. Hay allí grandes especialistas. Pero le dirán lo mismo que yo. No hay lugar a la menor duda.

—Es posible que vaya. Sí, iré a Europa un cierto tiempo. El poco que me queda. Tal vez allí me sorprenda el final. Después de todo, tanto da morir en casa como en cualquier otro lado, ¿no le parece?

—Es posible que no sea igual, Howard. Los hombres somos como los animales. Buscamos un rincón donde morir. Ese rincón, casi siempre, es nuestro hogar.

—Yo aún no tengo hogar —sonreí forzado—. Usted lo sabe. Pese a que no soy ningún niño, no tengo familia. Muertos mis padres y

parientes, quedó la gran casa conmigo y con la servidumbre. Por eso…, por eso iba a casarme.

Me volví al decir esto. Vi que se estremecía y desviaba la mirada.

—Cielos, sí —murmuró roncamente—. La boda… Pamela Kirk… ¿Qué va a hacer ahora?

—Eso mismo, doctor. ¿Qué voy a hacer? —Encogí mis hombros con fatalismo—. No parece que tenga muchas alternativas, después de todo… Casarme y dejar una viuda joven y hermosa a los pocos días de la boda… Romper el compromiso y dejar que Pamela sea feliz con cualquier otro… Creo que ahí terminan las posibilidades.

—¿Y por cuál se va a decidir?

—No lo sé. Se enterará en breve, doctor. Debo tomar ahora mi decisión. Y la tomaré, no lo dude. No puedo perder mucho tiempo en pensarlo. Ni en ninguna otra cosa.

Recogí mi chaqueta. Fui hacia la puerta con lentitud. El médico me seguía con mirada comprensiva. Trató de mostrarse alentador:

—Si algo puedo hacer por usted, Howard…

—Gracias —sonreí desde la salida—. No creo que haya mucho que pueda hacer, doctor. Tampoco me gusta la compasión. Voy a dar un paseo por ahí. Es un día muy agradable. Luce el sol y hay flores por todas partes. Pensaré.

—No haga ninguna tontería —me avisó, con cierto tono de alarma en su voz.

—¿A qué se refiere? —me sorprendí—. ¿A un suicidio para evitarme el sufrimiento final? No, no tema. No soy tan cobarde. Quiero vivir. Incluso el resto de mis escasos días, deseo vivirlos hasta apurar el último minuto, por duro que resulte.

Abandoné la consulta. Cuando pisé la acera, el sol casi me cegó. Era un mediodía espléndido. Demasiado espléndido para un hombre que, a lo máximo cuatro semanas más tarde dejará de ver el sol, el cielo, la luz, la vida…

Eché a andar, olvidándome de mi coche. Me sentía mejor así, notando la tibia caricia solar en mi rostro, en mi cuerpo todo. Deambulé sin rumbo fijo, contemplando lo que había a mi alrededor con aire ausente. Todo parecía contemplarse ahora a través de un nuevo prisma, cobrar una dimensión que yo desconocía. El vuelo de una blanca mariposa sobre las flores de un

parterre, los niños jugando en un jardín, corrían y reían, felices y traviesos. Una mujer en bikini tomaba el sol primaveral tendida en un rectángulo de césped. Tenía hermoso cuerpo y curvas voluptuosas. Más allá, un repartidor dejaba su mercancía a la puerta de las residencias. Un perro ladró al paso de un gato veloz. Una avioneta de propaganda surcó el cielo azul, mostrando el anuncio de un conocido refresco.

Todo era hermoso. Todo tenía un valor. Era la vida, con sus mil y una minucias, con sus incontables encantos triviales y cotidianos, a los que nunca damos importancias. Dios mío, cuánto importaba ahora para mí todo eso, hasta lo más insignificante…

Y en ese paseo, tomé mi decisión.

* * *

El avión abandonó el aeropuerto internacional. La ciudad de Nueva York fue quedando atrás, mientras nos adentrábamos en el Atlántico.

Dirigí una mirada al hacinamiento grisáceo de los rascacielos, sumergidos en la bruma de la contaminación.

«Tal vez —pensé—, era la última ocasión en que podía contemplar mi ciudad natal».

Me recliné en el asiento, cerrando los ojos. Evoqué las últimas palabras cruzadas entre Pamela y yo, horas antes de iniciarse este viaje a Europa:

—¿Estás decidido, Howard?

—Si. Totalmente decidido, Pam. Lo siento.

—No tienes que lamentarlo ni disculparte. Sólo que… no esperaba esto.

—Necesito pensar, querida. Ahora sería un error casarnos, quiero que lo comprendas. —Pero habíamos fijado una fecha para la boda… ¿Por qué no lo pensaste entonces?

—No lo sé. Me sentía confuso…

—¿No será ahora cuando de verdad estás confuso?

—Es posible. Por eso quiero ver claro, no tener dudas de ningún tipo.

—¿Soy yo la culpable de esta decisión tuya, Howard?

—No —negué—. No eres tú, puedes estar segura de ello.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido para que cambies tan bruscamente de criterio?

—Ya te lo dije. No me siento seguro de mí mismo. Algo me ocurre. Debo reflexionar, madurar mis ideas. Será sólo un aplazamiento. Cuando vuelva de Europa, es posible que vea todo más claro y queden atrás todas mis dudas.

—Lo siento, Howard. No te prometo nada. Cuando vuelvas de Europa, es posible que también yo haya cambiado mis ideas y vea las cosas de otro modo.

—¿Aludes a una posible ruptura decisiva?

—No sé a lo que aludo. También yo me siento confusa ahora. Simplemente, Howard, te he dicho que es posible que yo tome también mis propias decisiones. Tengo derecho a ello, ¿no?

—Por supuesto, querida. Lo tienes y no pienso discutírtelo. —Dios mío, pensé, ¿por qué era tan difícil ocultarle la cruda realidad a Pamela?—. Aceptaré sin un reproche lo que hayas decidido a mi regreso, Pam.

—De acuerdo. Ahora, buen viaje. Y hasta la vuelta.

—Adiós, Pam. ¿No vas a besarme como despedida? —sugerí.

—Claro. Es lo acostumbrado en estos casos, ¿no? —comentó con dolorido sarcasmo que también a mí me causó daño.

Me besó. Fría, distante. Yo le devolví ese beso con calor, con profunda ternura. Pero ella no pareció darse cuenta. Abandonó el local donde estábamos sentados. Y con ello, abandonó mi vida, quizá para siempre. Fuerte, vital, y al mismo tiempo tan femenina. Una joven deportista, como era ella. Tiradora con arco, jugadora de tenis, nadadora…

La vi salir con mirada turbia, penosa. Me dominé mucho para no correr tras de ella y revelarle la verdad. Sabía que se iba llorando, destrozada moralmente. Y sin embargo, no lo hice. No quise amargarla más aún. Era mejor así. Que pensara lo que quisiera. Sería menos doloroso, hasta el día que conociera la realidad de las cosas, cuando yo…, cuando yo hubiera muerto ya.

Abrí los ojos. Debajo del reactor sólo había ya mar azul y terso, con algunas embarcaciones como juguetes navegando por él. Mi viaje a Europa había comenzado. Mis únicos parientes en el mundo, aunque lejanos, estaban allí, en un lugar de Escocia. Tampoco ellos tenían por qué saber la verdad. Iba a pasar mis últimos días con ellos.

Así conocería a mi prima Selena y vería de nuevo, después de

casi veinte años, a mi tío Ian. Por entonces era yo un jovenzuelo lleno de ilusiones, con toda una vida por delante. Ahora, a mis cuarenta y dos años, me enfrentaba a la terrible fatalidad de mi dolencia irreversible, de mi inminente desaparición. Las cosas habían cambiado mucho en esos quince años, ciertamente.

Pero ellos tampoco sabrían la verdad, a menos que me sorprendiera el trance final en su compañía. El doctor Keller me había descrito bien los primeros síntomas, para cuando los advirtiese:

—Primero empezará a sentir frecuentes dolores de cabeza. Después, perderá paulatinamente la visión de ambos ojos, y los dolores se harán más agudos, mientras le resulta más y más difícil mover sus miembros. Será una especie de pesadez física que no llegará en ningún momento a ser una parálisis, salvo cuando le queden ya muy pocas horas de vida. Para entonces, los dolores sólo serán soportables mediante drogas que le he recetado y que llevará siempre consigo, y habrá perdido totalmente la visión, debiendo permanecer en cama hasta que llegue el fin.

No era un programa agradable el que me esperaba, ciertamente. Pero había empezado a hacerme ya a esa idea, y todo se iba haciendo más tolerable, dentro de lo que cabía.

Llevaba en mi equipaje todo lo necesario: cápsulas de medicamento que posiblemente prolongasen un poco mi vida, ampollas inyectables y jeringuillas de plástico para aplicarme las drogas calmantes en su primera fase… En fin, todo lo que necesitaba en aquellas semanas siguientes, las últimas de mi vida.

Había dejado en orden todos mis asuntos en Nueva York. Negocios, bienes, todo. Mi abogado se ocuparía de atender mi testamento y repartir mis propiedades. Un hombre rico, como yo, triunfador en los negocios, siempre deja demasiado cuando abandona este mundo. Y entonces comprende cuán inútil fue todo el esfuerzo para amasar algo que uno no puede llevarse consigo en el último viaje…

Mi tío Ian y mi prima Selena esperarían mi llegada ahora, pero sin saber nada relativo a mi enfermedad. Para ellos, era la sorprendente visita de un familiar demasiado rico y caprichoso, que por fin un día se acordaba de que ellos existían en aquel paraje remoto de Escocia donde tenían su vivienda.

Eso sería todo. Si llegaba el momento de morir estando en su compañía, sabrían la verdad justo en ese momento, pero no antes. De momento les había dicho que pensaba pasar allí un mínimo de ocho o diez días. Pero ni yo mismo sabía si disponía de todo ese tiempo, o si me quedaría más, hasta agotar mi plazo.

Lo que no podía pensar, mientras el reactor de la TWA me llevaba a Europa, por encima del Atlántico, es que en Escocia iba a encontrarme con una situación extraña que me sugería por vez primera una posibilidad alucinante y remota.

La posibilidad de otra vida, más allá de la misma muerte…

# PRIMERA PARTE

# Capítulo primero

ERA un camino difícil e inhóspito el que conducía desde Aberdeen hasta Methlick, todavía más al norte. Se debía recorrer una carretera de segundo orden o tercer orden, entre páramos azotados por un frío viento del norte, teniendo a cada lado verdes prados y yermos en constante alternativa. Escocia es una tierra singular, entre hermosa y agreste, pero cuanto más al norte de ella se viaja, todavía ofrece mayores contrastes y más duros perfiles.

Pronto quedaron atrás los acantilados de Aberdeen, con sus millares de ruidosas gaviotas, sus caladeros para la pesca del salmón y el bacalao, y sus factorías echando humo a la limpia y gélida atmósfera norteña.

Allí no era la primavera soleada y apacible como en Nueva York. Un frío de mil diablos acompañaba al descapotable que, con su capota de lona subida, sin impedir la entrada del glacial aire del norte, me conducía, por vericuetos entre peñascales y frondosos prados hacia la pequeña población en cuyas cercanías vivían los Jackson.

El conductor del coche era un escocés algo adusto, como todos los buenos escoceses que se precien, rubicundo, de grandes patillas rojas y nariz colorada por algo más que el efecto del frío cierzo. El buen *whisky* de la tierra no debía de ser ajeno a aquella graciosa pigmentación nasal. Sus ojillos azules brillaban sagaces bajo las hurañas cejas, y vestía su tradicional falda escocesa a cuadros verdes y negros, y gorra de iguales colores, rematada por una borla.

Me había dicho llamarse Emlin McGee, y trabajar al servicio de los Jackson. No había podido ir mi tío Ian a recibirme, a causa de una dolencia de su hija Selena, mi prima.

Me interesé por la salud de ella, pero el tal McGee, con sequedad, eludió toda respuesta concreta, limitándose a decir que «la cosa no era grave», según el doctor, y que todo se arreglaría.

Tras tan reveladora información, me invitó a subir al renqueante vehículo, y emprendimos el camino hacia el norte.

Por fin avistamos Methlick, que era una pequeñísima población a un lado de la carretera, desparramados sus pocos edificios cerca de un yermo desolado y triste, recibiendo de espalda el ventarrón que remontaba un cercano peñascal. Aquello distaba mucho de ofrecerme una panorámica alegre, pero no me importó demasiado. Había llegado a ver las más bellas y radiantes cosas de este mundo con total indiferencia y hasta con disgusto.

A cosa de media milla de la población, se alzaba la propiedad de los Jackson, precisamente al medio de aquel yermo, sobre un promontorio suave, rodeado de brezos y arboledas ásperas, que el viento movía esa tarde agitadamente. Tuve un raro presentimiento al descender del coche, mientras McGee lo hada portando mis dos únicas maletas.

Fue la sensación de que algo no era normal allí. De que, aparte mis propios problemas, una sombra inconcreta flotaba sobre la vieja casa solariega de los Jackson y sus habitantes.

«Tal vez era influencia de aquel yermo y del nublado cielo gris», pensé.

Pero seguí albergando dentro de mí la peculiar e incómoda sensación de que me estaba sumergiendo en un clima poco adecuado para mi propio estado de ánimo.

Era como si, huyendo de toda tristeza y pesadumbre, me hubiera encaminado precisamente a algún lugar donde hubiera cosas sombrías y terribles, capaces casi de eclipsar mis propias angustias.

Cuando crucé el umbral de la casa, esa sensación se hizo casi tangible, me agobió con su ominosa presencia. Pero luego, al aparecer tío Ian, todo cambió de color, y empecé a decirme a mí mismo que mi actual estado me hacía ver oscuridades y horrores allí donde nada sucedía fuera de lo cotidiano.

—¡Howard, querido sobrino! —bramó la voz jovial y poderosa de Ian Jackson, mientras su recia humanidad cruzaba rápidamente el vestíbulo, amplio y señorial, para lanzarse a mis brazos y casi arrollarme con su abrazo de oso.

Sonreí, devolviéndole apuradamente el calor de aquel contacto, cosa bastante difícil con un hombretón de tan macizas y anchas espaldas y tan apabullante humanidad como la suya. Estrujado y

triturado virtualmente por su cordialidad típicamente escocesa, logré al fin desasirme lo suficiente para resoplar un apurado:

—Hola, tío Ian. Me alegra mucho verte de nuevo…

—Pues imagínate yo… —me contempló con ojos brillantes, desde su rostro ancho y cordial—. Tantos años sin vernos… Diablo, Howard, te conservas muy joven para haber cumplido ya los cuarenta… Y eso que la última vez que te vi, apenas si habías rebasado la frontera de los veinte… Fue cuando acababas de casarte, ¿recuerdas?

Afirmé frunciendo el ceño ante el recuerdo que me llegaba en la voz de mi tío. Casarme… Era algo que casi había olvidado, después de veinte años de separación entre aquel momento y éste de ahora.

Y sin embargo, él tenía razón. La última vez que nos viéramos, Helen y yo acabábamos de casarnos. De eso hacía tantos años…

—Lo recuerdo, tío —asentí—. Por desgracia fue un matrimonio tan breve…

—Sí, muchacho, bien lo sé. Después de todo, era pariente nuestra, una escocesa de origen. Recibirías mi pésame cuando supe de la muerte de tu mujer, ¿verdad?

—Naturalmente. ¿Es que no te contesté acaso?

—Pues no sé, no recuerdo bien. Es posible que sí, y lo haya olvidado —se encogió de hombros—. La edad le hace a uno olvidadizo, querido sobrino. Deberás perdonarme por eso y por muchas otras cosas.

—No creo que haya que perdonarte. Además, de eso hace ya mucho tiempo. Helen y yo sólo fuimos relativamente felices durante un año escaso. Luego, su extraña y repentina dolencia la llevó a la tumba, y allí terminó todo.

—Siempre pensé que volverías a casarte. ¿No lo has hecho?

—No, no aún —moví la cabeza, indeciso—. Tengo una novia ahora, pero…

—¿Pero qué?

—No sé. Soy demasiado mayor quizá para construir ahora mi hogar. Pasé excesivo tiempo solo, sin pensar en crear de nuevo una familia que me diera hijos, vida hogareña y todo eso. Ahora… no sé qué hacer con exactitud, tío. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Cómo va todo aquí? ¿Y la prima Selena? Ni siquiera la conozco más que por fotografías.

Nunca quisisteis viajar a los Estados Unidos…

—Ni tú aquí. Ya sé que tus negocios te absorben todo el tiempo, Howard. Pero a veces hay cosas más importantes en la vida que amasar dinero y dinero. Entre otras cosas, vivir la propia vida, mi querido sobrino.

—Vivir la vida… —suspiré, ensombrecido—. Creo que dices una gran verdad, tío. Pero uno, a veces, se da cuenta demasiado tarde de cosas así.

—Bah, tonterías. Tú tienes tiempo de sobra. Eres joven, rico, bien parecido… En esas circunstancias, se puede aún gozar intensamente de la existencia, créeme.

Cada una de aquellas palabras me hacía daño. Si él supiera… Sacudí la cabeza, tratando de cambiar de tema lo antes posible:

—Te pregunté por mi prima, tío. He observado que es muy bonita…

—Oh, sí, si. Muy bonita. Lo fue desde muy niña —repentinamente, su rostro se había ensombrecido, sin saber yo la causa—. Creo…, creo que ésa es otra de las cosas por las que deberás perdonarme, Howard.

—¿Perdonarte? No entiendo…

—No llegué a escribirte cuando todo comenzó. Y ahora lo siento. Te resultaría más fácil comprender la situación… si es que hay posibilidad humana alguna de comprenderla realmente.

—Sigo sin comprenderte, tío Ian —confesé—. Pero adivino algo raro en tu tono, en tus palabras… ¿Le ocurre algo a prima Selena?

—¿Ocurrirle? —Jackson meneó la cabeza con pesadumbre antes de proseguir con un tono apagado y pesaroso—: Le ocurre lo peor del mundo, algo que nadie en su sano juicio podría imaginar ni remotamente.

—Me alarmas, tío.

—Hay motivos para alarmarse, créeme.

—Pero por el amor de Dios, ¿qué es lo que le sucede a mi prima?

—Le sucede… que ni siquiera es ya tu prima Selena.

—¿Qué? —balbuceé, sin entender nada de nada.

—Como lo oyes. Ella… no es ella.

—Eso no tiene sentido, tío.

—Ven conmigo —suspiró—. Lo sabrás enseguida.

Le seguí escaleras arriba. Me sorprendió ver varios crucifijos en el camino. Uno en el propio vestíbulo, otro colgado de una pared del corredor superior, otro ante la puerta cerrada que mi tío me abrió momentos después… Yo sabía que, como buenos escoceses, eran gente de fe, pero nunca llegué a sospechar que su fervor religioso llegara tan lejos.

Al abrirme, vi ante mí una habitación amplia y confortable, con una ventana asomada al páramo. Ante una chimenea encendida, un pesado y cómodo butacón de piel acogía a una persona encogida e inmóvil, cuya mirada permanecía perdida en las brasas y leños del hogar. Sostenía algo en sus manos. Primero creí que era un paño azul que estuviera cosiendo o zurciendo. Cuando di unos pasos hacia el interior, invitado por el gesto y el ademán de mi tío, comprobé que era una muñeca.

Una muñeca de trapo con un horrible vestido azul y el aspecto todo de ser de las que se vendían veinte años atrás, pero no en la actualidad. Las manos femeninas, suaves y pálidas, acariciaban repetidamente los cabellos amarillos de la muñeca.

—Ahí la tienes, Howard —me dijo sordamente tío Ian—. Ésa es Selena, tu prima. ¿Entiendes ahora?

La miré largamente, en silencio. La recordaba de las fotografías. Ciertamente, era bonita. Bonita y frágil. Una muchacha de piel pálida y algo pecosa, grandes ojos azules y unos labios carnosos que sabían sonreír con dulzura. Su cabello tenía el color de la mies en verano. Pero ahora, todo eso parecía como palidecido, perdido tras un velo de tristeza, abstracción y lejanía.

Acariciaba la muñeca sin parar, mientras murmuraba palabras ininteligibles entre dientes, la mirada perdida en los leños. La miré. Ella me miró a su vez, de un modo fugaz, apenas un instante. No pareció reaccionar. Siguió mirando a la chimenea como si yo no existiera.

—Dios mío —murmuré, mirando con angustia a mi tío—. ¿Acaso está…?

Y me toqué la cabeza, significativamente.

Tío Ian negó despacio con gesto abatido. Su voz sonaba a cansancio y amargura:

—Es lo que pensé yo inicialmente. Aún no estoy del todo seguro, la verdad. Pero el doctor

O'Neal
dice que su mente está sana, equilibrada. No puedo entenderlo.

—Yo tampoco. Ni siquiera muestra interés por nada que no sea su muñeca —volví junto a mi tío, sin dejar de mirarla a ella—. Me ha ignorado por completo.

—Siempre obra igual. Nos ignora a todos. Vive en otro mundo. En su mundo.

—¿Y cuál es ese mundo? —quise saber.

—El de otra persona, Howard.

—¿Otra persona? —confieso que cada vez lo entendí menos.

—Así es. Selena… no es Selena, ya te lo dije antes.

—Sí, lo oí. Pero no lo entendí entonces. Ni tampoco ahora. ¿Qué le ocurre? Tiene todas las trazas de estar… bueno, perdona la crudeza de mi palabra, tío, pero yo diría, a simple vista que la prima Selena se ha vuelto… loca.

—Eso es lo desconcertante de este caso, querido sobrino. Que ella no está loca. Pero sí lo está la otra.

—Oh, no, por lo que más quieras, deja de hacer juegos de palabras que no conducen a ninguna parte. ¿Quieres decirme de una vez cuál es el caso?

—Te lo diré: Pero dudo mucho que lo entiendas, porque ni siquiera yo he llegado aún a comprenderlo con exactitud. Para más datos y aclaraciones, será preferible que le preguntes al doctor
O'Neal.
El parece asumir mucho mejor que nadie la realidad de los hechos, pese a lo extraños e incomprensibles que ellos me resultan.

—Espero esa explicación tuya, tío.

—Selena ya no es ella, sino otra persona. Hubo una muchacha joven, una tal Hazel Marston, que murió hace diecinueve años. Justamente los que tiene Selena en estos momentos. Pues bien, Hazel Marston estaba loca y se suicidó. Puso fin a su vida mientras jugaba con una muñeca rubia, de ropas azules…

—Dios mío —musité, mirando a mi prima, que acariciaba incesantemente a su propia muñeca, con aire ausente. Y sentí un escalofrío que no pude reprimir.

—Ahora, Selena es Hazel. El espíritu de ésta, o lo que sea, ha reencarnado en ella de súbito, y afirma ser Hazel, vive y siente como ella, no me reconoce a mí ni a nadie, y sólo pide que vuelvan

su madre y su padre para estar junto a ellos y ser feliz. Pero la madre de Hazel Marston murió poco después de suicidarse su hija, y el viejo Marston es un hombre abatido y enfermizo, que se resiste a creer que su difunta hija haya podido volver a dar señales de vida, dentro del cuerpo de otra persona, casi veinte años después de haber muerto.

—Sí, señor Nybee. Su tío, por desgracia, le ha referido la verdad de los hechos con todo detalle y fidelidad. Así están aquí las cosas en estos momentos.

El doctor Malcolm O'Neal era un hombre de ademanes suaves, aire apacible y facciones típicamente escocesas. Alto, calvo, con barba frondosa, tan roja como sus escasos cabellos, ojos muy claros y rostro rubicundo, no vestía con falda propia de la tierra, pero llevaba una gorra tradicional y un emblema de algún clan escocés en su solapa. Por mi tío Ian sabía que era un típico nativo de la frontera, un borderer perfecto, amante de su Escocia natal y profundo adversario de todo lo que fuese inglés. Si alguna vez volvía a haber una guerra entre Escocia e Inglaterra, cosa harto improbable, aunque no por falta de ganas de unos y otros británicos, era seguro que el doctor O'Neal se alistaría el primero, según palabras de mi tío.

—Doctor, usted es un hombre de ciencia —comenté con tono desabrido acercándome a él—. ¿Cómo puede aceptar la historia de…, de una reencarnación?

Me miró casi compasivo, como si estuviese mostrándome ridículamente torpe. Meneó la cabeza con desaliento.

—Mi querido señor Nybee, usted no sabe nada de esas cosas —suspiró—. No puede reprocharme que acepte los hechos tal como son.

—De acuerdo. No sé nada sobre reencarnaciones, si se refiere a eso —gruñí—. Pero lo último que me podía esperar es que un doctor en Medicina me hablase de esas cosas como lo más natural del mundo.

—La experiencia me ha enseñado a no negar nada, por el simple hecho de que parezca ilógico o contrario a las leyes naturales que damos por incontrovertibles. Como médico, yo diría que Selena

Jackson sufre una crisis nerviosa profunda, se cree otra persona y vive en un mundo irreal que no es el suyo, por una simple paranoia. Pero eso, por desgracia, no lo explica todo.

—¿Qué es lo que no explica? ¿Que juegue con una vieja muñeca y permanezca como ausente durante meses enteros? Creo que en términos clínicos esas cosas tienen su nombre.

—Sí, claro que lo tienen. Y los conozco mejor que usted —se irritó el médico escocés, mirándome con enfado mal disimulado—. Ustedes, los americanos, se creen los más listos del mundo, y les falta mucho para venir aquí a darnos lecciones de nada. ¿Es que cree que afirmo las cosas gratuitamente, sin haber antes comprobado con toda cautela sus extremos?

—No he pretendido molestarle, doctor. Sólo quiero la verdad sobre mi prima, sin supersticiones propias de otros siglos. Creo que hace ya demasiado tiempo que en Escocia se dejó de creer en los fantasmas que habitan sus castillos.

—Se equivoca de medio a medio. Aquí seguimos creyendo todos en esos fantasmas —rió, para ponerse serio de inmediato y replicarme con cierta frialdad—. Pero en lo relativo a su prima, no hay superstición que valga. Están ocurriendo unos hechos que quizá explique la parapsicología, pero ninguna otra rama de la ciencia. El hecho de que diga ser Hazel Marston y juegue con una muñeca idéntica a la que la chica suicida utilizaba en sus juegos hace veinte años, no es todo. Tendría que haberla oído usted hablar, como lo hemos oído todos, refiriendo cosas de la vida de Hazel Marston que incluso su propio padre había olvidado hace años, y mencionando viejos detalles que luego, asombrados, corroboraron personas de edad que conocieron a Hazel cuando era niña. Incluso la escena del suicidio la revivió no hace mucho ante todos nosotros, en presencia del padre de la muchacha, y éste sufrió un colapso, ya que al parecer todo se ajustaba exactamente a como él y su mujer pudieron comprobar el día del suicidio, en el pajar de su casa.

—¿No podrían ser detalles, referencias, recuerdos que ella revive tras haberlos conocido a través de alguien? Es un fenómeno psíquico muy posible…

—También examinamos esa posibilidad, señor Nybee. Pero eso no pudo explicarnos cómo su prima Selena mencionó el lugar exacto donde Hazel había ocultado, veinte años atrás, un diario

escrito de su propio puño y letra, y que para asombro de todos, apareció enterrado donde ella dijera, sin que hubiese sido movido de allí en todos esos años, ni los padres de la chica, ni tan siquiera nadie de cuantos la conocían en Methlick tuviera la menor idea de la existencia de tal documento.

—¿De veras ocurrió eso? —empecé a inquietarme.

—De veras, señor Nybee. Y pasó algo más. Selena nos relató de memoria párrafos enteros de ese Diario, que llevaba allí veinte años oculto, y que ella jamás pudo ver antes, porque Hazel murió cuando Selena estaba aún en el vientre de su madre.

—Dios mío. —Incliné la cabeza anonadado—. No es posible…

—Vaya si lo es. ¿Qué opinaría usted ahora sobre el caso, y eso que dista mucho de saberlo todo?

—No sé… No sé…

—Ya no parece tan seguro como antes, ¿verdad?

—No sé qué pensar, eso es todo —le miré, angustiado—. ¿Usted admite que pueda existir la reencarnación?

—Yo admito que existen cosas que no entendemos fácilmente y que la lógica y la ciencia no explican. Yo admito que la parapsicología explica algunos de esos fenómenos… pero no todos. Y hasta admito que su sobrina puede estar en contacto psíquico o mental con el espíritu de una muerta. Si aceptamos que todo es posible… ¿por qué no aceptar que también la reencarnación podría serlo?

—Pero mi prima nunca antes de ahora experimentó esos fenónemos, ¿no, doctor?

—Cierto. Hasta hace cosa de seis meses, ella no experimentó nada de nada. ¿Y sabe qué día empezó a variar de conducta, negar que ella fuese Selena Jackson y afirmar que era Hazel Marston y que ésta no era su casa ni Ian Jackson su familia? Justamente cuando se cumplían diecinueve años del suicidio de Hazel. El mismo día de tan triste aniversario, comenzó el extraño suceso… He leído tratados de personas que creen en la reencarnación. Afirman muchos de ellos que el fenómeno se produce a veces en plena edad adulta, sin que antes haya tenido el sujeto noción alguna de su otra existencia anterior, señor Nybee.

Sacudí la cabeza, aturdido, y miré al suelo, sin saber qué pensar.

—Reencarnación… —susurré, estremecido—. Vivir después de

morir…

—Algo así. En algunas religiones orientales, eso es un dogma de fe, señor Nybee.

—Pero no estamos en Oriente, doctor, sino en Escocia, en plena Europa —le objeté.

—De acuerdo, de acuerdo. Sin embargo, dígame alguna explicación razonable que justifique lo sucedido aquí.

—Temo no disponer de ninguna, y usted lo sabe, doctor —paseé por el amplio salón de la planta baja, entre viejas panoplias, estanterías de libros antiguos, emblemas y banderas de Escocia y cuadros representando cacerías, momentos guerreros de las contiendas angloescocesas de otros tiempos, y hasta un retrato de María Estuardo, no lejos de una fotografía del Celtic de Glasgow. Como todo buen escocés católico, mi tío Ian no era precisamente un «hincha» del Glasgow Rangers, sino de su eterno rival, el Celtic.

El viejo médico de la familia me veía dar aquellos paseos en silencio, sin hacer ningún comentario. Ante su silencio, fui yo quien rompí nuevamente el mutismo:

—¿Qué posibilidad de «curación» existe para mi prima?

—Ninguna, puesto que no está enferma.

—¿Quiere decir que ella tendrá que vivir el resto de sus días pensando que es otra persona, llevando consigo el espíritu o lo que sea de Hazel Marston? —Me horroricé.

—Pudiera ocurrir muy bien eso. Pero me temo que un día u otro, este estado de cosas culminará inevitablemente en una crisis que no puedo predecir cuál será. Del mismo modo que comenzó el fenómeno, es posible que concluya un día, tan inesperada y bruscamente como se inició. En tal caso, tendríamos que admitir que el «espíritu» de Hazel Marston no llegó a reencarnar en ella, sino que sólo estuvo «de tránsito» en su cuerpo, para evadirse luego de nuevo a… allí adonde tendría que estar.

—Dios mío…, doctor, ¿cree usted en la otra vida? Es decir, ¿admite la existencia de un más allá?

—Soy católico, señor Nybee. Tengo que admitirla.

—Oh, yo también fui bautizado como católico y mi origen familiar es escocés y creyente, como bien sabe. Pero eso no significa que tengamos que admitir todo lo que la religión nos afirma categóricamente como cierto.

—¿Por qué no? En Escocia, señor Nybee, un católico es siempre un católico, con todas sus consecuencias. América, evidentemente, malea bastante los conceptos.

—No es eso, doctor. Es que hay cosas que me cuesta admitir. Una de ellas es esa posibilidad de que pueda haber algo más, una vez terminada la vida en este mundo. Sea cielo o infierno, purgatorio o limbo.

—¿Por qué le preocupa tanto tal cosa? —Me miré con curiosidad —. Usted es aún joven. Demasiado joven para pensar en la muerte y todo eso.

Contuve el aliento. Me acerqué a él. Iba a sincerarme, cuando oí recias pisadas tras de mí. Tío Ian bajaba la escalera para reunirse con nosotros, tras subirle a su hija Selena algo de comer. Si es que realmente ella seguía siendo Selena.

—Doctor, tengo que hablarle —murmuré con rapidez—. Pero no ahora. No aquí.

—Está bien. Venga a mi consulta cuando quiera, entre tres y cinco de la tarde en Aberdeen. Le recibiré gustoso —dijo, sin dejar de mirarme, entre curioso y preocupado.

—Iré, doctor —prometí, antes de volverme hacia mi tío como si nada salvo una conversación trivial hubiera tenido lugar entre nosotros—. ¿Qué, todo va bien, tío Ian?

—Dentro de lo posible —se encogió de hombros, con gesto cansado, dejando una bandeja con una taza y un plato sobre la mesa. Observé que la leche estaba sólo consumida a medias, y que casi toda la comida permanecía sin haber sido probada—. Sigue sin apetito, doctor.

—Ya. ¿Toma las tabletas que receté?

—Todos los días. Pero no advierto mejoría alguna.

—Ya le dije, mi querido amigo, que no es una dolencia vulgar. Lo importante es que, dentro de su estado, se mantenga serena, tranquila. Espero que vaya comiendo mejor, pero poco a poco.

—Se ha debilitado mucho. Y tiene momentos de profunda depresión.

—Es inevitable. Ella acusa todos los males de Hazel Marston. Yo atendí a aquella muchacha en vida. Tampoco ella comía demasiado. Se hundía en depresiones.

—Pero esa chica estaba loca, doctor.

—Era una enferma mental, sí —admitió gravemente el médico—. Sé que Selena no lo era… hasta que dijo llamarse Hazel Marston. Desde entonces, empezó a acusar indicios de desequilibrio mental, lo mismo que aquella muchacha. Los síntomas son idénticos. Pero la medicina ha avanzado mucho en veinte años. Por eso resulta menos peligroso ahora.

—Aun así, doctor, tengo miedo —confesó amargamente mi tío.

—Le comprendo muy bien —suspiró el doctor O'Neal, poniéndose en pie—. ¿Por qué no sigue mi consejo, Ian, y lleva a su hija a una clínica de Edimburgo para que la atiendan debidamente?

—Ya hablamos de eso una vez, doctor. Y no me convenció. No quiero dejar de tener a Selena conmigo. Además, sabe lo que ella intentó hacer cuando se lo dijimos.

El rostro del médico se ensombreció. Yo observé en silencio a ambos hombres.

—Ya sé, ya sé —admitió resignadamente el doctor O'Neal—. Huyó al páramo y costó dar con ella. Llegamos a temer lo peor. Es posible que también huyera de una clínica de enfermos mentales o intentase lo peor. En fin, no sé qué decirle, Ian. Es un asunto que escapa en gran parte a mis conocimientos. Es como si de nuevo estuviera atendiendo a una paciente llamada Marston, no a Selena Jackson. Y eso no es fácil de hacer. Si al menos fuese el diablo lo que estuviera dentro de ella, llamaríamos a un exorcista. Pero Hazel Marston fue una buena chica, y si puso fin a su vida, fue porque estaba desequilibrada. No creo que la Iglesia pueda tampoco hacer gran cosa en todo esto, si es cierto como parece que el alma de aquella infortunada se apoderó del cuerpo y de la mente de su hija, mi querido Ian.

Llegó a la puerta de la casa. Desde allí agitó su mano cordialmente, me miró de modo significativo y añadió:

—Volveré mañana, como de costumbre. Si algo necesitara antes, no dude en llamarme de inmediato. Adiós, señor Nybee. Ha sido un placer conocerle. Espero que nos veamos.

Abandonó la casa del yermo. Soplaba un frío viento del norte que agitaba los brazos y se filtraba sibilante entre los riscos abruptos, allá en las lomas salpicadas de verdor. El coche viejo y

pesado del médico, se alejó del paraje, por el serpenteante sendero.

Ian se alejó pesadamente hacia la cocina. Todo su servicio se limitaba a una mujer de avanzada edad que hacía las faenas de limpieza y cuidaba de guisar para ellos. La señora Forbes me había parecido solícita y pulcra. Y con un gran afecto por sus patronos.

Me encaminé también al exterior, para dar un paseo por los alrededores de la casa y meditar sobre el extraño fenómeno del que era víctima mi prima Selena. Creo que transcurrió bastante tiempo hasta que decidí volver para el almuerzo.

Me llevé una cierta sorpresa. Selena estaba sentada en el umbral de piedra de la vieja casa, con su muñeca vestida de azul entre las manos. Pero me miró fijamente al verme venir sin reflejar en su mirada azul ni miedo ni sorpresa.

Y me saludó con sorprendente naturalidad:

—Hola, primo Howard. Estaba deseando conocerte.

# Capítulo II

POR un momento, me sentí desconcertado.

Ella, al parecer, no admitía conocer a nadie que no fuese su «padre», Norman Marston, el doctor o personas a quienes conociera Hazel Marston, y, de repente, me saludaba a mí, llamándome «primo». Una rara sensación, un sobresalto feliz, al pensar que pudiera haber recobrado la normalidad, me asaltó por un momento. Pero eso duró poco.

—Hola, prima Selena —respondí, acercándome y sentándose junto a ella—. ¿No vas a coger frío aquí fuera?

—No, no —negó con simplicidad, sonriendo dulcemente—. Estoy bien. Siempre me gustó el viento.

No supe qué contestar. Contemplé su bello rostro, sereno y apacible. Los grandes ojos celestes me contemplaban con cierta expresión burlona que, sin embargo, no hería, pero preocupaba. Apretó más la muñeca, fea y vieja, contra sí.

—No creas que soy tu prima Selena —me avisó con repentina frialdad—. Pero el señor Jackson sufre mucho cuando hablo de otro modo. Es un buen hombre y creo que debo evitarle penas.

Me quedé sorprendido. Y desolado. Tardé algo en responder.

—¿Quién eres, entonces? —musité.

—Soy Hazel Marston. No sé por qué motivo, nadie me cree. Pero sé que lo hacen de buena fe. Están equivocados. Y de eso, yo no tengo la culpa, Howard. ¿Me permites que te llame así?

—Claro —asentí, confuso.

Me tocó la cara con la punta de sus dedos. Tenía la mano helada. Me estremecí. La vi sonreír con dulzura. Esta vez no parecía irónica.

—Eres guapo —dijo—. Muy guapo. Me gustaría que fueses realmente mi primo. De todos modos, me gustas. Supongo que eso no es nada malo.

—No, claro que no —tragué saliva, algo incómodo, mientras ella se tocaba suavemente los labios y luego acariciaba mi barbilla, antes de volver a apretar la muñeca con ambas manos.

—¿Por qué me has llamado «primo» entonces?

—Ya te lo dije. Al señor Jackson le complacería eso.

—Pero yo no soy el señor Jackson, sino Howard Nybee, que ha venido desde los Estados Unidos a ver a sus únicos parientes en el mundo.

—Los Estados Unidos —suspiró ella dulcemente, entornando los ojos—. Siempre soñé con visitar tu país, Howard. Debe ser tan hermoso, tan grande, tan lleno de maravillas.

—Bueno, no todo es bueno allí. También hay sus cosas malas, como en todas partes. Escocia también es hermosa, créeme.

—¿Sigue todavía de presidente al general Eisenhower? —me interrumpió, cambiando de tema con brusquedad.

Me estremecí. La miré, angustiado.

—No, no —negué—. Eso ocurría hace veinte años. Ahora, el presidente es otro. Y antes de él hubieron muchos más: Kennedy, Johnson, Nixon, Ford…

—Oh, no lo sabía —volvió a interrumpirme, desolada. Bajó la cabeza—. Debes pensar que soy muy ignorante. Pero es que hace tiempo que nadie me cuenta nada de esas cosas, no sé por qué. He pasado muchos años en alguna parte, no sé dónde…

Sentí un raro frío recorriendo mi columna dorsal. Ella estaba hablando de…, de la muerte. Y se refería a eso como un periodo normal, un paréntesis en su existencia, algo que se ha olvidado… Traté de profundizar en ese sentido, de ahondar en el gran enigma, en el oscuro horror de lo desconocido.

—Hazel, dime… —musité, usando el nombre que ella creía suyo —. Hazel, ¿no puedes recordar dónde estuviste todo ese tiempo que has mencionado? Desde que el general Eisenhower era presidente hasta…, hasta hoy. Trata de recordar, Hazel.

—No puedo —me aseguró con ingenuidad. Frunció el ceño, la vi esforzarse en evocar algo. Su cuerpecito bien formado se puso algo rígido y vi que hundía sus dedos en la muñeca de trapo—. Sólo sé que hacía frío… mucho frío… Sí, estuve en algún sitio oscuro y frío… No sé cuánto tiempo… No sé dónde… Pero no me gustaba… ¡No, Howard, no me gustaba aquello! ¡No quiero volver allí, no! ¡No

volveré nunca más!

Se puso en pie, gritando aterrorizada, sus ojos fijos en el vacío, estrujó contra sí la muñeca, me miró con las pupilas dilatadas por un terror que parecía ir más allá de este mundo, y echó a correr, desapareciendo dentro de la casa. Oí sus pisadas, escaleras arriba, y luego un portazo. Después, se hizo el silencio.

Hundí la cabeza entre mis manos, sentado en el umbral. El viento me agitaba ropas y cabellos, pero ni siquiera notaba lo helado que era. Otro frío más sutil y profundo invadía mi cuerpo en esos momentos.

Tal vez no había debido hacerlo, pensé. Había estado a punto de penetrar en lo prohibido, de saber, de labios de alguien que estuvo «más allá», qué había detrás de la vida, de esta vida.

Ella había comenzado a hablarme, a describir algo… Oscuro y frío. Muy frío. Ésas fueron sus palabras exactas. Después, el miedo a algo la hizo enmudecer, huir de mí. Tal vez le había causado daño con mi pregunta y me censuraba duramente por ello.

Porque había sido egoísta. No pretendí en ningún momento ayudar a Selena o a Hazel en nada. Sólo intenté saber, descubrir algo que yo mismo iba a conocer muy pronto. Había querido conocer la respuesta antes de conocerla por mí mismo.

Era algo que estaba obsesionándome. Que me obsesionaría, posiblemente, hasta más allá de este mundo, hasta el momento mismo de dejar la existencia para siempre.

—Dios mío, Dios mío… —murmuré, a solas en el umbral de la casa—. ¿Y después de morir? ¿Qué hay después…?

El doctor Malcolm
O'Neal
se apartó lentamente de mí. Echó una ojeada a los documentos médicos que llevaba conmigo en el sobre y que acababa de examinar. Me invitó con aire distraído, mientras volvía a revisarlos:

—Póngase la camisa ya, señor Nybee. He terminado.

Me vestí en silencio. Le vi contemplar ceñudo los resultados de análisis, radiografías, encefalogramas, cardiogramas y todo cuanto formaba mi historial clínico reciente. Por fin, leyó despacio el diagnóstico del doctor Keller, con todos sus tecnicismos profesionales. Suspiró, volviendo a ponerlo todo en el sobre de papel manila.

Me contempló mientras anudaba mi corbata ante el espejo. Meneó la cabeza.

—Supongo que sabrá de antemano lo que voy a decirle —murmuró.

—Claro que lo sé. No hay error en ese diagnóstico, ¿verdad?

—No, no lo hay —golpeó suavemente con su mano el sobre—. Maldita sea, me gustaría decirle otra cosa, pero no puedo. Usted ha sufrido un chequeo intensivo, un examen completo, por parte de médicos y centros sanitarios de primera fila en su país. ¿Por qué venir a ver a un pobre médico rural de un rincón de Escocia?

—No lo sé. Tal vez he dejado de tener fe en todos esos medios actuales de una Medicina tan sofisticada. Quizá vea más auténtico y más humano todo esto.

—No, señor Nybee —rechazó suavemente el doctor O’Neal—. Usted no desconfía lo más mínimo de lo que sus competentes médicos americanos le han dicho. Pero de repente, ha tenido un cierto resquicio de esperanza. Y ha venido a verme.

—¿Esperanza?

—Sí, esperanza.

—¿La hay en mi caso?

—Siempre la hay en todos los casos, aun en los más desesperados. Siempre cabe la posibilidad del milagro clínico o humano.

—Yo no creo en milagros, doctor. Ya le dije que soy un católico poco fervoroso.

—Pero ha venido a verme. Y no porque yo, pobre médico de pueblo, pueda rectificar espectacularmente ese diagnóstico y asegurarle una larga vida. No ha venido por eso, señor Nybee, a mi consultorio.

—¿A qué, entonces?

—En busca de esa esperanza que le cité. Una esperanza que nació en usted cuando hablamos del caso de Hazel Marston y de su prima Selena.

—¿Qué quiere decir?

—Vamos, vamos, no se engañe a sí mismo. De no darse la circunstancia de esa aparente reencarnación en la persona de su prima, usted no estaría ahora aquí ni me hubiera revelado su

secreto. Pero de repente ha empezado a pensar. Y a confiar en que, tal vez, si la teoría de la reencarnación es cierta, usted también podría tener una posibilidad de vivir después de morir.

Iba a protestar. Pero de repente bajé la cabeza y me dejé caer en el asiento, con un resoplido.

—Tiene razón, doctor —admití—. Ése es mi caso.

—Debería visitar a un espiritista o a un parapsicólogo, no a mí. Sin embargo, le diré algo; no hay evidencia científica alguna de que lo de su prima sea un caso de reencarnación comprobado.

—Pero usted dijo…

—Yo dije que no existía ninguna otra explicación razonable para el fenómeno, pero no soy un experto en cosas ocultas, señor Nybee. Mi misión es cuidar de los vivos, no de los muertos. Si existe alguna otra explicación para justificar lo que le ocurre a su prima, si no hay tal reencarnación, sus esperanzas morirán aquí. Pero si, ciertamente, como parece por los acontecimientos, el espíritu de Hazel Marston reencarnó en Selena Jackson al nacer ésta, aunque durante casi veinte años permaneciese aletargada esa otra personalidad dentro de ella por razones que ignoramos, usted tendría la esperanza de poder volver a la vida tras su fallecimiento inminente. Pero aun en ese caso, las evidencias de reencarnaciones son escasas en el género humano, a menos que aceptemos como síntomas de tales ese fenómeno peculiar que todos hemos sufrido alguna vez en la vida, cuando visitando un lugar que desconocíamos, por primera vez, hemos creído haber estado antes en él, o cuando escuchando una conversación y viendo ciertos ademanes y objetos durante la misma, estamos seguros de que todo ello ha ocurrido ya antes, que lo estamos viviendo por segunda vez. Pero todo eso es tan ambiguo, tan falto de rigor, que no podemos darlo por evidencia alguna, mal que nos pesa.

—En resumen, usted viene a decirme ahora que no albergue esperanzas. Que no hay nada después de morir.

—Yo no he dicho eso, señor Nybee. Como católico, debo aceptar que sí hay algo tras el umbral de la muerte. Pero como médico, rechazo categóricamente cualquier posibilidad de que un ser difunto pueda volver a vivir o tenga otra vida similar a ésta. También rechazo por principio la teoría de la reencarnación. Pero admito que el caso de su prima Selena no tiene otra explicación

aparente, al menos hasta el momento.

—Aunque el espíritu de Hazel Marston se hubiera alojado en ella, eso significaría que sí sobrevive el espíritu, el alma, lo que sea —insistí.

—Es posible —se encogió de hombros, ayudándome a ponerme la chaqueta—. Pero en tal caso, debería consultar a otra persona, ya se lo dije. Yo sólo soy un vulgar médico rural. ¿Por qué no va a Edimburgo?

—¿Edimburgo? ¿Y qué hago allí? Vengo de Nueva York, doctor O'Neal.
¿Qué puede haber en Edimburgo que no haya en una ciudad de tantos y tantos millones de habitantes?

—Está Papá Doc.

—¿Quién? —pregunté asombrado, volviéndome a él.

Sonrió. Pero sus ojos permanecían serios.

—Se llama Lewis Leonard. Algunos le llaman Doc Leonard. Otros, Papá Leonard. Y sus más amigos, simplemente Papá Doc.

—¿Quién es?

—Un médico singular. Dirige una pequeña clínica privada en Edimburgo. Su especialidad son las enfermedades dadas por irreversibles, desde el cáncer a la leucemia, pasando por males como el llamado Mal de Langstrom, que es el que usted padece. Aunque sea un oscuro médico de pueblo, señor Nybee, sé muy bien que un eminente colega sueco, el doctor Bjorn Langstrom, fue el descubridor de esa dolencia, y el primero que intentó encontrar su remedio, tras un largo estudio de su inicio y desarrollo. Murió sin llegar a conseguirlo, y otros médicos investigan actualmente en el mismo sentido, aunque con igual resultado negativo, por desgracia. Pues bien, el doctor Leonard es un buen conocedor del mal. No le digo que vaya a curarle y salvar su vida. Sería mentirle dolorosa y cruelmente, porque me temo que no sea ése su caso. Pero además de un buen médico, el doctor Leonard es un parapsicólogo de gran celebridad mundial, y un conocedor experto de las ciencias ocultas. Ha sido citado a las convenciones de tales especialidades muchas veces, y se dice de él que es tan buen parapsicólogo y ocultista como soberbio médico y cirujano. Eso es Papá Doc. ¿Por qué no va a verle y habla con él de su problema?

—Es una tontería —rechacé, algo irritado—. La palabrería de

uno de esos hombres, por muy médico que sea, no va a sacarme de dudas ni a facilitarme el camino a otra vida.

—Quizá. Pero encontrará en él alguna respuesta, se lo aseguro. Papá Doc no es un charlatán de feria ni un fanático. Ha estudiado lo oculto tan minuciosa y críticamente como su propia carrera de Medicina. ¿Por qué no puede tener él una respuesta para muchas de sus dudas, señor Nybee, ya que tanto le atormenta lo que pueda ser de usted más allá de este mundo?

No le respondí. Recogí mi gabardina y paraguas y le pagué la consulta. Cuando abandoné su modesta casa en Aberdeen, cerca del barrio de pescadores, iba disgustado conmigo mismo, por haberme sincerado con un simple médico pueblerino. Su sugerencia de visitar a un parapsicólogo me resulta delirante, e incluso ofensiva.

Estoy seguro de que jamás hubiera ido a Edimburgo a visitar al tal Doc Leonard, o Papa Doc, de no ocurrir lo que ocurrió aquella noche en casa de los Jackson.

* * *

Me había acostado temprano, cansado de ir de un lado para otro, y también para eludir cualquier charla de sobremesa tras la cena con mi tío Ian, relativa a mi visita vespertina a Aberdeen con un pretexto trivial.

No quería confesarle que había visitado al doctor
O'Neal,
y menos aún revelarle mi tremendo secreto.

La prima Selena —o Hazel Marston, yo no sabía ya a ciencia cierta de quién de ellas estaba hablando, ni cuál era la muchacha que moraba bajo aquel techo—, había cenado en su habitación y al parecer con mejor apetito que otras veces. Tío Ian estaba complacido por ello, y le brillaban los ojos de felicidad cuando me mostró la taza de leche vacía y el plato casi vacío también.

Dejé a mi tío fumando su pipa habitual ante el fuego, y subí a mi dormitorio, situado en el lado opuesto a aquél donde moraban padre e hija en la misma planta. Me acosté y me quedé profundamente dormido apenas me sentí entre las sábanas, calentadas amablemente por la señora Forbes a causa de la fría noche ventosa que teníamos.

No sé lo que me despertó. Pero de inmediato tuve la seguridad de que no era nada bueno. Era una simple corazonada que sentía

borrosamente mientras mi corazón palpitaba desbocado y un sudor frío empapaba mi frente y mis cabellos, adhiriendo también la chaqueta de pijama a mi cuerpo.

Me erguí en el lecho. Vi una luz difusa en el exterior. Había mirado por aquella misma ventana antes de acostarme, y la única claridad que percibí fue la de las estrellas, pugnando por asomarse entre los negros y densos nubarrones de una noche sombría.

Ahora parecía estar lloviendo. Algo batía rítmicamente contra los vidrios de la ventana, impulsado a ráfagas por el viento. Me incorporé, calzándome las pantuflas y envolviendo mi cuerpo sudoroso en la bata de lana. Asomé a la vidriera, empañada por la diferencia de temperatura con el exterior, y también por los regueros de agua de lluvia que corrían sobre ella.

La noche era oscura como boca de lobo y el viento aullaba en los yermos escoceses, mezclándose con el repiquetear sordo de la lluvia, no demasiado copiosa. Miré al resplandor azulado que rompía las tinieblas.

Había una luz encendida. Traté de localizar dónde. Pasé la mano, limpiando de vaho la ventana. Descubrí un rectángulo de claridad en un edificio cercano, anexo a la casa de los Jackson. No era difícil de identificar: el granero.

Miré mi reloj de pulsera. En la sombra, las cifras fosforescentes señalaban las dos y media. Una hora poco adecuada en aquel lugar para andar levantado, y menos aún deambulando en el granero.

El granero…

Algo, de súbito, acudió a mi mente. Era una idea estremecedoramente, horrible. Recordé lo que mencionara alguien cuando conocí por vez primera el extraño fenómeno que se producía en mi prima Selena:

«… Hazel Marston murió cuando Selena aún estaba en el vientre de su madre. Víctima de su desequilibrio mental, se quitó la vida, ahorcándose en el granero…».

—¡Dios, no! —clamé, aterrado, precipitándome hacia la puerta sin pensarlo ni un instante más.

Salí disparado de mi habitación, devoré la escalera saltando sus peldaños de cuatro en cuatro, y corrí a la salida, abriendo el portalón y lanzándome, tal como estaba vestido, simplemente con mi bate y zapatillas, a través de la helada noche, la lluvia y el

viento, en dirección al cobertizo iluminado, al tiempo que gritaba con voz potente, una y otra vez:

—¡Tío Ian, tío Ian, pronto, al granero! ¡Al granero! ¡Tío, ven pronto…!

Atravesé la corta distancia entre la casa y el anexo a todo correr, sin importarme el agua glacial que empapaba mis ropas mojadas por el sudor. Alcancé la puerta del granero, forcejeé con ella, mientras en la planta alta de la casa se encendían varias luces y sonaba el vozarrón inconfundible de mi tío, gritando algo. No hice caso a nada de todo ello.

La puerta del granero estaba cerrada por dentro, pero no era demasiado resistente, y yo era un hombre fuerte físicamente, incluso a mis cuarenta años cumplidos. Me precipité contra la hoja de madera dos veces, cargando con mi hombro. Crujió la primera vez. La segunda, se desgajó la cerradura bajo mi impulso, y cedió la puerta, penetrando a trompicones en su interior.

La luz de la lámpara de gas butano ardía en medio del amplio y destartalado granero, encima de una repisa de madera. Su claridad azulada era suficiente para ver lo que estaba sucediendo allí en esos trágicos momentos.

Mi prima Selena colgaba de una viga en el techo, meciéndose su cuerpo como un siniestro péndulo, por encima del taburete volcado encima del heno.

Lancé un alarido de horror y me precipité sobre ella, levantando el taburete para apoyar sus pies en el mismo. Luego, corrí a por una hoz que yacía entre diversas herramientas de labranza, y regresé junto a la infortunada muchacha, subiéndome en el taburete, sujetando su cuerpo con un brazo, contra mí, al tiempo que con la otra mano daba un seco, violento tajo a la soga de la que pendía, con lo que tanto ella como el escabel en que nos apoyábamos y yo mismo, dimos en tierra aparatosamente, todos juntos.

En ese momento, apareció tío Ian en la puerta, despeinado y con la camiseta empapada de agua de lluvia. Esgrimía en sus manos una escopeta de caza, como si hubiera de iniciar la cacería de algún enemigo feroz. Por desgracia, la clase de posible adversario con que nos teníamos que enfrentar, distaba de ser vulnerable a las armas de fuego.

—¡Cielos, Howard! —le oí hablar con voz ronca, entrecortada—.

¿Qué es lo que pasa aquí?

—No lo sé, tío Ian —murmuré desde el suelo, precipitándome ansioso sobre el rostro amoratado de mi prima Selena—. Pero creo que Hazel Marston se ha suicidado por segunda vez… a menos que Dios pueda evitarlo aún.

# Capítulo III

EL doctor
O'Neal
respiró hondo, tras retener la muñeca de la muchacha durante un cierto tiempo en su mano. Luego, acarició la frente sudorosa del rostro terso y lívido de quien yacía inmóvil en el lecho.

Se volvió a nosotros dos, contemplando nuestros demudados rostros, con aire ensombrecido pero ligeramente aliviado. La voz sonó cansada aunque tranquila, casi relajándonos a pesar de la tensión del momento:

—Por esta vez, lo peor ha pasado, Ian. Gracias a su sobrino, Selena está a salvo. Llegó muy oportuno, no hay duda. Unos segundos más, y hubiera muerto asfixiada. Por fortuna, sus vértebras resistieron el tirón de la soga, y ahí salvó realmente la vida…

—Dios sea loado —gimió mi tío, más débil y deprimido de lo que jamás pudiera yo imaginar que llegaría a verle—. ¿Por qué lo haría?

El médico y yo cambiamos una mirada. Creo que ambos pensábamos una misma cosa, pero cuando él respondió a mi tío Ian, lo hizo de un modo ambiguo que, sin duda alguna, no era lo que correspondía a sus pensamientos actuales:

—No sé, Ian. No estoy dentro de la mente de Selena, pero en una persona mentalmente enferma todo es posible, especialmente depresiones que conduzcan al suicidio.

—Doctor, ¿quién intentó realmente matarse? —terció yo—. ¿Selena… o Hazel?

Reinó un profundo silencio en el dormitorio de mi prima. Mi tío me miró primero a mí y luego al médico, esperando una respuesta. Éste pareció disgustado por mi pregunta. Me estudió ceñudo, inclinó la cabeza y se miró sus embarradas botas.

—No lo sé —confesó—. Pero hace justamente diecinueve años que Hazel intentó matarse del mismo modo, en el granero de su casa, y lo consiguió. Es la única respuesta que se me ocurre…

Mi tío tragó saliva, apoyándose en la pared, conmovido. Miró con angustia a su hija, ahora inconsciente, todavía con la amoratada señal de la cuerda en su cuello. Fuera, seguía lloviendo sin intensidad pero de modo continuado, y la madrugada era fría e inclemente. Yo me acerqué a la ventana. Ahora, el granero estaba a oscuras. Sin embargo, me estremecí al contemplar sus paredes en sombras. Y no supe por qué.

—Bien, les dejo ahora —habló apaciblemente el médico, cerrando su negro maletín—. Dormirá bastantes horas con ese sedante que le administré. Creo que despertará relativamente bien. Volveré a mediodía o antes, de todos modos. Cuiden mucho de ella.

—Descuide, doctor —aseguró mi tío con énfasis.

—Mañana es posible que tengas que ocuparte de ella tú sólo —dije de repente apartándome de la ventana, mirando luego al doctor O'Neal —. Tengo que ausentarme un día o dos, tío Ian.

—¿Ausentarte? ¿Precisamente ahora? —Pareció contrariado—. ¿Adónde, Howard?

—A Edimburgo —dije, sin dejar de mirar al médico—. Pero volveré de inmediato. Tengo algo urgente que hacer allí, relacionado con mis negocios de importación, y no puede esperar. Lo siento, tío, pero lo recordé esta noche, al acostarme.

Tío Ian nada comentó al respecto aunque no le gustó la idea. El doctor O'Neal se limitó a sonreír vagamente, de modo significativo, asintiendo con la cabeza, y se encaminó a la salida, acompañado por mi tío.

Cuando él se quedó con Selena en su alcoba, velándola durante esa noche hasta que yo le relevara al amanecer, no fui a mi cama. En vez de ello, me puse la gabardina y algunas prendas de abrigo, encendí un cigarrillo y fui al granero donde estuvo a punto de morir ahorcada mi prima.

Entré en el recinto, envuelto entonces en sombras profundas. No sabía por qué había ido allí. Sólo estaba convencido de que algo me atraía hacia aquel lugar de modo insensible. Contemplé la soga

rota, el taburete volcado, la lámpara de butano, ahora apagada.

Pensé que diecinueve años atrás, si hubiera habido alguien que llegase a tiempo a un granero como éste, una muchacha joven no hubiera muerto ahorcada. Pero ésa era otra historia. Una vieja historia. Pensé…

¿Quién era la muchacha que se subió a un escabel para luego derribarlo y colgar de una cuerda? ¿Mi prima Selena o una desconocida muerta casi veinte años atrás, llamada Hazel Marston?

La respuesta creo que me llegó en ese momento. Y no supe de dónde venía. Pero creí notar un roce en mi hombro. El roce de una mano helada que me tocaba. Y algo, no sé si una repentina corriente de aire o el aliento de una respiración, rozó mi nuca, helándome la sangre en las venas.

Giré la cabeza. Como esperaba, en la penumbra del granero no vi a nadie. Estaba sólo en aquel cobertizo, completamente solo. Y sin embargo…

Sin embargo, en ese mismo instante supe que no estaba solo realmente en el granero. Supe quién fue la persona que intentó suicidarse en aquel lugar. Y supe muchas otras cosas que ya intuía o sospechaba.

Hubo algo así como un roce en el seco heno del suelo. Era como si unas pisadas tenues, fantasmales, se alejaran de mí hacia alguna parte. O hacia la nada más absoluta.

—Hazel… —murmuré con voz ronca, como si realmente hablase con alguien a quien pudiera ver y sentir allí, cerca de mi—. Creo que, realmente, estás aquí ahora. Y si es así… quizá has abandonado ya a Selena para siempre. No lo sé, pero quiero creerlo. Sin embargo…, sin embargo necesito una respuesta. Hazel, muchacha… ¿qué hay más allá de todo esto que me rodea? ¿Qué hay después de morir?

Sin duda fue la corriente de aire. Cualquier persona equilibrada hubiera dicho que no podía ser otra cosa. Pero la puerta del granero se cerró de golpe.

Yo no tuve respuesta. No vi nada, no oí a nadie. Pero estuve seguro de que no era una corriente de aire la que había cerrado aquella puerta, por la que quizá acababa de salir alguien, para no volver jamás…

Era, realmente, un hombre singular.

Más alto incluso que yo. Rostro anguloso, larga melena blanca, lisa y bien cuidada. Barbita recortada, muy blanca también y fino bigote lacio. Labios delgados, nariz halconada y ojos estrechos y penetrantes, de un singular color grisáceo. Su bata de médico era impecable, pero tampoco me hubiera extrañado verle ataviado de hechicero africano. Era uno de esos hombres a los que cualquier prenda podía sentarle bien, pero muy especialmente la de algo esotérico y poco común.

Su clínica, situada en una zona residencial de Edimburgo, era un establecimiento médico para gente adinerada, sin duda alguna. Parecía una quinta lujosa, rodeada de jardines por doquier. Su nombre, Lewis Leonard, doctor en medicina y cirugía, figuraba a la puerta de su consultorio y en el cuadro de dirección del centro sanitario, justamente en su cúspide. Pero había sido concreto cuando le dije que un tal doctor Malcolm O'Neal, de Aberdeen, me enviaba a su consulta:

—El bueno del doctor O'Neal… Llámeme simplemente Doc. Me gusta más. Algunos me llaman Papá Leonard o Papá Doc.

—Lo sé —asentí—. Pero preferiré decirle simplemente Doc.

—Siendo americano, lo imaginaba —sonrió a la sombra de su afilada y corva nariz—. De todos modos, lo de Papá Doc ha sido cosa de algunos, aunque no me disguste. Es posible que con ello traten de rehabilitar un poco un nombre tan siniestro para muchos[1]. Supongo que sabe a lo que me refiero…

—Sí, claro. He oído hablar de Haití, del vudú y todo eso. Pero usted no será…

—¿Practicante de vudú? —soltó una carcajada y negó con la cabeza—. No, no, señor Nybee. Respeto todos los ritos por extraños que sean, pero no practiqué jamás esa rama del ocultismo, aunque la haya estudiado muy profundamente, como tantas otras. No espere que trate de hacer un zombie de nadie, si es lo que teme.

—Era sólo un comentario, Doc. El doctor O'Neal me habló muy bien de usted en todos los terrenos, tanto como médico y cirujano como en lo relativo a parapsicología y

ocultismo…

—Ya le dije que es un buen hombre. Me admira, y yo agradezco su estima. Pero temo que después se sienta defraudado conmigo, puesto que tanto me han alabado. Veamos, señor Nybee. Por lo que acaba de mostrarme de mis colegas neoyorquinos, usted sufre el llamado Mal de Langstrom…

—Así es.

—Y aquí añade que en su fase media.

—Sí, eso dice.

—Es decir, que le queda poco de vida.

—Muy poco. Dijeron que menos de un mes.

—Correcto —asintió, con gesto grave, estudiándome con atención—. ¿Cómo se siente después de saber eso?

—Al principio, muy mal. Pero he ido acostumbrándome.

—¿Se acostumbra realmente alguien a aceptar una muerte cercana?

—No. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Muy inteligente y sereno por su parte, señor Nybee. Empiezo a comprender por qué el doctor
O'Neal
le envía a mí. Usted no busca un milagro clínico.

—No. Sé que no lo hay.

—Desgraciadamente, todavía no. Su dolencia es irreversible.

—Lo sé. Y lo acepto.

—Muy bien —se inclinó hacia mí, apoyando sus brazos encima de la mesa y entrelazando unos dedos largos, huesudos, singularmente abultados en sus articulaciones—. Entonces, ¿qué busca en mí, para ser sinceros?

—¿No lo imagina?

—Sí. Pero quiero que usted me lo diga.

—No va a ser sencillo. Acabo de vivir una singular experiencia en un familiar cercano.

Una historia que jamás hubiera creído que pudiese ser real, Doc.

—¿Puede referírmela?

—Claro —lo hice con todo detalle, desde mi llegada a Escocia hasta la mañana misma en que había abandonado Aberdeen para dirigirme a Edimburgo. Concluí con un suspiro—: La última noticia que he tenido de mi prima Selena es que se recuperó al amanecer y

estuvo consciente unos minutos, antes de sumirse de nuevo en un profundo sopor.

—¿Y…? —Las grises, aceradas pupilas de Doc Leonard se fijaban en mí con profundo interés.

—Se sentía bien. Volvía a ser ella misma, Selena Jackson. Me sonrió, me abrazó y besó tiernamente. No recordaba nada de estas fechas atrás. Ni tan siquiera su intento de suicidio. Ni que me había conocido anteriormente, cuando creyó que era Hazel Marston, y me dijo que yo le gustaba. Cuando mi tío Ian le tendió la horrible muñeca de trapo con el vestido azul, le dijo que era feísima y que no quería ver aquel espantoso y viejo juguete por nada del mundo. Le vi arder en la chimenea. Creo que está recuperada por completo.

—Lo cual confirma, al parecer, su impresión vivida anoche en el granero, cuando creyó advertir que había alguien con usted. Alguien que se iba de allí para siempre.

—Sí —admitió con desgana.

—Señor Nybee, ha vivido ciertamente una singular experiencia. Pero sé que no he venido a hablarme sólo de ella, sino de sí mismo. ¿Quiere hacerlo de una vez por todas, sincerándote totalmente conmigo?

—Sí —afirmé. Me incliné hacia él con decisión y le espeté sin más rodeos—. Doc, quiero saber qué me espera más allá de esta vida…

Se quedó callado. Suspiró, echándose atrás en su asiento y mirándome beatíficamente, como si no sintiera sorpresa alguna por mi cruda exposición de los hechos, si bien parecía meditar cuidadosamente una respuesta.

—Mucha gente se ha preguntado eso mismo desde que el mundo es mundo —comentó—. Y sólo supieron la respuesta cuando ya no podían revelársela a nadie.

—Me dijeron que usted podía darme alguna respuesta quizá.

—Me temo que no pueda hacerlo ni yo ni nadie. No soy Dios, señor Nybee. Nadie sabe lo que hay más allá de lo que conocemos en este mundo. La Muerte es la gran incógnita.

Lo que haya más allá de ella, permanece en el más profundo arcano, y me temo que así será por los siglos de los siglos.

—Yo llegué a confiar en la reencarnación. Ahora sé que era esperar demasiado. Hazel Marston no se reencarnó en mi prima.

Sólo ocupó su cuerpo durante un cierto tiempo, por la razón que sea.

—Eso demuestra que, al menos, algo de Hazel Marston sigue vivo aquí —apuntó Doc amablemente.

—Sí, pero ¿qué? ¿Cómo y por qué? Es lo que quisiera saber, Doc. Empiezo a sentirme exasperado. Es como una obsesión.

—Sí, empiezo a darme cuenta de ello. ¿No espera quizá demasiado de mí?

—Probablemente —resoplé, relajándome—. Perdone. Creo que no sé lo que me digo.

—En su situación, yo también me haría las mismas preguntas, señor Nybee. Lo malo es que posiblemente tampoco recibiría contestación alguna.

—Pero me dijeron que usted…

—Le dijeron que yo estudié parapsicología y ciencias ocultas —cortó secamente—. Eso no significa nada. No puedo manejar la vida y la muerte. Como médico, pierdo a muchos pacientes, especialmente dada la clase de dolencias que atiendo en mi clínica. Y le aseguro que ninguno de ellos ha podido volver a la vida, que yo sepa, tal y como usted parece esperar.

—Entiendo. Sólo puede decirme lo que cualquier charlatán de esos que alardean de conocer los misterios del alma humana: que existen cosas que no explican la lógica ni la Ciencia, cosas como el espiritismo o los zombies… ¡Patrañas, en suma!

—Está muy equivocado si cree que todo lo que no se puede explicar razonablemente es una patraña. Ni el espiritismo, ni la existencia de zombies, ni muchas otras cosas, diga usted lo que diga, son sólo patrañas, se lo aseguro. Pero si lo que pretende es seguir con vida después de morir… a eso no puedo darle solución ni respuesta alguna por una razón muy sencilla: la respuesta está en la misma muerte, y allí la encontrará cuando llegue el momento.

—No he venido aquí para oír eso, Doc.

—¿Qué esperaba escuchar de mis labios, entonces?

—Una solución, tal vez.

—¡Una solución! —las cejas del médico de Edimburgo se enarcaron perplejas—. Nada menos que eso… Una solución. Lo que el hombre busca desde que el mundo es mundo, sin haberla encontrado…

—Sé que es un absurdo. Pero algo me hizo pensar en ello cuando emprendí este viaje desde Aberdeen —me puse en pie lentamente—. Creí que era una fantástica corazonada que podía ser realidad. Comprendo que estaba en un error. Nunca debí alimentar una esperanza, por débil que ésta fuese.

—No, no debió hacerlo. En todo caso, algo parece saber de antemano: si su prima no era realmente la reencarnación de otra mujer, es que el espíritu de esa otra se apoderó por un tiempo de su mente y de su cuerpo. Eso significa, concretamente, que sí existe esa otra vida que tanto le preocupa.

—Pero es que yo, Doc, no me conformo con vivir eternamente como un espíritu, en convertirme en un ser etéreo e inmaterial después de muerto. Yo había llegado a pensar…

—¿Qué?

—No, nada —suspiré, sacudiendo la cabeza—. Olvidemos todo esto. Dígame cuánto le adeudo por la visita, doctor Leonard, y volveré con mis parientes a Aberdeen.

—Son diez libras. Cobro igual a todos mis pacientes, señor Nybee —me dijo, tendiéndome una pequeña factura que marcó con un sello de goma.

Le pagué y me encaminé a la salida de su despacho. Por la ventana, un cielo color plomizo flotaba con nubes bajas sobre los tejados de Edimburgo.

—Señor Nybee…

La voz de Papá Doc había sonado a mis espaldas mientras yo llegaba a la puerta. Me paré, con la mano sobre el pomo.

—¿Sí? —pregunté, sin volverme.

—Señor Nybee… ¿de veras desea tanto vivir?

Había algo raro en su voz. Un tono peculiar que me hizo sentirme repentinamente rígido sin saber la causa. Respondí con un susurro:

—¡Qué pregunta, Dios mío! Claro que lo deseo. Fervorosamente. No deseo morir. Haría lo que fuese por seguir existiendo, por saber que hay algo más allá de esta vida, Doc…

—¿Lo que fuese? —repitió, como si tratara de puntualizar ese aspecto de la cuestión.

Esta vez me volví. Afirmé con la cabeza rotundamente. Observé que tenía un gesto raro y me miraba aguda, irónicamente.

—Sí —afirmé—. Siempre que no fuera nada indigno ni delictivo, claro.

—Entiendo. Estaría dispuesto, como Fausto, a vender su alma al diablo por gozar de vida, de juventud…

—La juventud me tiene sin cuidado, Doc. Me basta con la vida. Algo que sólo se sabe lo que vale cuando se está a punto de perderla…

—Usted, señor Nybee… ¿usted pagaría dinero por su vida?

—La suma que me pidieran. Incluso un millón de dólares.

—No será tanto. Digamos que pudiera vivir después de muerto… sólo por la mitad de esa suma.

—Medio millón por la existencia. Es un precio razonable —respiré hondo—. Pero imagino que bromea…

—Cielos, no se me ocurriría bromear sobre algo tan serio como la vida y la muerte.

—Pero usted dijo antes…

—Olvide lo que dije —volvió a entrelazar sus dedos en aquellas acostumbrada postura suya, escrutándome fijamente—. ¿Me pagará medio millón por vivir más allá de su actual existencia a punto de agotarse, señor Nybee?

—Por supuesto. Pero eso podría ser una gran estafa. ¿Cómo podría yo reclamar luego nada, si todo fuera mentira? Los muertos no tienen voz.

—¿Quién le ha dicho que yo cobraría esa suma antes de otorgarle lo que tanto desea? —sonrió fríamente el extraño personaje—. Usted podría dejar un documento unido a la transferencia de tal suma. Si fallece, yo no percibiré un solo dólar.

—Veamos, doctor —traté de razonar serenamente, volviendo a acercarme a él—. ¿Qué está tratando de decirme? ¿Es que realmente usted sabe cómo curar mi mal, y está tratando de decírmelo con subterfugios? ¿Va a consistir todo en una intervención quirúrgica, pongamos por caso, y la extirpación de mi dolencia?

—Habrá intervención, sí —sonrió—. Pero usted, para entonces, ya estará muerto, mi querido señor Nybee. Sólo que después… resucitará.

—Dios… —me dejé caer en la silla frente a él.

—¿No es eso lo que había venido a buscar?

—Sí, pero… —Sacudí la cabeza—. No entiendo nada, Doc. ¿Qué me está ofreciendo en realidad?

—La vida.

—Sí, la vida. Pero ¿qué clase de vida? ¿Cuál es su técnica para devolverme entre los vivos? ¿Un trasplante, un milagro médico o quirúrgico, un nuevo procedimiento clínico revolucionario?

—Permítame que no pueda responder a su pregunta. Usted quiere vivir. Inicialmente, yo no quería llegar a un acuerdo con usted. Después, me ha conmovido su desesperado afán por gozar de otra existencia duradera entre nosotros, no como un ser inmaterial, llámese espíritu, fantasma, espectro, alma o fluido mental. Y estoy dispuesto a facilitarle lo que pide.

—¿Firmaría eso ahora mismo? —le espeté.

—Claro —afirmó, tomando una hoja de papel en blanco donde comenzó a escribir con rapidez usando su pluma estilográfica. Al final, me tendió el documento, tras firmarlo con una complicada rúbrica—. Lea, ¿quiere?

Leí. Sentí un escalofrío hasta lo más profundo de mi ser.

«Yo, el doctor en Medicina y Cirugía Lewis Leonard, me comprometo a que mi paciente enfermo, Howard Nybee, de nacionalidad norteamericana, víctima del Mal de Langstrom, y cuya vida se reduce a menos de un mes, a partir del día de la fecha de este documento, goce de esa misma vida, por el procedimiento que yo elija libremente, a partir del momento en que esté clínicamente dado por muerto, y por un período mínimo de cincuenta años. Si ello no fuera así, los quinientos mil dólares que percibiré por mis emolumentos profesionales, quedarían automáticamente bloqueados por la entidad bancaria y el albacea que fije previamente mi cliente, no teniendo yo derecho a remuneración alguna. Dicha suma permanecerá en el banco señalado de antemano, por el período de esos cincuenta años, revirtiendo a mis manos solamente sus intereses anuales legales, que también quedarían de forma automática suprimidos si mi paciente falleciese antes del período aquí comprometido por mi propia firma.

»Escrito en Edimburgo a diez de mayo de 1980. Firmado: Lewis Leonard, M. D.».

Me quedé helado. Mis dedos temblaban al sujetar la rígida hoja de grueso papel blanco. Levanté los ojos. Miré a Papá Doc.

—Cincuenta años… —susurré—. Eso sería… fantástico. Increíble, doctor.

—Podrían ser más —respondió suavemente—. Pero nunca menos.

—Tengo ya cuarenta y dos años, doctor.

—Cuando termine mi tratamiento con usted, será como si tuviera veinte —señaló con tono enigmático y algo frío—. Y no pregunte más. Era eso lo que tan desesperadamente buscaba, ¿no? Firme, y el acuerdo será definitivo. Escribiré otra copia del documento para usted, o bien se queda ésa y yo la copia, a su gusto. Es un pacto que ambos debemos cumplir.

—Cielos… —Noté que el sudor corría por mi frente e incluso se desprendieron unas gotas por mi nariz, hasta el papel—. Es tan asombroso todo…

—Comprendo su sorpresa.

—¿Podría… pensarme la decisión, doctor?

—No tiene mucho tiempo para pensar nada —me advirtió—. Creí que ante una oferta así, aceptaría ciegamente.

—Y así es. Pero me siento confuso, aturdido, no sé qué pensar…

—Llévese consigo ese documento, si lo desea. Léalo cuantas veces quiera. Consulte con un abogado, si recela algo. Pero decídase pronto. Del examen superficial que le he hecho, he sacado conclusiones poco alentadoras para usted. O mucho me equivoco, o dentro de dos o tres días comenzarán a agravarse sus síntomas y comenzará la primera crisis…

Me estremecí. Recordé con horror lo que me esperaba. Una a una, las fases de mi etapa final, relatadas por mi médico de Nueva York, desfilaron por mi memoria, llenándome de pánico.

No vacilé. Me incliné sobre la mesa. Firmé el documento.

El doctor Leonard sonrió. Tomó el papel.

—Eso está mejor —dijo—. Así ganaremos tiempo. ¿Va a quedarse ya aquí?

—No, no —rechacé, todavía indeciso a pesar de mi reciente resolución—. Preferiría volver a Aberdeen, despedirme de mis parientes… Puedo volver aquí mañana, doctor Leonard.

—Le estaré esperando —miró su reloj—. ¿A las doce del mediodía, por ejemplo?

—Perfecto —asentí—. A las doce estaré aquí.

—Espere un instante. La enfermera hará una copia mecanografiada de este documento, que usted me firmará para que yo la conserve. Usted puede quedarse con el manuscrito, para más seguridad suya.

Así se hizo. Diez minutos más tarde, abandonaba la clínica del doctor Leonard, regresando a Aberdeen en el automóvil que había alquilado para mi uso durante mi estancia en Escocia, ya que el coche de tío Ian era demasiado anticuado y lento para mis gustos. Llevaba conmigo el extraño documento de Papá Doc, con su increíble texto autógrafo y su firma. Me sentía, más que nunca, un nuevo Fausto tras su pacto con Lucifer. Y precisamente por ello, me preguntaba una y otra vez, mientras la arboleda desfilaba a ambos lados de la carretera, si todo aquello podía ser real o si estaba viviendo una fantasía sin sentido, provocada por mi obsesión hacia la vida.

Realmente, ¿era posible que aquel hombre, llamado Papá Doc, pudiera ser un nuevo dios, poseedor de los secretos de la vida y de la muerte? ¿No formaría este delirante documento, parte fundamental de una enorme estafa en la que fuese la víctima el ingenuo americano de turno? La idea me corroía como un ácido, haciendo vacilar mis esperanzas y tambalear mis convicciones.

Y sin embargo, el doctor Leonard parecía tan sincero, tan diáfano y oscuro a la vez en sus expresiones y en sus promesas…

No debí pensar tanto en todo aquello. Había comenzado a llover y la carretera estaba resbaladiza. De repente, me noté una especie de mareo intenso, y mi mirada se hizo turbia. Un agudo dolor recorrió todo mi cuerpo.

Supe que la primera grave crisis se estaba presentando. Traté de frenar el coche y apartarme del centro de la carretera para dejar pasar el instante y medicarme adecuadamente.

Nada salió bien. El coche patinó, me desvié hacia alguna parte, oí un chirrido de frenos ante mí, y luego un enorme estrépito de vidrios rotos y metal retorcido, mezclándose con gritos humanos.

Había chocado con algún otro vehículo, pero no tuve tiempo de nada. Todo giró en torno mío borrosamente, dejé de sentir mi propio cuerpo, y me hundí en una profunda sima oscura.

Antes de que las tinieblas se cerraran sobre mi cabeza, creí oír una voz cercana que murmuraba algo.

Fueron palabras que me llegaron confusamente, hasta extinguirse en la distancia. Y sin duda alguna, se referían a mí:

—Pobre… No se puede hacer nada por él. Ha muerto…

Luego, nada.

Pero antes de eso, supe que había ocurrido.

Yo estaba muerto.

# SEGUNDA PARTE

# Capítulo primero

VI a Helen en primer lugar.

Sí, era ella. Mi esposa, muerta veinte años atrás. Alargaba sus brazos hacia mí, desde el fondo de un corredor en sombras. Y me sonreía como ella había sonreído en el corto tiempo que fuimos novios y esposos. Era una imagen que yo casi había olvidado.

—Ven —me dijo—. Te estaba esperando, Howard querido. Sabía que tenías que venir pronto…

Yo no sentí miedo ni aprensión por aquello. Miré atrás, y vi una carretera mojada por la lluvia, gente agrupada en torno a un cuerpo tendido entre vidrios rotos y metal desgarrado. Otro vehículo, un camión de reparto comercial, se hallaba empotrado en el coche de color verde manzana. Éste era mi coche. Recordé que lo había alquilado en un garaje de Aberdeen, para viajar a Edimburgo.

La gente formaba corro alrededor de aquel cuerpo inmóvil, ensangrentado. Una ambulancia llegó a toda prisa, y se detuvo en el lugar del suceso, junto a unos patrulleros británicos. Bajaron una camilla. Vi cómo alzaban el cuerpo del suelo y lo tendían en la camilla, dejando un reguero de sangre tras de mí.

Era mi propio cuerpo.

—Ha sido una desgracia —comentaba alguien—. No se pudo evitar. Patinó y se le cruzó el coche en medio de la calzada. El camión le arrolló sin poderlo remediar, yo lo vi.

El camionero, muy pálido, aseguraba entre sollozos:

—Pensé que iba a desviarse hacia la izquierda para ponerse en la cuneta[2]. Algo le pasaba, de eso no hay duda. Pero en vez de ello, se me cruzó delante, sin tiempo para evitar la colisión. ¿Está muerto?

—Sí —afirmó un policía—. Murió en el acto. Pero no se culpe de nada, amigo. Son cosas que pasan. Usted no es responsable, no hay duda…

Mi cadáver…

Yo contemplaba todo aquello con indiferencia, sin dolor ni pena. No me importaba estar allí, fuera de mi envoltura física, contemplando mi propia muerte desde el inicio de un largo corredor oscuro donde me esperaba Helen, mi difunta esposa.

—¿Saben quién era? —indagó alguien allá abajo, en el mundo, en la vida.

—Lleva pasaporte norteamericano —explicó otro que revisaba mis pertenencias—. Sí, vean su nombre: Howard Nybee…

—Le llevaremos al hospital más próximo —dijo un policía—. Pero nadie puede hacer ya nada por él…

La ambulancia cerró sus puertas y se alejó. Yo me quedé allí, mirando el charco de sangre, de mi sangre, entre los hierros retorcidos y los vidrios pulverizados de mi coche.

Seguía lloviendo sobre el asfalto. Las luces de la ambulancia se perdían a lo lejos, girando como dos faros rojos que se hundían en la nada, en el olvido.

La imagen de todo aquello se fue borrando, alejando, distorsionando ante mí. Y dejó de preocuparme todo lo que quedaba atrás. Volví mis ojos hacia Helen. Ella aún sonreía.

—Cuesta pensar que ya no se está allí, Howard —me dijo dulcemente—. Pero eso pasa pronto. Ven conmigo. Te ayudaré a entrar aquí, seré tu guía…

Fue como si alargase mi mano y tomara la de Helen. Noté su contacto frío y suave. Me moví tras de ella, con suma facilidad, como si no pesara nada. El corredor se prolongaba a medida que lo íbamos recorriendo. Miré atrás. Ya no vi nada. Sólo oscuridad.

—Pronto llegaremos a la luz —dijo—. Hay otros que te esperan…

Y era cierto. A medida que algo, un resplandor se iba perfilando allá a lo lejos, al fondo de aquel interminable corredor sombrío, empecé a ver más y más rostros que me eran entrañablemente familiares: mis difuntos padres, sonrientes y amables, viejos amigos de la infancia que yo sabía desaparecidos en Vietnam o en accidentes desgraciados, o víctimas de alguna enfermedad…

Todos me saludaban, parecían desear hacerme grata mi estancia entre ellos. Formaban un extraño comité de recepción, pero yo no estaba ya asombrado ni asustado por nada. Era tan agradable verles

de nuevo, sentir su proximidad, notar aquella calma interior, aquel sosiego, aquella fluidez de movimientos y de ideas…

—Ven, querido —me decían todos amistosa, tiernamente, rodeándome y avanzando conmigo hacia la luz del fondo, cada vez más nítida y resplandeciente, como una puerta a alguna parte, no sabía adónde.

La sensación de ingravidez, de relajamiento, era tal que me sentía feliz, lleno de optimismo y de euforia. No hubiera cambiado todo aquello de ahora por nada del mundo. Era como sentirse otro. Como gozar de algo infinitamente mejor que la propia vida.

La luz se acrecentó por momentos. Era cegadora, deslumbrante. De un color entre dorado y azul, como si cielos infinitos y campos de mieses eternas me aguardaran más allá, en el lugar que yo sabía iba a ser mi mundo a partir de este momento… y por toda una eternidad[3].

De pronto, alguien más aparecía ante mí, evanescente, con ropas flotantes en torno a su figura etérea, suave y grácil. Era una mujer que me resultaba totalmente desconocida. Pero también me sonreía, me tendía sus brazos alabastrinos, y clavaba en mí la mirada de unos profundos y bellísimos ojos verdes. Sus cabellos rojizos flotaban en torno a un óvalo facial muy hermoso, como agitados por un viento de eternidad.

—Ven, Howard, ven conmigo también —me invitó tiernamente, sin que mi esposa pareciera sentir por ello resentimiento o enfado alguno—. Yo también te estaba esperando porque sabía que ibas a venir con nosotros para siempre…

—Y tú… —murmuré—. ¿Tú quién eres, que no te recuerdo?

—No puedes recordarme, porque nunca me viste, Howard —su sonrisa se hizo aún más tierna—. Yo soy Hazel Marston. Y te conocí un día, sentados los dos en el umbral de la casa de tu tío… ¿No me recuerdas, Howard?

—Hazel… —La miré, fascinado, tomando también su mano, dejándome guiar por todos aquellos seres queridos y entrañables, con los que la desconocida muchacha que pusiera fin a su vida casi veinte años atrás, se reunía sin ser rechazada por ninguno de ellos —. Tú… De modo que era cierto, estuviste dentro de mi prima Selena…

—Así es. Pero eso quedó atrás. Estoy aquí ahora, por la

eternidad, y estaba esperándote, como todos los demás, para ayudarte en tu nueva existencia…

«De modo que era esto —pensé—. Vivir después de haber muerto. Una vida diferente, eterna, ligera, feliz. Sentíame liberado de pasiones, preocupaciones, angustias y terrores. Era dichoso, mi mente aparecía limpia, mis ideas nítidas. Allí no existía el dolor ni el sufrimiento. Todos parecían tan felices…».

La luz era ya un resplandor que nos envolvía. Supe que estaba a punto de atravesar la última frontera, de penetrar en lo eterno…

Acaso de verme ante él.

Ante Dios…

Rodeado por todos mis felices parientes y amigos, con la misteriosa y bellísima Hazel guiándome con todos los demás, como si me conociera de toda la vida, pisé el umbral de la Eternidad…

# Capítulo II

—YA vuelve en sí, doctor.

—Excelente, enfermera. Esté atenta. Puede que no le resulte fácil esto…

Eran palabras. Palabras borrosas, allá en la oscuridad que me rodeaba. Pero se iban clarificando, haciendo más nítidas y precisas:

—Sí, doctor. Estoy preparada. Sé lo que son estos casos.

—Por si acaso, prepare una intravenosa. A veces se presentan crisis imprevisibles.

—Todo está a punto, doctor, no se preocupe por mí.

—Excelente. Entonces, esperemos. Creo que va a abrir los ojos…

Era raro. Ya no veía aquel resplandor. Ya no me sentía ligero y feliz. Era como regresar pesadamente de un lugar idílico y sentirme otra vez lastrado por inquietudes, dolores, angustias…

Mis párpados pesaban como plomo. Pero los abrí.

Había poca luz, aunque casi me cegó. Volví a cerrarlos con un gemido.

—Reduzca la luz, enfermera —oí decir a la voz masculina—. Lleva mucho tiempo en la oscuridad, es evidente.

—Ya está. Ahora no sentirá tanta molestia.

Probé otra vez. Ahora sí resultó. Pude mantener abiertos mis ojos, aunque les hería un poco la claridad indirecta de una lámpara de flexo, situada encima de una mesa de acero cromado y vidrio grueso.

Vi paredes blancas, una cama también de metal cromado, una mesilla con medicamentos y dos personas uniformadas de blanco, una a cada lado de la cama. Una era un hombre alto y joven. La otra era una mujer de cabellos claros, sosteniendo una aguja hipodérmica en su mano. Me miraban atentamente, inclinados sobre mi cama.

Una lámpara de globo de vidrio blanco colgaba del techo. Una

ventana cerrada aparecía a mi izquierda. En un aparato electrónico, situado al fondo de la estancia, vi el oscilante movimiento de un puntito verde, sobre una pantalla fluorescente. Estuve seguro de que era algo que formaba parte de mí en estos momentos. Marcaba el funcionamiento de mi corazón o el de mi cerebro.

—¿Qué sucede? ¿Dónde estoy?

No era muy original. Pero es lo único que se me ocurrió decir. Y lo dije.

Escuché mi voz, muy débil y alterada. Casi ni la reconocí. Ellos se miraron entre sí un momento. Luego, volvieron a contemplarme. El silencio era tan profundo que capté el leve zumbido del mecanismo electrónico de la máquina del gráfico en verde. Y también el tictac de un reloj. Descubrí uno sobre la mesilla. Señalaba las tres. Pero no podía saber si de la tarde o de la mañana.

—Cálmese —dijo el hombre—. Está bien. Muy bien.

Traté de pensar. De recordar. Era difícil. Y penoso. Me dolió la cabeza y palpitaron con fuerza mis sienes. En el gráfico, el puntito verde corrió más deprisa y con un zigzag más acentuado. Ahora estuve seguro: era un encefalógrafo.

—No me gusta esto —gemí—. Quiero volver.

—¿Volver adónde? —se interesó la enfermera con tono suave.

—Adonde estaba. Me sentía bien. Mucho mejor que ahora.

—Eso dicen todos —rió apagadamente el hombre—. Será cosa de probarlo, si no fuera porque… En fin, deje de pensar en todo eso, señor Nybee. Está a salvo. Y eso es lo que importa.

—A salvo… —repetí sordamente. Oh, Dios mío, ¿por qué era tan difícil evocar algo, hacer funcionar mi memoria de alguna forma? Insistí, casi exasperado—: Se estaba bien allí… Muy bien. Era feliz. ¿Por qué me han traído otra vez aquí? ¿Por qué?

El uniformado de blanco suspiró. Me dijo algo escalofriante, aunque lo hizo con sencillez:

—Aquello era la muerte, señor Nybee. Y esto es la vida. ¿Es que le gustaría estar muerto?

Vacilé. Pensé que el tipo estaba loco. Pero luego, de repente, recordé a Helen, a mis padres, a mis viejos amigos difuntos. Y a Hazel. Sobre todo, a una hermosa joven, de ojos verdes y cabellos rojos, llamada Hazel Marston…

—De modo que ocurrió… —gemí—. Estuve…, estuve muerto.

—Clínicamente, sí —aceptó el médico—. Pero salvamos la situación en el quirófano. El doctor Leonard es un gran cirujano, señor Nybee.

—¿Leonard? ¿Se refiere a, a Papá Doc? —pregunté.

Los dos volvieron a mirarse. La enfermera sonrió, sacudiendo la cabeza. El médico me pasó una mano por la frente.

—¿Quién es Papá Doc? —quiso saber, conciliador—. Le estoy hablando del doctor Leonard, director de esta clínica. Le trajeron virtualmente sin vida. Se le dio clínicamente por muerto, señor Nybee. Pero el doctor operó, pese a todo. Y usted salvó la vida.

Respiré hondo. De modo que lo había conseguido. Me había arrancado a la muerte. Yo estuve allí. Pero había vuelto. Había regresado al mundo, antes de cruzar el gran umbral hacia la luz, hacia lo que me esperaba en lo eterno. ¿O había sido todo una alucinación, un producto de mi imaginación, ya en las fronteras de lo irreversible?

—Dios mío, ¿por qué lo hizo? —me quejé amargamente, volviendo a cerrar los ojos y hundiendo la cabeza en la blanda almohada—. No sirve de nada… No sirve de nada, doctor. Voy a morir de todos modos…

—¿Qué está diciendo? —sonrió él, sacudiendo la cabeza—. Está totalmente a salvo. Ya no puede haber complicaciones. Dentro de poco se le dará de alta, no lo dude… Y todo volverá a ser como antes.

—¡Eso es, precisamente, lo que no deseo, doctor! —clamé, incorporándome con angustia—. ¡No quiero volver a lo de antes! ¿Es que no lo entiende? Yo…, yo sufrí un accidente donde tuve que haber muerto, y el doctor Leonard me salvó en el quirófano. Pero sigo siendo un enfermo. Un enfermo que ha de morir en cualquier momento.

—¿Enfermo? ¿Usted? ¿A qué se refiere?

—Vamos, vamos, doctor, hasta un estudiante de medicina sabría, con sólo verme, que padezco el Mal de Langstrom, en su fase más avanzada…

El estupor se reflejó en el rostro del facultativo, que volvió a mirar a la enfermera y luego hizo un gesto de resignación al responderme:

—No sabe lo que dice, señor Nybee. Usted no padece mal

alguno. Y menos aún la enfermedad de Langstrom. He visto a pocas personas tan llenas de salud y de vida como usted en estos momentos, puede creerme. Vamos, enfermera Dodds. Creo que nuestro paciente no necesita ningún sedante ahora. Luego le verá el doctor Leonard y decidirá. Entretanto, será mejor que se quede tranquilo un rato, a solas con sus pensamientos.

—Sí, doctor —afirmó la enfermera. Se inclinó hacia mí y noté su mano en mi frente. Era una mano suave, muy femenina y cálida. Después de ello, me apretó un brazo casi con afecto, antes de dirigirse a la puerta tras el médico, diciendo con tono profesional—: Dentro de poco volveré a verle, señor Nybee. Descanse y no se preocupe por nada. No hay motivo para ello, puede creerme.

Me dejaron solo. La puerta se cerró suavemente tras de ellos. Contemplé durante un cierto tiempo las oscilaciones regulares de aquel punto luminoso en la pantalla. A juzgar por su ritmo, mi cerebro no sufría grandes altibajos.

Sin embargo, en cuanto pensé en todas las cosas que iban acudiendo de modo paulatino a mi memoria, noté que esas oscilaciones aumentaban su ritmo. Especialmente cuando recordé cierto documento firmado por el doctor Leonard, y la visión de un hombre sangrante y destrozado en una carretera mojada por la lluvia, mientras alguien decía cerca de él: «Lo llevaremos al hospital más próximo. Pero nadie puede hacer ya nada por él… Está muerto. La muerte debió ser instantánea…».

Y luego Helen, recibiéndome en el largo corredor oscuro. Y casi al final la hermosa y enigmática Hazel Marston, una mujer a quien jamás conocí, salvo cuando mi prima Selena afirmaba ser Hazel…

Y más allá… ¿qué?

Dios mío, ¿qué era lo que había estado a punto de ver ante mí? ¿Era preciso cruzar ese umbral luminoso para estar definitiva y totalmente muerto? ¿Qué misterio encerraba en sí la problemática «muerte clínica» que los hombres han definido como el momento en que el ser humano deja de estar en este mundo? ¿Era eso la muerte, en realidad? ¿O sólo un periodo de tránsito que podía ser interrumpido, como lo fuera el mío?

Pero aunque la habilidad de un cirujano me hubiese librado de morir víctima de un accidente de tráfico, ¿cómo era posible que ya no hubiera en mí traza alguna de la enfermedad de Langstrom? ¿Me

había mentido aquel médico? ¿O realmente el doctor Leonard, a quien ni sus propios subordinados parecían conocer como Papá Doc, había sido amo y señor de la vida y de la muerte?

Pensando en todo ello, me quedé dormido, sumido en un profundo sopor del que me arrancó un pinchazo en el brazo, brusco aunque no demasiado doloroso, y una voz apacible que me interpelaba suavemente:

—¿Cómo va eso, amigo mío? ¿Todo bien?

Volví a despertar. Ahora, era él, Papá Doc, sonriente y seguro de sí, quien se inclinaba sobre mi lecho. Y la enfermera Dodds la que me quitaba del brazo una aguja hipodérmica con la que me había inyectado algo intravenoso.

—Usted… —musité—. Doc…, Dios mío, ¿qué está ocurriendo?

—Ya lo ve, señor Nybee. Está a salvo. Y cada vez mejor. Tuvo mucha suerte. Su organismo resistió una operación a vida o muerte. Ahora debe sentirse tranquilo.

—Tranquilo… —suspiré—. Doc, ¿es cierto lo que dijo su colega antes? ¿Es que ya no tengo… mi enfermedad mortal?

—Que yo sepa, no tiene nada de nada que pueda preocuparle —sonrió el cirujano con gesto risueño.

—Dios mío, lo ha conseguido usted… Cumplió su parte del contrato, entonces…

—¿Contrato? ¿De qué habla, señor Nybee? —Mostró extrañeza —. Sin duda ha debido tener sueños y visiones que alteran la realidad ante sus ojos. Yo nunca firmo contrato alguno con mis pacientes, y menos aún cuando el que recibo está virtualmente muerto, y debo operarle a la desesperada durante varias horas.

—Pero, Doc, usted me aseguró que me daría la vida después de morir. Una larga vida de muchos años… —insistí, incorporándome en el lecho—. Si es cierto lo que dicen… es que ha cumplido su parte en el trato.

—Me temo que sigue delirando —rió suavemente el médico. Se volvió a su enfermera y añadió con normalidad—: Creo que de momento es todo, enfermera Dodds. ¿Le toca a usted la guardia esta noche?

—Si, doctor Leonard.

—Bien. No creo que el paciente le cause problemas. Esa inyección le permitirá descansar apaciblemente hasta mañana.

—Sí, seguro que sí, doctor —asintió ella, encaminándose a la salida de la habitación.

Miré el reloj de la mesilla. Eran las cinco ya. Traté de concretar algo.

—Doctor, ¿es de día o de noche?

—De día, señor Nybee —me dijo con tono amable.

—¿No podría… abrirme la ventana? Me gustaría ver la luz del sol…

—Me temo que no consiguiera sino entristecerse. No hay sol hoy, señor Nybee. Está lloviendo torrencialmente, hace frío y la tarde tiene un color plomizo nada alentador. Será mejor que descanse y ya verá mañana la luz a su antojo.

La enfermera salió definitivamente. Nos quedamos solos él y yo. De pronto se inclinó sobre mí. Su gesto había cambiado. Su voz también.

—No vuelva a hablar nada delante de los demás —me reprochó —. El contrato es algo estrictamente secreto entre usted y yo.

El corazón me dio un vuelco y sentí que un escalofrío subía por mi espina dorsal. En la pantalla, el encefalógrafo se alteró visiblemente.

—De modo que es cierto… Usted…, usted me ha traído desde la muerte…, desde el otro lado… —gemí.

—Así es —afirmó despacio con la cabeza—. El accidente de coche no entraba en mis cálculos. Le trajeron a mi clínica en un pésimo estado. Clínicamente le dieron por muerto mis subordinados. Tuve que trabajar duro con usted. Pero ahora está aquí, sano y salvo.

—Usted ha dicho antes que no estoy enfermo. El otro médico me aseguró que no hay el menor rastro de la enfermedad de Langstrom en mí…

—Y es cierto. No le hemos engañado —suspiró el médico—. Formaba parte de mi compromiso, ¿no?

—Pero…, pero ¿cómo pudo hacerlo, Doc?

Se encogió de hombros con una vaga sonrisa. Me apretó el hombro cordialmente y se dispuso a salir también.

—Eso no es asunto suyo —dijo—. Cuando abandone mi clínica, podrá visitar a los más eminentes médicos del mundo. Comprobará que ya nada le amenaza. Usted quiso la vida después de morir.

Bien. Ya la tiene, señor Nybee. No pregunte más.

Me dejó solo. Tal vez a causa de la inyección, me sentía torpe, cansado. Volví a hundirme en un sueño profundo, no sin antes notar que la visión se me hada borrosa, y el gráfico en el aparato electrónico se difuminaba hasta no ser más que una mancha verdosa inconcreta.

* * *

—Hoy es el día, señor Nybee.

—¿El día? ¿De qué?

—De abandonar este centro. Le darán el alta esta tarde. Podrá volver al mundo exterior, a su mundo.

—¿Está segura de eso, señorita Dodds? —dudé yo.

—Por supuesto —se echó a reír. Tenía una risa agradable. Incluso me di cuenta por primera vez de que, además de joven, era bastante atractiva. Y de que bajo su uniforme blanco, poseía un torso muy digno de respeto—. El propio doctor Leonard me lo ha dicho. ¿No se siente feliz?

—Me parece incluso mentira. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que ingresé en este centro?

—Hoy hace un mes que le trajeron en aquella ambulancia, clínicamente muerto según el primer diagnóstico del médico de guardia.

Me erguí en la silla de ruedas donde me hallaba sentado en estos momentos, frente a la ventana todavía cerrada, que me había sido imposible abrir, ya que tenía las contraventanas clavadas y no permitía entrar la luz del exterior. Miré muy atentamente a mi enfermera y tomé de repente su mano, atrayéndola hacia mí. Lo hice con tal brusquedad, que ella se quedó pegada por unos momentos a mi cuerpo. Noté en mi rostro el roce de sus duros y firmes pechos.

Rápida, se retiró mientras yo preguntaba con voz tensa:

—¿Usted me vio llegar ese día?

—Por supuesto —asintió, sorprendida, con un parpadeo—. Formaba parte del servicio de urgencias en esa fecha. ¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría saber lo que pensó usted al verme.

—Pensé que era una lástima —suspiró ella—. Un hombre joven aún, bien parecido, tirando a guapo… y convertido en una piltrafa

humana.

—¿Me creyó muerto?

—Más que eso. Estuve segura desde el principio de que era usted cadáver. A veces, hasta una enfermera con experiencia puede equivocarse —sonrió, disculpándose.

—¿Se ha equivocado muchas veces?

—No, nunca —admitió—. Pero lo cierto es que su corazón no palpitaba. No había aliento ni señal alguna de vida en usted. Su electrocardiograma y su encefalograma eran planos virtualmente. Y, de pronto, cuando el doctor Leonard comenzó a operar… todo cambió. Admito que cometí un enorme error al pensar que era una intervención inútil y disparatada.

—Ya —me dejé caer hacia atrás, sobrecogido—. Gracias, enfermera Dodds…

—¿Por qué no me llama simplemente Muriel? —sugirió ella con una sonrisa—. Después de todo, casi somos ya amigos. Y pronto dejaré de ser su enfermera…

—Tiene razón, Muriel… Es un bonito nombre —elogié—. Digno de usted.

—Es muy amable.

—No, no. Soy sincero. Debe ser usted muy joven…

—Creo que más o menos como usted —rió la joven enfermera.

—¡Cielos, no! —protesté—. ¿Sabe cuál es mi edad, Muriel?

—Le he calculado unos veinticinco años…

—Dios la bendiga por su generosidad. Casi doblo esa edad. Cumplí cuarenta y dos años hace cuatro meses.

—¿Se burla de mí? —Pareció mostrarse ofendida, mirándome con enfado—. Señor Nybee, eso no se lo creerá nadie. Como broma, no tiene gracia.

—Le aseguro que es cierto. En primer lugar, llámeme a mí solamente Howard, ya que somos amigos. Y en segundo lugar, le dije la pura verdad.

—Pero si es tan joven…

—O me está elogiando demasiado, Muriel, o el doctor Leonard cuenta entre sus habilidades de cirujano con la de experto en plástica —reí—. Ha logrado intrigarme. ¿Quiere darme un espejo para que vea esa aparente juventud mía?

—Claro —sonrió ella, buscando en su bolsillo—. Véalo por sí

mismo, si es que ha olvidado en estos días cómo es realmente, Howard.

Sacó un pequeño monedero del que, una vez abierto, extrajo un pequeño espejo que me tendió. Me miré en el azogado vidrio redondo, esperando verme tal y como era al sufrir el accidente. Tal vez atractivo para algunas mujeres, pero desde luego muy lejos de aparentar veinticinco años, como ella decía.

Me quedé helado.

El rostro que contemplaba en aquel espejo era el mío. Pero tal como había sido casi veinte años antes. Muriel Dodds tenía razón. Yo sólo aparentaba poco más de veinte años…

Sencillamente, mi rostro pertenecía a otra época pasada, aunque fuese mío.

—Dios… —murmuré aterrado—. Vida y juventud… Como Fausto. Él dijo que viviría más de cincuenta años… y con esta edad que represento parece posible.

—Perdón, ¿qué está diciendo, Howard? —me preguntó la enfermera, intrigada.

—No… nada… —jadeé, confuso, torpe, realmente sacudido por un ramalazo de horror y de incredulidad—. Nada…

Traté de verme de nuevo en el espejo. Pero algo ocurría. Mi imagen se deformaba y diluía en su superficie, hasta formar una bruma y disolverse…

Alguien me quitó bruscamente el espejito de la mano. Vi al doctor Leonard, hecho una furia, devolviéndole el objeto a mi enfermera y reprochándole con energía:

—¡Señorita Dodds! ¿Qué está haciendo? ¿No ve que el paciente está sufriendo de nuevo los efectos de los sedantes? Su mirada se nubla, su vista pierde nitidez… Pronto, la inyección. Y no descuide las atenciones al enfermo, ya se lo advertí.

Yo traté de decir algo, objetar que ya volvía a ver bien todos los objetos de la habitación. Pero nadie me escuchó. La enfermera Dodds me inyectó de nuevo con premura. El doctor Leonard me tomó en sus brazos, tendiéndome en el lecho sin dificultad, a pesar de mi fuerte complexión.

Poco después, como ocurría siempre que me aplicaban sedantes, volvía a sumirme en un profundo sueño, mientras la joven Muriel Dodds se disculpaba ante su superior. Yo no entendía nada y me

quedé dormido.

Aquella misma tarde, cuando ya había oscurecido y Edimburgo aparecía iluminado en la noche con la luz de los escaparates, los anuncios comerciales y el alumbrado eléctrico, abandoné pese a todo la clínica del doctor Leonard.

Faltaba poco para que conociese la terrible verdad sobre mi nueva existencia, después de haber muerto.

# Capítulo III

ERAN las ocho de la tarde.

Se había formado una espesa neblina en la ciudad escocesa, y las luces del alumbrado público eran como fanales en la sombra, como halos misteriosos evanescentes, que aparecían y desaparecían ante mis ojos, a medida que caminaba sobre el asfalto mojado, respirando el aire nocturno, pese al clima frío y húmedo, nada acogedor.

Después de tantos días encerrado en la clínica del doctor Leonard, sin que la ventana de mi habitación hubiera sido abierta jamás, resultaba incluso reconfortante aspirar aquel aire denso y contaminado por el humo de las fábricas y los escapes de motor de los automóviles. Por ello me negaba a tomar vehículo alguno para desplazarme al lugar cuyas señas me habían sido facilitadas por mi enfermera, Muriel Dodds, al abandonar el centro médico.

Era demasiado tarde para abandonar Edimburgo aquella noche, de regreso a Aberdeen, y tanto mi enfermera como el doctor Leonard habían pensado juiciosamente que era preferible dormir en la ciudad, aunque fuera del ámbito hospitalario por mi propio bien, hasta que al día siguiente tomase un tren o un coche para dirigirme a Methlick.

Las señas correspondían a una casa particular, de una tal señora Maxwell, donde sería atendido cordialmente, sin la frialdad de un hotel. Según mi médico, debía de irme adaptando a mi nueva existencia de un modo paulatino, después de tanto tiempo entre la vida y la muerte. Y nunca mejor empleado ese término que en mi caso particular.

Era cierto que no sentía ya dolores ni fatiga, que mi mente aparecía despejada y que ni siquiera me había aconsejado medicación alguna. Me preguntaba, mientras resonaban huecamente en el asfalto mis pisadas, si sería posible que,

ciertamente, estuviera curado de mi enfermedad mortal. Y sobre todo, si era cierto que había hecho el gran viaje sin retorno… pero regresando de nuevo al mundo.

Aún llevaba conmigo el documento autógrafo del doctor Leonard, que alguien había recogido junto con mi pasaporte y otros objetos, al sufrir el fatídico accidente de carretera. Yo había dado ya telefónicamente a Nueva York, desde la clínica, orden de transferencia del medio millón de dólares, a una cuenta a nombre del doctor Leonard, bloqueado su capital, pero no así sus intereses, en tanto yo no diese contraorden.

Todo me parecía ahora tan extraño, que empezaba a preguntarme, inquieto, si no había sido víctima de una enorme estafa sin precedentes. Sin embargo, el recuerdo de mi accidente, las imágenes confusas que conservaba en mi mente del momento en que me vi a mí mismo muerto entre los restos del destrozado coche verde, y ahora la sensación de salud que sentía en mi persona, la ausencia de los trágicos síntomas de la dolencia de Langstrom, me hacían dudar y preguntar si, en efecto, existían los milagros, y si Papá Doc era algo más, mucho más que un médico cirujano…

Me detuve junto a un escaparate donde se veían diversos manjares y frutas. Era un pequeño restaurante, y eso me hizo recordar que hacía muchas horas que no había comido nada. Pensé en entrar allí, antes de dirigirme a casa de la señora Maxwell. Y lo hice tras un momento de indecisión, encontrándome en un alargado y no muy amplio local donde solamente se veían hasta ocho mesas, cuatro por cada lado, con manteles a cuadros rojos y blancos, pulcros y limpios. El lugar olía también a esmerada pulcritud, y me gustó.

Me acomodé en una de las mesas, a mi gusto, puesto que era el único cliente del establecimiento en estos momentos. Una joven de falda oscura y blusa blanca, se me acercó sonriente, con una carta en la mano.

—Buenas noches, señor —saludó, tendiéndome el menú.

Correspondí a su saludo y elegí con rapidez. Una crema de legumbres y algo de carne asada con verduras. Para beber, opté por una copa de vino tinto. Ella se alejó tras de tomar nota de mi encargo. Observé su figura mientras taconeaba hacia la cocina situada al fondo.

Era una muchacha algo rolliza, de cabello rojo oscuro y cara redonda. También resultaban bastante redondos sus senos y nalgas. Suspiré, echándome atrás en mi asiento. Una rara excitación recorría mi cuerpo al examinar las curvas de la joven.

Por vez primera en mucho tiempo, sentía deseos carnales. Desde que el doctor Keller me dijera en Nueva York lo de mi enfermedad mortal, había perdido incluso el deseo del placer. Extrañamente, sólo había creído sentir de nuevo algo parecido a eso durante mi sueño, o lo que fuese, cuando me reuní con Hazel Marston en el túnel oscuro hacia lo eterno. Pero no era exactamente deseo carnal lo que ella me provocó en aquel momento, aunque sí una rara e inquietante sensación voluptuosa.

Eso me hizo estremecer ahora. ¿Era posible sentir algo así después de muerto? ¿No resultaba incluso monstruoso que yo sintiera la menor atracción hacia una mujer que llevaba muerta veinte años, por hermosa que hubiera sido? Nunca había sido un hombre de gustos morbosos. La necrofilia me resultaba sencillamente inconcebible.

Y sin embargo…

Dejé de pensar en ello cuando la joven camarera regresó con la copa de vino y el humeante tazón de crema de legumbres. Comencé a tomarlo casi con avidez. Sentía frío y humedad en mi cuerpo, tras el largo paseo en la niebla, y aquel cálido alimento me sentaba bien.

—¿Se encuentra bien, señor?

Me sorprendí. Alcé la cabeza. La camarera me miraba con cierta curiosidad y preocupación. Asentí vivamente.

—Por supuesto. Nunca me he sentido mejor que ahora —manifesté—. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, perdone si soy entrometida. Le he visto tan pálido, que pensé que podía sentirse indispuesto.

—Bueno, tengo que estar pálido a la fuerza —sonreí—. Llevo demasiado tiempo sin que me dé la luz del día. Además, he estado caminando por esas calles entre la bruma. Pero le aseguro que estoy perfectamente, gracias.

Ella se retiró, algo azorada. Volví a seguirla con la mirada. Me gustaba el cuerpo de aquella chica. Decididamente, volvía a ser yo mismo, el que fuera antes de aquella atroz pesadilla iniciada en Nueva York semanas atrás. Estaba seguro de que aquella muchacha

emanaba sensualidad. Y mis pensamientos hacia ella también.

Terminé de cenar brevemente. Pedí la cuenta, tras consultar el reloj. Se iba haciendo tarde, y la señora Maxwell se inquietaría, si el doctor Leonard la había llamado para anunciarle mi llegada. Después de todo, era mi primera noche fuera de los muros de un hospital, después de mucho tiempo, y podían pensar que me había sucedido algo desagradable en mi inicial contacto con el mundo exterior tras la prueba tremenda que había vivido.

La jovencita me devolvió el cambio y yo le dejé la propina, bastante generosa, en el plato. Al inclinarse a recogerla, observé que se había soltado un botón de su blusa. Ello permitía descubrir parte de uno de sus senos. Era firme, terso y erguido. No usaba sujetador. Me mordí el labio, incómodo. Mis deseos se acrecentaron ante la contemplación de aquella blanca esfera de carne joven, tan próxima a mí.

Me reprimí. No podía dejarme llevar por mis instintos, recuperados con excesiva energía. De haberlo hecho, hubiera sido capaz de desgarrar la blusa de aquella muchacha y aferrar con mis manos la desnudez de su busto.

Salí a la bruma nocturna, sudoroso y con un ligero temblor. Me pasé la mano por la frente. El sudor era helado. Tal vez la chica tuviera razón. Debía obrar con cordura e ir directamente a casa de la señora Maxwell, sin más. Estaba propasándome para ser mis horas iniciales fuera de la clínica.

La luz del pequeño restaurante quedó atrás. Caminé hacia un cercano parque de frondosos setos y altas arboledas, que se destacaba en la niebla. Me habían explicado cómo ir exactamente a aquella dirección que obraba en mi poder. Tenía que cruzar ese parque precisamente, y al otro lado hallaría la vivienda de la señora Maxwell.

Me interné por los senderos de arenilla crujiente del parque. Y entonces, la voz femenina me interpeló melosamente:

—Eh, amigo, ¿tienes prisa? Me gustaría estar contigo un rato…

Me detuve. Miré a la que hablaba. Era una vulgar prostituta. Joven, metida en carnes y demasiado rubia para ser natural. Llevaba un gran descote por el que asomaban dos gigantescos senos palpitantes. Me sonrió desde un banco, cruzando sus piernas hasta dejar ver a la luz de una farola los muslos macizos, por encima de

sus medias color humo.

—Vamos, no tengas miedo —se burló, mostrándome la punta de su lengua entre los labios gruesos e incitadores—. Ven aquí, guapo. Lo pasarás muy bien conmigo, te lo aseguro.

Aquella mujerzuela debía de saber muy bien que a estas horas el policeman de servicio estaría en algún cercano *pub*, en vez de deambular en la fría noche brumosa. Y se aprovechaba de ello para su «negocio».

De haber sido un hombre prudente y con algo de sensatez en mi persona, hubiese acelerado el paso, alejándome de aquella fulana sin hacerle el menor caso. Así, cuando menos, hubiera obrado el Howard Nybee que yo conocía, el que había sido antes de todo aquello.

Sin embargo, algo me cegó la razón. No sé si fueron mis exacerbados deseos o la excitación que la proximidad de la bonita jovencita del restaurante provocara en mí. Lo cierto es que cambié de mi rumbo. Y me acerqué a la prostituta.

Ella sonrió radiante. Había conseguido un cliente. Parecía saberlo de antemano. Cuando me acomodé a su lado, me echó encima sus abundantes pechos y murmuró roncamente:

—Desde que te vi aparecer sabía que estabas deseando pasar un rato agradable, querido. Te costará sólo cinco libras. Pero te haré muy feliz, ya verás…

Le di las cinco libras, que ella se metió entre los pechos. Me arrastró a la espesura del bosque sin más rodeos. La vi desnudarse a medias. Me atrajo hacia sí. Yo era como un animal en celo. Mi razón no funcionaba. Sólo deseaba desahogarme con aquella mujer pública.

Acaricié febrilmente sus formas, abundantes y algo ajadas ya. Ella me despojó de las prendas precisas. La embestí salvajemente. Ella gimió en mis brazos.

—¡Qué hombre! —jadeó, complacida—. Estás desbocado, cariño…

Tenía razón. De lo demás, no recordaba mucho cuando me alejé de allí, avergonzado conmigo mismo, pero desahogado con la ramera. Sólo que me daba asco pensar en ella y en lo que había hecho. Me arañaron algunos arbustos en la furia sexual de nuestro contacto, y maldije entre dientes al ver sangrar mis manos y

muñecas. Los arañazos eran más numerosos y profundos de lo que imaginé.

—Maldita zorra… —murmuré, aun a sabiendas de que era injusto con ella, ya que si había algún responsable de todo aquello, ése era yo mismo—. Nunca debí pararme con ella. Nunca…

Caminé más deprisa, aunque lo cierto es que ya no sentía frío. Mi cuerpo ardía con un fuego renovado, y hasta el sudor de mi piel había dejado de ser tan gélido como antes, pese a la temperatura ambiente y al alto grado de humedad de la noche en Edimburgo.

Por fin llegué a casa de la señora Maxwell. Scotland Square número 11. Era allí, ante mí, aquella puerta vidriera iluminada. Toqué el timbre.

Recompuse lo mejor que pude mis ropas, desordenadas por aquella viciosa hembra del parque, y esperé. La puerta no tardó en abrirse. Una dama de ropas oscuras, cabello canoso peinado cuidadosamente hacia arriba, y aire tranquilo y apacible, me abrió. La vi con agrado, enmarcada en el umbral, con una suave luz rosada a sus espaldas.

—Buenas noches, señora Maxwell —saludé—. Temo llegar algo tarde.

—¿Es usted el señor Nybee, que nos mencionó el doctor Leonard? —indagó ella, con cierta extrañeza.

—Así es, señora.

—Entre, entre, por favor. Hace una pésima noche… —Al pasar a su lado, se quedó alterada al verme—. ¡Pero si está manchado de sangre!

—Lo siento —balbuceé—. Me…, me caí en el parque…

—Oh, el parque… —asintió con su canosa cabeza noble, tras cerrar la puerta y asegurarla con un pestillo—. Siempre dije que necesita más alumbrado de noche… Venga conmigo, por favor. Le daré algo para que se limpie y cure esos arañazos… ¿Ha cenado ya?

—Pues… sí, señora Maxwell. He cenado —me excusé—. Tenía apetito, me tropecé con un restaurante y…

—Claro, claro. No tiene que disculparse por ello —sonrió afablemente, conduciéndome a una salita anexa al recibidor, donde me introdujo, al tiempo que anunciaba a alguien—: Hattie, querida, el señor Nybee ha llegado ya. Y sufrió un percance en el parque…

Una figura femenina se incorporó. Estaba sentada ante un hogar

encendido, siguiendo un programa de la televisión en un receptor portátil en color. Las llamas de los leños y el resplandor de la pantalla, alumbraron su figura esbelta y bien formada, al erguirse ante mí. Parecía muy joven.

—Oh, qué contrariedad —murmuró acercándose a mí—. ¿Me permite que le ayude, señor Nybee? He estudiado unos cursos de enfermera, aunque no todos…

—Es mi sobrina Hattie —explicó la señora Maxwell—. Dice la verdad. ¿No cree que será mejor que ella le limpie y cure un poco esos arañazos?

—No quisiera molestar apenas llego a su casa, señora —me disculpé, azorado.

—Vamos, vamos, no se preocupe. Está en su casa también. Por cierto, supongo que aunque ha cenado ya, tomará con nosotras una taza de té… Siempre viene bien con noches tan poco agradables.

—Son muy amables todas —dije, mientras la joven me hada sentar ante una mesita, daba una luz cerca de mí y se disponía a atender los daños sufridos a manos de la mujerzuela del parque.

—No diga eso —sonrió la joven, mirándome con curiosidad—. El doctor Leonard le envió a una casa donde debería sentirse como en familia. Y así queremos que sea… Veo que sus arañazos son más profundos de lo que pensé. Y han sangrado bastante. Tiene muy manchada la camisa y la chaqueta, señor Nybee…

—Lo siento. He sido tan torpe…

La miré mientras lavaba mis arañazos con una botellita de agua oxigenada. Era una joven con clase. Alta, distinguida, de serena belleza. Ojos oscuros, cabello castaño, formas suaves. Había en ella algo reconfortante y natural que producía el efecto de un sedante en mis excitados nervios.

Me limpió las heridas y las desinfectó, aplicando luego algunos pequeños apósitos sobre las más profundas, en tanto su tía preparaba otra mesita con tres servicios para el té.

—El doctor Leonard nos explicó que su caso es muy especial —dijo la dama, en tanto preparaba todo para la infusión—. Y nos lo recomendó muy especialmente. A veces hemos tenido pacientes del doctor en casa, pero nunca nadie tan joven y tan apuesto, se lo aseguro. ¿Está totalmente curado de su dolencia, señor Nybee?

—Sí, eso dijo el doctor. Y yo me encuentro muy bien, la verdad.

—Pero usted es muy joven, ¿no? —indagó la muchacha que había atendido mis arañazos, retirando el botiquín familiar.

—Bueno, yo… —Me detuve. Recordé algo que sucediera en el centro médico, y me apresuré a responder a mi vez con otra pregunta—. ¿Qué edad me calcularía usted, señorita Maxwell?

—No más de veinte o veintidós años —sonrió ella, regresando junto a nosotros—. ¿Acerté?

Me estremecí. Otra vez aquella extraña juventud, mencionada ya por la enfermera Dodds… No tenía sentido. Traté de mostrarme ambiguo.

—Bueno, algunos más —reí—. Ignoraba que me conservase tan bien, créeme.

—Pues así es, se lo aseguro —terció la señora Maxwell. Y cambiando de tono añadió—: Ah, antes de que se me olvide. Tengo una carta para entregarle a usted.

—¿A mí? —Una rara sensación de alivio me invadió. ¿Tal vez mi tío Ian o prima Selena, de quienes nada había sabido en todo este tiempo, sin que ni el doctor ni mi enfermera supieran darme razón, me habían enviado alguna misiva que el médico se apresuró a mandar a casa de las Maxwell?

—Así es. Espere que se la entregue. Tiene que leerla esta noche, pero no antes de cierta hora. Son las instrucciones.

«Aquello era sorprendente», pensé. Cuando la señora Maxwell regresó, me puso en las manos un sobre cerrado y lacrado. Leí lo que había sido escrito en él:

«Para el señor Howard Nybee. No abrir antes de las doce de la noche. Ni tampoco más tarde de las dos de la madrugada. Doctor Leonard».

Me defraudó bastante, al tiempo que me inquietaba. ¿Por qué aquellas instrucciones precisas respecto a la hora? ¿Qué era lo que yo debía de saber en un momento determinado, ni antes ni después? Casi sentí miedo. ¿Había sido insincero en algo el doctor, y me revelaba algo horrible en aquella misiva misteriosa? Desde luego, no parecía tener relación alguna con mis parientes de Methlick ni con su inexplicable silencio de un largo mes.

—Está bien, gracias —dije, guardando en mi bolsillo la carta, en un esfuerzo por dominar mi confusión—. Espero que la curiosidad no me venza antes…

La señora Maxwell sonrió. Hattie me puso azúcar y leche, a petición mía, y me alargó la taza de té.

—Gracias —dije suavemente, mirándola a los ojos.

Ella sonrió, desviando su mirada. Observé una leve turbación que enrojeció sus mejillas. Me gustaba aquella muchacha. No como la camarera del restaurante, y menos aún como la matrona opulenta del parque. Esto era otra cosa. Desde que perdiera a Helen, veinte años atrás, no sentía nada parecido, ni siquiera por Pamela, mi prometida de Nueva York.

Traté de apartar de mí esas ideas. Después de todo, iba a estar allí solamente unas horas. Al día siguiente, me encontraría viajando hacia Aberdeen, para reunirme con mi familia y saber los motivos de su mutismo. Y Hattie Maxwell y su tía serían sólo un grato recuerdo, el primero en mi retorno a la vida.

No eran las once cuando la velada se dio por concluida. Hattie me deseó las buenas noches y añadió que nos veríamos a la hora del desayuno, antes de partir yo de Edimburgo. Asentí, despidiéndome también de la señora Maxwell hasta el otro día. Me habían dispuesto una habitación en la planta alta, limpia y acogedora, donde me sentí singularmente tranquilo al cerrar la puerta tras de mí.

Me quedé en mangas de camisa. Ciertamente, Llevaba bastantes manchas de sangre en ella. Y también en los puños de la chaqueta. Aquella maldita mujerzuela tenía sus uñas demasiado afiladas, aparte lo que me arañasen los arbustos. Recordaba borrosamente que en el momento del éxtasis se había aferrado a mí ansiosamente, entre espasmos.

Recordé la misiva del doctor Leonard. Saqué el sobre. Lo puse encima de la mesilla. Lo contemplé, pensativo. Dudé si obedecer o no. Aguardar una hora se me antojaba una prueba demasiado dura para vencer mi curiosidad. ¿Qué tenía que revelarme, con tanto misterio, el médico a quien al parecer debía mi vida actual?

Fui al pequeño aseo contiguo para lavarme un poco y esperar al momento de rasgar aquel sobre. Esperaba ver mi rostro, por si también había sufrido en él algún arañazo, aunque nada dijo al respecto Hattie Maxwell durante la cura.

Me quedé sorprendido.

El aseo carecía de espejo. Estaba el rectángulo de la pared sobre

el lavabo, sí, mostrando un color diferente al resto del muro. Pero nada de espejo. Tal vez se les había roto y no tuvieron tiempo de reponerlo antes de llegar yo.

Por fortuna, sería innecesario, ya que había una máquina de afeitar eléctrica sobre una estantería, y no necesitaba espejo para asearme. Pero me disgustó el hecho considerablemente.

Regresé junto a la cama. Volví a mirar la carta sobre la mesilla. Estaba impaciente. Saqué un cigarrillo y el encendedor. Eran objetos que también había recuperado en mi accidente.

Prendí el cigarrillo. Empecé a fumar, con la mirada fija en el bruñido encendedor electrónico. Podía ver en él la habitación toda, reflejada como en un espejo diminuto. Como en un espejo.

De repente, pegué un respingo. Un frío glacial me invadió. Miré, sin dar crédito a mis ojos, la imagen reflejada en el metal del encendedor.

La habitación, sí. Cama, mesilla, cortinas, paredes, techo… Sí, todo eso.

Todo… menos yo.

¡No aparecía reflejado en el espejo!

Creo que fue eso lo que me reveló todo el horror, el supremo espanto de mi condición actual, de mi retorno al mundo. Todo el gran misterio de este alucinante presente de Howard Nybee, vuelto a la vida desde las fronteras mismas de lo eterno.

Yo…, YO ERA UN VAMPIRO.

# Capítulo IV

UN vampiro.

Sí. Lo era. Ya no se trataba sólo de un espejo sin mi imagen.

Lo decía allí. En la carta del doctor Leonard. Sin lugar a dudas.

La leí sobrecogido, casi sin poder creer lo que allí leían mis ojos:

*«Nybee:*

*»Ignoro si cuando abra esta carta sabrá usted la verdad. Si no es así, piense que su vida depende únicamente de que jamás, bajo pretexto alguno, vea la luz del sol. Usted sólo puede vivir de noche. Duerma durante el día donde la claridad solar no pueda herirle.*

*»Le dije que le daría otra vida. Y lo he cumplido al pie de la letra. Usted no quería ser un zombie. Pero nada dijo sobre los vampiros. No existen más que dos medios de tener una segunda vida cuando uno ha muerto clínicamente: ser un zombie o un vampiro. Podía hacer ambas cosas. Me incliné por la segunda. No podía usted esperar otra cosa. Sabe bien que no existen los milagros. No todo el mundo puede disfrutar de una segunda vida que, si la administra sabiamente, puede ser indefinida. Eterna. Y a cambio de nada. ¿Se da cuenta de que posee la eternidad en sus manos, Nybee? Y no crea que está solo. Hay más como usted en el mundo. Sí, incluso hoy en día, los vampiros no son cosa de leyenda. La época actual les ayuda más a pasar inadvertidos. Existe demasiada gente noctámbula, personas de mal color que rara vez ven el sol, especialmente en las grandes ciudades.*

*»No trate de luchar contra su actual destino. Ya es imposible. No hay vuelta atrás. Usted lo quiso así, recuerde. No tema demasiado a la Cruz. No le causará un daño irreversible, aunque le ocasione algunas molestias. Los vampiros se han habituado a convivir con los símbolos de la religión. Tampoco los ajos creo que le provoquen excesivo daño, salvo una especie de alergia molesta. Pero cuidado. Presérvese siempre de la luz del día. Y de las estacas afiladas. Si le clavan una en el corazón,*

*todo habrá terminado. Ya no tendrá una tercera oportunidad, créame.*

*»Permítame mantener oculto mi método para convertir a un cadáver en vampiro. Es secreto profesional, después de todo. Lea bien esta carta, porque no tendrá otra oportunidad de repasarla. Grabe todo en su mente. No acuda a lugares donde residió antes, a ser posible. Se tropezaría con sorpresas poco agradables.*

*»Es todo. No acuda a mí ya jamás en momento alguno. Se debe a sí mismo y es tarea suya sobrevivir en esa nueva existencia que conocerá a partir de ahora. Si se ve en problemas graves, es posible que un amigo inesperado le resuelva la situación. Confíe en él si es así.*

*»La señora Maxwell nada sabe de todo esto. Ni tampoco su sobrina. Pero le atenderán en todo, sin extrañarse. Están habituadas a tener clientes algo raros que yo les envío.*

*»Suerte en su nueva y larga vida, Nybee. Un saludo:*

»Papá Doc».

Apenas hube terminado de leerla, comprendí por qué no me sería posible releerla, ni que persona alguna pudiera hacerlo. Las líneas manuscritas comenzaron a diluirse ante mis ojos. Estaba escrita con tinta simpática. En pocos instantes, sólo quedó un papel blanco ante mis ojos. Pero sabía que no había sufrido una alucinación. La carta había existido. El doctor Leonard había hecho de mí un vampiro.

Un vampiro…

La idea me resultó en principio delirante. Ahora, empezaba a sentir un terror glacial. Tanto como el frío que calaba hasta mis huesos, como dándome a entender la clase de helada existencia que me esperaba, entre el mundo y la tumba, pero sin pertenecer a ninguna de ambas zonas.

—No es esto, no es esto… —gemí roncamente, hundiendo el rostro en mis manos—. ¡No es esto lo que yo he pedido!

Pero ya era inútil lamentarse. No existía en nuestro contrato cláusula alguna que excluyera la posibilidad de convertirme en un no-muerto, en un ser que deambulase durante una eternidad por el mundo… ¡viviendo de sangre ajena!

—Sangre… —gemí—. ¡Oh, no, no! ¡Eso, no!

Me miré mis manos, tembloroso. Los arañazos, los esparadrapos que me pusiera Hattie Maxwell poco antes, las manchas de sangre en mi camisa y chaqueta, cobraban súbitamente un atroz,

escalofriante significado, a la luz de mi actual conocimiento de la situación.

Recordé la clínica. La ventana siempre tapiada, la ausencia de luz diurna en mi habitación, el alta recibida ya en plena noche, el espejo de la enfermera Dodds donde me viera inicialmente, para luego borrarse mi imagen… No, no fue un desvanecimiento. Fue, sencillamente, que mi imagen se perdía, dejaba de reflejarse en el espejo. Los vampiros jamás se podían ver en un espejo, eso decía la tradición. Y eso se conservaba, al parecer. Como la luz del sol, como la estaca afilada… En cambio, al parecer las cruces y los ajos no me resultarían particularmente nocivos.

De nuevo recordé mis arañazos y manchas de sangre. Temblé.

La prostituta en el parque… ¿Qué había sucedido con ella? Quise recordar si la dejé allí sana y salva al ausentarme, tras hacerla mía. No podía recordar. No podía evocar nada concreto. Mi terror iba en aumento.

No podía dormir así. Tomé una resolución heroica.

Me vestí de nuevo. Mis manos se estremecían sin cesar. Todo el cuerpo parecía agitado por un viento gélido, llegado de la misma tumba a la que ya, por razones clínicas y humanas pertenecía.

—Ha sido una locura desear la vida —murmuré, caminando inseguro hacia la salida de mi habitación—. Una completa locura. ¿Qué va a ser ahora de mí? ¿Dónde me ocultaré durante el día, para salir por las noches en busca de mi abominable forma de supervivencia?

Mientras descendía cautelosamente las escaleras, sin hacer ruido alguno, pensé que aquello debía de ser solamente el principio. Cuando hubiera transcurrido más tiempo, todo me parecería normal, justificado. Entonces sería ya, definitiva y totalmente, uno de aquellos horripilantes seres de las tinieblas, un espíritu del mal hecho carne y hueso. Sediento de sangre en la noche, buscando un refugio para el día, huyendo de la luz como de mi peor enemigo…

Asomé a la calle. El corazón me dio un vuelco. Evidentemente, aún me impresionaban ciertas cosas. Y aquélla era una de ellas.

Había agitación en la plaza cercana. Luces en el parque una ambulancia apareciendo en la distancia y deteniéndose ante los setos. Mi curiosidad se sobrepuso a toda otra idea.

Y crucé la acera, encaminándome al parque de nuevo, en medio

de la bruma, cada vez más densa. Me crucé con numerosas personas que apenas si me dirigieron alguna mirada distraída mientras comentaban excitadamente entre sí.

—Ha sido horrible…

—Pobre chica… Ya sabemos que era una vida poco recomendable la suya, pero acabar así…

—No sé adónde vamos a parar hoy en día. Hay tanto sádico suelto por ahí…

Paso a paso me aproximaba al lugar donde me detuviera antes con la ramera del parque. Vi grupos de gente, linternas, uniformes de policías, dos enfermeros de blanco con una camilla. Llevaban algo en ella. Cubierto por una sábana. Me acerqué, intentando alzar la sábana. Ellos me lo impidieron.

—Eh, oiga, ¿qué hace? —me reprochó uno de ellos—. No se puede mirar. Está muerta, y su aspecto no es demasiado agradable, señor…

Me quedé rígido, parado en medio del parque, frente al banco donde viera por primera vez a la mujerzuela. Me acerqué paso a paso a los setos donde deambulaban varios agentes de policía. Clavé los ojos en el suelo. Las luces de las lámparas eléctricas revelaron un reguero rojo oscuro. Me quedé rígido, petrificado.

—Eh, usted —me conminó alguien—. Salga de aquí, por favor. No se permite pasar a nadie a esta zona.

Miré torpemente al que me hablaba. Las luces brillaron en la botonadura plateada de su oscuro uniforme. Era un policeman. Bajo el casco, me contempló con mirada huraña, nada amistosa.

—Lo…, lo siento —balbuceé—. ¿Qué ha pasado aquí, agente? Iba de paso y…

—Una mujer. Una prostituta. Algún salvaje la atacó. Tiene una horrible mordedura en el cuello. Y otra en los pechos. Ha muerto desangrada. Ni que hubiera vampiros hoy en día, amigo…

—Qué horror… —musité—. Pobre mujer…

Y me dispuse a alejarme. En ese momento, el policeman proyectó sobre mí la luz cruda de su lámpara. Cerré los ojos, deslumbrado. En mi nueva condición, era obvio que ni siquiera la luz artificial me resultaba agradable.

—Un momento, por favor —me pidió con voz algo más brusca.

—¿Sí? —indagué, inquieto, tratando de ver entre pestañeos.

—Su camisa, señor… Y las mangas de su chaqueta… Tienen manchas. Parecen de sangre. También lleva arañazos en las manos. Y esa pobre mujer arañó a su agresor al morir… Aún tiene señales de piel humana y sangre en sus uñas. ¿Quiere identificarse, por favor?

Aterrorizado, comprendí que había cometido una enorme estupidez al salir de casa con mis ropas sucias e ir al lugar del suceso. Ahora no tenía escapatoria. Debía decir a aquel agente quién era yo, dónde residía. Podían llevarme a comisaría, si despertaba sospechas, como era de prever. Y allí podía darme la hora de amanecer. Eso sería espantoso.

No. No podía quedarme y permanecer a merced de aquellos policías. Tenía que huir cuanto antes.

Y eso es lo que hice: huir.

Cuando el policeman creía que iba a mostrarle dócilmente mis manos y mis prendas de vestir, eché a correr sin rumbo fijo.

—¡Eh, espere! —gritó él—. ¡No se vaya! ¡No se vaya! ¡No haga estupideces, o será peor para usted!

No le hice el menor caso. Corría como alma que llevaba el diablo, a través de la niebla y de los setos, alejándome de los agentes de la autoridad. A mis espaldas sonó un silbato. Seguí corriendo. Ellos gritaron destempladamente:

—¡Deténgase! ¡Alto, en nombre de la ley! ¡Alto o disparamos!

No obedecí. No me detuve. Corría a la desesperada. Oí un disparo al aire, hecho tras de mí, y ni siquiera eso me hizo parar. Ahora les pude escuchar cómo disparaban repetidas veces. Y lo hacían contra mí.

Me alcanzaron algunas balas. Sentí penetrar el metal ardiente en mi cuerpo, y causarme una mordedura candente en diversas partes de mi torso. Me paré un instante, temiendo caer malherido o muerto. Pero no sentí ya dolor alguno. Había sangre en mis heridas, pero nada más. Respiré con fuerza, sin dificultades. Pude seguir corriendo con renovados bríos, sin inmutarme. Alguna otra bala me hirió. Pero todo fue igual.

Se inició una carrera desesperada tras de mí, por parte de los policías, que partían desorientados ante su pésima puntería. La única persona que sabía que no era así y que habían hecho blanco repetidas veces, era yo. Pero no era cosa de detenerse a informarles

de ello. No se lo hubieran creído tampoco. Yo mismo dudaba aún cómo era posible que aquellos proyectiles no me hubieran causado daño alguno y mantuviera mis fuerzas intactas.

«Es la inmortalidad… —pensé aterrado, sin dejar de correr a través de la niebla—. No pueden matarme, porque ya estoy muerto… Los vampiros sólo pueden ser exterminados mediante la estaca en el corazón o la luz del sol… ¡No pueden acabar conmigo! El doctor tuvo razón… Me ha dado la eternidad para vivir… ¡Una eternidad que no deseo!».

Pero aun así, el instinto de conservación que aún quedaba latente en mí, me impulsaba a escapar, a buscar la fuga de algún modo. Desde un callejón sombrío, que parecía hundirse en la bruma como un sendero siniestro y sin final, una figura furtiva asomó, haciéndome señas con sus brazos:

—¡Por aquí, por aquí! —musitó—. ¡Pronto, señor Nybee!

Había citado mi nombre. No sabía quién pudiera ser, pero cualquier cosa sería mejor que la policía en estos momentos. Una ramera había muerto desangrada y yo tenía arañazos y manchas de sangre por doquier. Para ellos, era el sospechoso ideal, aun antes de haber emprendido estúpidamente la fuga.

Corrí a donde aquel desconocido me llamaba. Vislumbré una figura enjuta, de ropas enlutadas, y rostro lívido y afilado. Sus manos huesudas hicieron ademanes claros, señalando el callejón.

—¡Venga, sin perder tiempo! —me apremió—. Esos tipos le alcanzarán pronto si no me hace caso…

Me adentré en el oscuro pasaje, guiado por aquel desconocido. Alcanzamos un portal sombrío, donde me metió con celeridad, entrando él tras de mí. Luego, cerró con suavidad la pesada hoja de madera, y se quedó quieto, apoyado en ella, junto a mí, en la más absoluta oscuridad.

Oímos pasar a los agentes perseguidores, que se perdieron en la distancia. Yo respiré hondo. Una risita ahogada sonó cerca de mi. Se prendió un fósforo, y a su claridad vi al hombre, con más detalle.

El resplandor de la llama le daba un aire inquietante, casi espectral. Las sombras, al bailotear en sus facciones afiladas, le prestaban el aspecto de una diabólica máscara de cera dotada de vida.

—Bueno, ya pasó —dijo con voz ronca, apretando sus labios en

una mueca burlona.

Le miré con fijeza, desconfiado. No me gustaba el hombre, pese a ser mi salvador. Tenía el cabello tan negro como sus estrechos ojos, lacio y grasiento. Sus ojeras eran profundas y violáceas.

—¿Quién es usted? —quise saber.

—Un amigo —dijo.

—No le conozco, que yo sepa.

—No, no me conoce. Pero le ayudé a salir de un buen lío.

—Eso ya lo sé. ¿Por qué lo hizo?

—Ya se lo dije —sonrió—. Soy su amigo.

—No creí que tuviera amigos. Y menos en esta ciudad que no conozco siquiera.

—Digamos que me envía un amigo común: Papá Doc —dijo, sibilante, sin quitar su malévola mirada de mí.

—Oh, entiendo. Me habló de un amigo inesperado para las ocasiones difíciles. Y pidió que confiara en él.

—Yo soy ese amigo, señor Nybee.

—Estoy en desventaja. Me gustaría saber también su nombre.

—No tiene gran importancia. Pero si insiste… —Se encogió de hombros—. Llámeme Sandor, simplemente.

—¿Sandor? ¿Es extranjero?

—¿Y qué, si lo soy? También usted lo es, que yo sepa.

—Está bien, confiaré en usted. ¿Qué debo hacer ahora?

—Regresar a donde vive. No debió salir de allí.

—Me di cuenta de eso demasiado tarde. Pero esa mujer… Dígame, Sandor. ¿La…, la maté yo?

—¿Usted qué cree? —rió él, moviendo la cabeza.

Y al reír, le vi los dientes con nitidez, antes de que se extinguiera la llama de la cerilla.

Poseía los incisivos puntiagudos, largos, muy afilados.

Eran los colmillos de un vampiro.

# Capítulo V

HUBIERA emitido un grito de horror, si una mano fría, viscosa, pero realmente fuerte, no me hubiese amordazado con oportunidad, impidiendo que yo gritase ante la visión de aquellos dos incisivos centelleantes, agudos como puñales.

—¿Es que quiere que nos encuentren? —se quejó con voz ronca, sin mostrarse demasiado enfadado—. Será mejor que contenga sus emociones y permanezca callado. Ya sé que aún tiene que habituarse a ciertas cosas. Es natural.

Debió ver al fin el asentimiento en mis ojos, porque me quitó la mano de la boca y dejé de sentir la desagradable sensación de su piel helada. Había encendido otro fósforo y me contemplaba curiosamente a su claridad, con los labios apretados, posiblemente para no asustarme de nuevo. En sus ojos negrísimos había un destello entre irónico y malévolo. Para ser lo que era, me pareció un hombre muy razonable. Luego, de inmediato, recordé que, a fin de cuentas, yo también era como él.

Llevé mi mano a la boca. Palpé mis dientes. Él meneó la cabeza con indiferencia, como compadeciéndose de mi ignorancia.

—No, no —rechazó—. Todavía no, señor Nybee. Eso llega más tarde. Crecen paulatinamente, a medida que se va integrando en nuestra sociedad.

Resultaba extraño, casi delirante, oír hablar así a uno de ellos, a uno de los míos, en conclusión. «Integrarse en su sociedad…». Pero pensé que, a fin de cuentas, eso parecía ajustarse exactamente a la realidad.

—Entonces, las incisiones a…, a la mujer del parque… —balbuceé, sin reconocer siquiera mi propia voz.

—Dejemos los detalles inútiles —se encogió de hombros—. Lo hizo, y eso es lo que cuenta. Sus instintos ya van respondiendo adecuadamente.

No dije nada. Respiré con fuerza, dominando un escalofrío. Él abrió lentamente el portalón. Asomó la cabeza a la niebla, y pareció satisfecho.

—Se han ido —dijo—. Ya no hay peligro. Debe volver a la casa donde reside lo antes posible.

—¿Y durante las horas del día?

—Dormirá. Ocurre siempre. Deje bien cerrada la ventana. Eso es vital. Una simple rendija de luz del día podría serle fatal. Esa gente lo entenderá. Está usted cansado, convaleciente… No le molestarán. Cuando despierte ya habrá oscurecido. Podrá salir a la calle.

—Sólo por las noches… —gemí—. Sólo por las noches…

—¿Y qué? —rió entre dientes—. Muchas personas viven sólo de noche, y son felices. Conserjes nocturnos, enfermeras, médicos, policías, noctámbulos y rufianes, ladrones y asesinos, prostitutas, camareras, artistas de *music-hall*… No nos diferenciamos tanto de todos ellos. Sólo que ellos tienen un tiempo corto para ejercer esos oficios. Nosotros, no. Nosotros tenemos la eternidad, señor Nybee. La eternidad…

No dije nada. Salimos a la niebla. Sandor me guió hasta las cercanías de la vivienda de las Maxwell, dando un rodeo por callejuelas del viejo Edimburgo, algunas de ellas todavía empedradas, de acentuada pendiente. Y todas muy poco frecuentadas, por no decir nada.

—Le dejo —me expuso cuando estuvimos ante la puerta—. Yo debo irme. Usted solo debe iniciarse en su nueva existencia. Pero si alguna vez me necesita, estaré cerca para ayudarle. Buenas noches… y feliz existencia.

Se fundió en la niebla, como un espectro. A fin de cuentas, ¿qué éramos él y yo sino algo muy parecido a fantasmas? Ahora, muchas de mis interrogantes tenían respuesta. Cuando era mortal, quería saber qué había más allá de mi mundo, qué sucedía después de morir. Ahora que tenía la respuesta, no me gustaba.

Pero era tarde. Yo mismo había elegido esto. Sabía que mi propio instinto de conservación me harían aferrarme a aquella vida aterradora como el náufrago a la balsa salvadora en medio del oscuro mar.

La puerta de la vivienda de las Maxwell estaba entornada. Yo mismo debí dejarla así al salir, atraído por la confusión producida

en torno al hallazgo del desangrado cadáver de la ramera.

Entré con rapidez y sigilo, pasé el pestillo y subí cautelosamente a mi dormitorio. Cerré tras de mí, con doble vuelta de llave, y también corrí el cerrojo para estar seguro de que nadie, absolutamente nadie, podía entrar en la estancia durante mi sueño. La evanescente carta del doctor Leonard y las palabras de Sandor habían sido lo bastante concretas en ese sentido: la más leve rendija de luz del día sobre mi persona, terminaría con mi actual inmortalidad. Sería el fin. Mi fin.

Me acosté, sintiéndome fatigado, confuso, aturdido. Apagué la luz. Paulatinamente, me daba cuenta de que mis ojos iban viendo en la oscuridad. Me habituaba a las tinieblas en apenas dos o tres segundos, y distinguía contornos, formas, perfiles. Sandor había mencionado algo sobre un período de adaptación.

Me estaba adaptando a la oscuridad que, desde este momento, sería mi mejor y más segura aliada. La noche y las sombras formarían parte de mi tétrico mundo de no-muerto. Mis ojos verían en las tinieblas.

Y mis incisivos crecerían.

Hasta que fuese, ya plena y totalmente, uno más de ellos. Un vampiro.

La idea había dejado de causarme ya horror. Quizá eso resultara, precisamente, lo más horrible de todo. Que aceptaba con naturalidad mi nueva condición.

Me dormí. No tuve sueños.

Fue un largo reposo de horas, mientras el sol surgía por un lado para hundirse luego por otro.

No desperté hasta que había oscurecido.

* * *

—Ha sido un sueño reparador, evidentemente —sonrió la señora Maxwell, sirviendo la mesa con eficiente elegancia.

Asentí, sonriendo. Hattie acababa de aparecer en el comedor, resplandeciente de encantos. Un vestido de seda color malva, cabellos cuidadosamente peinados, y su mejor sonrisa en los labios. Me agradaba su presencia profundamente. Pero no despertaba en mí aquellos extraños instintos que la noche antes sintiera al ver a la camarera del pequeño restaurante o a la prostituta del parque. Era otra sensación. Toda ella emanaba dulzura, suavidad, femenina

ternura. Tal vez todo eso impidiera brotar en mí el simple deseo sexual, para dedicarme a admirar su grácil encanto.

—Buenas noches, señor Nybee —me saludó, sentándose frente a mí—. He pasado un día sumamente ajetreado. Ser secretaria no resulta nada descansado, puede creerme.

—La creo —asentí—. Tengo varias secretarias en mi oficina de Nueva York. Todas se quejan lo mismo que usted.

—Nueva York… —repitió ella con un suspiro—. Lo que daría por verme allí alguna vez, aunque tuviera que trabajar igual que aquí.

—¿Le seduce de veras conocer aquello?

—¿Si me seduce? —Enarcó deliciosamente sus cejas y me miró con sus profundos y vivaces ojos color ámbar oscuro—. Es el sueño de toda mi vida, señor Nybee. Y el de muchas jovencitas de esta ciudad, secretarias o no.

—Le aseguro que Nueva York no tiene nada de encantador.

—¿Lo tiene acaso Edimburgo? Es una ciudad pequeña, triste y sin horizontes para la gente joven —se quejó ella—. Su ciudad, en cambio, es grande, llena de promesas, de esperanzas…

—Y de fracasos —la recordé suavemente, tomando la botella con la que medié mi copa de un vino rojo y translúcido, en el que de repente fijé mi mirada como atraído por el destello de la luz en su color—. No olvide que muchas personas llegan allí esperando conquistar la gran urbe, y terminan vencidos por ella.

—No me importaría correr el riesgo. Cualquier cosa será mejor que vegetar aquí, día a día, mes a mes, año tras año…

—Bueno, creo que noto tanto entusiasmo en sus palabras que tendré que llamarla a trabajar conmigo cuando vuelva allí —reí jovialmente, sin poder dejar de mirar casi hipnotizado, el rojo líquido de mi copa, con una rara, incómoda sensación de avidez.

—¿De veras haría eso? —Se entusiasmó ella, incrédula, mirándome con ojos muy abiertos, mientras yo vaciaba la copa de un solo trago.

—Sí —afirmé, dejando la copa vacía, pero sin sentir satisfecha aquella extraña sed que, de repente, había despertado en mí la contemplación del rojo vino—. Lo haré, tiene mi palabra.

—Oh, sería maravilloso… —Parecía una chiquilla con un juguete nuevo. Sus pupilas brillaban resplandecientes y maravillosas

—. ¿Cuándo va a regresar a los Estados Unidos, señor Nybee?
—Pronto —suspiré—. Muy pronto. Antes tengo que visitar a unos parientes en Aberdeen. Creo que mañana viajaré allí a verles. Tengo que aclarar algo respecto a ellos. Después, es posible que emprenda mi viaje a América. Y tiene mi promesa formal, señorita Maxwell, de que en cuanto llegue, me ocuparé de tramitar una colocación para usted, dentro de mi empresa, en calidad de secretaria.
—¡Oh, cielos, eso es fantástico! —Palmoteo, feliz.
Su tía entró en ese momento en el comedor, con la sopera humeante. La miró, poniendo un gesto de reproche.
—Hattie, no debes molestar al señor Nybee con tus cosas —le reprendió severamente—. Es un caballero muy ocupado, que ha permanecido un tiempo internado en una clínica y se halla en período de convalecencia. Está aquí para descansar, no para oír tus tonterías. Debe disculparla, señor Nybee. Mi sobrina es una chiquilla, pese a su edad. A veces pienso que todavía no ha crecido.
—No tiene que disculparla —rechacé—. La señorita Maxwell es una jovencita tan encantadora como agradable.
—No sabe cuánto le agradezco sus palabras —musitó Hattie tímidamente, bajando los ojos—. Tía Rose tiene razón, sin embargo. No debí importunarle con mis cosas. Sé que lo que necesita es reposo y tranquilidad. He visto algunos hospitales por dentro cuando practicaba como enfermera, y sé lo que deprimen aún sin estar enfermo. Espero que sepa perdonar mi egoísmo al hablarle de mis pequeños problemas.
—No hay nada que perdonar, se lo aseguro. Me gusta charlar con usted.
—Pero debo fatigarle menos. ¿Lo ve? Ya he logrado que se pusiera pálido de nuevo.
—No tema. De momento me temo que mi color sea bastante malo —repliqué con prontitud—. Aún estoy bastante débil. Hoy mismo, he dormido todo el día. Eso resulta imperdonable.
—Nada de eso —terció la señora Maxwell—. El doctor Leonard ya me avisó de que necesitaba usted mucho reposo y quizá dormiría durante largos períodos de tiempo, en los que no debía molestarle. Y así lo hago, señor Nybee.
Asentí. Ciertamente, la señora Maxwell se mostraba poco curiosa

para tener en su casa a tan extraño huésped. Ahora lo comprendía mejor. Papá Doc era muy astuto. Lo había dejado todo bien dispuesto. Lo único que seguía siendo un enigma para mí, era el espejo del cuarto de aseo. Y traté de coger en ese sentido al toro por los cuernos.

—Por cierto, señora Maxwell, he observado que no hay espejo en mi cuarto —señalé tras una pausa, cuando agotaba mi plato de sopa.

—Muy cierto, señor Nybee. Perdone esa falta, pero me fue imposible encargar otro con tiempo suficiente. Espero que mañana traigan ya el nuevo. El anterior se rompió anteayer accidentalmente, todavía no sé cómo, mientras un lampista arreglaba una avería en los tubos de la bañera…

No comenté nada en ese sentido. Pero estuve seguro de que el tal lampista no era ajeno a esa oportuna rotura del espejo. Y de que posiblemente era uno de los muchos y misteriosos colaboradores del doctor Leonard.

—No tiene ya gran importancia, señora Maxwell —rechacé—. Creo que mañana será mi último día en Edimburgo. Como ya le dije a su sobrina, voy a visitar a mis parientes en Aberdeen, antes de regresar a mi país.

—Sí, comprendo —retiró la sopera para servir el cordero asado con verduras—. De todos modos, procuraré que esté listo mañana el nuevo espejo, señor Nybee.

Terminamos de cenar sin que los alimentos y el vino hubieran bastado a saciar una extraña sed y un raro apetito en mí. Era como si algo me faltara… No quería siquiera pensar en lo que era ese «algo». Pero el recuerdo del color rojo del vino en la copa, me acudía una y otra vez a la mente, como una obsesión.

Pasamos al gabinete, donde la señora Maxwell serviría café. Hattie, a su regreso del trabajo, había traído consigo un diario de la tarde. Lo vi sobre la mesita de centro, con su primera plana bien visible, y sentí como un espasmo helado en todo mi ser al ver los titulares:

SÁDICO CRIMINAL ASESINA A UNA MUJER EN PRINCESS STREET GARDENS. LA VICTIMA MURIÓ TOTALMENTE DESANGRADA, CON INCISIONES MORTALES EN YUGULAR Y SENOS. UN SOSPECHOSO HUYE, HERIDO POR LA POLICÍA.

Me tembló la mano cuando retiré el diario, doblándolo para no seguir viendo aquellas gruesas letras negras, acusadoras y ardientes. No pude evitar que Hattie viese mi acto. Dirigió una mirada al diario, y comentó moviendo la cabeza, con un gesto de sobresalto:

—Horrible, ¿verdad, señor Nybee? ¿Cómo puede haber seres capaces de hacer una cosa así?

—No…, no sé —musité roncamente—. Es realmente aterrador.

—Y ocurrió muy cerca de aquí, ¿sabe? Justamente ahí enfrente, a dos manzanas de esta casa… No se habla de otra cosa en la vecindad.

—Perdone —me puse en pie bruscamente—. Ahora recuerdo que tenía algo que hacer esta noche, señorita Maxwell.

—Oh, no diga que nos deja ahora… —se quejó ella, con gesto lastimero.

—Pues me temo que así sea. Discúlpeme con su tía. Tengo que hacer una visita que no puede aguardar por más tiempo. A veces me falla la memoria, quizá por mi propia debilidad.

—Recoja la llave de encima de la mesita del recibidor —me aconsejó Hattie, al encaminarme a la salida—. De ese modo no tendrá que estar impaciente por si mi tía y yo nos hemos retirado a dormir cuando regrese.

—Sí, gracias, así lo haré. Buenas noches, señorita Maxwell.

—Buenas noches, señor Nybee. Y tenga cuidado. Ya ve que ni siquiera en una ciudad pequeña, como Edimburgo, se puede andar tranquilo por la noche…

Salí sin decir nada más. Cuando me sentí de nuevo en la calle, en medio de la espesa bruma, respiré hondo. Me sentía mejor rodeado de aquella húmeda y pegajosa niebla, en contacto con la noche y la oscuridad.

Eché a andar con resolución.

Me dirigí a la clínica del doctor Leonard directamente.

—¿El doctor Leonard dice? Lo siento, señor. No está.

—Necesito verle. De inmediato. Es posible que esté muy ocupado, pero necesito verle ahora mismo, señorita —dije con firmeza.

La enfermera de turno en recepción me miró con gesto adusto, como si tuviera que vérselas con alguien que no le gustara. Su tono se hizo más enérgico:

—Le he dicho que el doctor Leonard no está —insistió—. Haga el favor de marcharse, a menos que quiera ver a algún otro médico de este establecimiento…

—No. Sólo deseo ver al doctor Lewis Leonard —dije, tajante.

—Pues lo lamento de veras, pero no puedo complacerle, señor. Está ausente.

—Esperaré a que vuelva.

—Esperará inútilmente. No va a volver.

—¿Qué es lo que dice? —rugí.

—Que no volverá —la enfermera comenzó a estudiarme con cierta aprensión, bajo las luces casi cegadoras para mí del amplio vestíbulo de la clínica—. Pero si se siente indispuesto cualquiera puede atenderle…

—Me siento perfectamente.

—Como está tan pálido…

—Ése es asunto mío —corté con acritud—. ¿Cuándo volverá el doctor Leonard? Imagino que antes de amanecer…

—Imagina mal. El doctor no volverá hoy. Ni mañana. Está fuera de la ciudad. Y fuera de Gran Bretaña, incluso. ¿Responde eso a su pregunta?

—¡No! —corté con rotundidad, dando un puñetazo en el mostrador—. ¡Está usted mintiendo!

—Escuche, señor, no toleraré insultos de usted ni de nadie —se soliviantó la enfermera, pulsando un timbre—. Si no sale de inmediato de esta clínica, me veré obligada a hacer que lo echen…

—¡No me iré sin ver al doctor Leonard! —grité.

—Me temo que no va a poder verlo ahora, señor Nybee.

La respuesta no venía de labios de la condenada enfermera de recepción. Giré la cabeza con rapidez. Era otra voz femenina la que me había informado, a espaldas mías. Una voz que conocía bien.

—¡Enfermera Dodds! —murmuré con alivio, al reconocer a la atractiva y rubia enfermera que me atendiera durante mi período de transición desde la muerte clínica a… a esto de ahora—. Menos mal que la encuentro…

Ella asintió, tras dirigir una ojeada rápida a la enfermera de recepción y a tres vigorosos enfermeros que surgían por una puerta, avanzando decididos hacia mí, sin duda siguiendo instrucciones de la recepcionista.

—No, esperad —les atajó ella con firmeza, alzando un brazo—. El señor Nybee ha sido paciente del doctor Leonard. No va a crear ningún problema.

—Ya los ha creado —se quejó su colega—. Me insultó y se mostró agresivo, Muriel.

—Bueno, el señor Nybee todavía está convaleciente y se excita a veces —trató de conciliar la enfermera con una sonrisa—. Les aseguro que no va a molestar más a nadie, ¿no es cierto, Howard?

—Claro —asentí, más calmado—. Sólo pretendía ver al doctor Leonard…

—Pero mi compañera no le mintió. Él está ausente, en el continente. Tardará varios días en volver.

—¿Cuántos?

—No sé —me tomó el brazo, llevándome hacia la salida—. Creo que un par de semanas como mínimo.

—¡Dos semanas! —repetí, desalentado—. Pero yo tenía que verle, es urgente… —Vamos, hable conmigo. Acabo de terminar mi turno. Cuénteme lo que le sucede. ¿Necesita acaso asistencia médica de nuevo? Yo puedo ocuparme de eso.

—No, no —rechacé con viveza—. Sólo la ayuda personal del doctor Leonard, la de nadie más. Me encuentro perfectamente, Muriel.

—Entonces, salgamos de aquí. No ganará nada insistiendo en algo que es imposible. El doctor tenía una convención en Viena y otra en Moscú. Tardará bastante en regresar, ya se lo dije. Y yo nunca le mentiría. Howard.

—Lo sé —afirmé, domado como la fiera en el circo—. Gracias, Muriel. Creo que me he portado como un estúpido.

—Nada de eso —rechazó, mientras salíamos de la clínica—. Comprendo su estado de ánimo. Aunque ya le imaginaba lejos de Edimburgo, en viaje de regreso a su país.

—Pues ya ve que no ha sido así. Una serie de circunstancias me han hecho quedarme en Edimburgo más de lo previsto. Es posible que me marche mañana.

—¿De veras no va a contarme lo que le ocurre? ¿Es algo relacionado con la asistencia facultativa de ni jefe?

—No, no —eludí—. Es…, es algo personal entre él y yo. Precisaba aclararlo cuanto antes.

—Llámele desde Nueva York dentro de quince días. Es posible que para entonces haya regresado.

—Y es posible que para entonces, sea ya demasiado tarde y no tenga objeto alguno mi consulta.

—Habla como si fuese una cuestión de vida o muerte.

—Vida o muerte… —repetí, sarcástico—. Sí, algo así, Muriel. Pero dejemos todo eso ahora, ya que el doctor Leonard no está para atenderme. Hablemos de cosas más agradables. De usted, por ejemplo.

—¿De mí? —se extrañó ella—. ¿Qué puedo decirle de mí que le interese a un hombre como usted? Dentro de poco estará en América y ni siquiera se acordará de que existe en Escocia una chica llamada Muriel Dodds, de oficio enfermera.

—Le aseguro que me será difícil olvidarla en lo sucesivo —respondí, caminando a su lado sobre el mojado asfalto de la ciudad, alejándonos los dos del edificio bien iluminado de la clínica—. ¿Tiene novio?

—¿Novio? —Se echó a reír—. Oh, cielos, no.

—¿Por qué lo dice así? —Me detuve a mirarla—. Es usted bonita y atractiva. Lo natural es que tuviese novio…

Pareció sorprendida por mis elogios. Lo cierto es que yo no estaba mintiendo lo más mínimo. Muriel era una joven muy bien parecida. Y poseía un tipo espléndido. Ahora, sin su blanco uniforme, envuelta en una gabardina ligera, de color claro, me daba cuenta exacta de la arrogancia de su figura.

Largas piernas, caderas bien marcadas, cintura breve, unos senos juveniles y erguidos, un rostro bonito y suave, con cierta picardía en su mirada. Y unos labios carnosos y sensuales, que parecían reclamar el beso. Así era ella ahora, a la luz de las farolas callejeras, sin su uniforme y su aire profesional dentro de la clínica.

—Bueno, es usted muy amable, Howard —se turbó.

—Nada de eso. Soy sincero, Muriel. Edimburgo debe de estar lleno de tontos y de ciegos para que nadie se lo haya dicho antes y no está rodeada de moscones.

—Me halaga en exceso —rió de buena gana la enfermera—. Lo cierto es que paso tantas horas dentro de la clínica, que difícilmente puedo tener ocasión de andar por ahí robando corazones, Howard.

—No bromeo. ¿Ni siquiera sus compañeros de profesión la

galantean al verla?

—Eso está rigurosamente prohibido en la clínica —dijo ella, más seria—. Ordenes estrictas del doctor Leonard. El sexo es el gran pecado de nuestro centro sanitario. Todo el que quebrante ese reglamento es despedido de modo fulminante. El doctor Leonard es muy rígido en sus normas.

—¿Y qué más es el doctor Leonard? ¿Qué opina de él?

—Que es un gran médico. Y un excelente cirujano.

—Me refería al terreno personal, estrictamente humano…

—No puedo comentar nada al respecto. —Muriel Dodds se mostró súbitamente reservada—. No estaría bien, compréndalo.

—Sí, lo comprendo, perdone —eché a andar de nuevo, al lado de ella, por la larga acera empinada, bajo los halos lechosos de las farolas públicas. La bruma aumentaba por momentos, con un fuerte olor a humos y a polución atmosférica—. De todos modos, le diré lo que yo pienso de él. Me parece un gran médico. Le debo la vida. Pero me resulta algo… misterioso.

—¿Algo? —ella asintió con la cabeza—. Muy misterioso, Howard. Eso sí debo admitirlo. Se ausenta con frecuencia largas temporadas, tiene métodos médicos que no entran en lo puramente ortodoxo. Y cuando practica cierta clase de operaciones, no quiere ayudante alguno a su lado. Trabaja totalmente solo con su paciente.

—Ya —la miré de soslayo, sin dejar de caminar—. ¿Fue ése mi caso, Muriel?

—Sí —afirmó. Luego apretó sus labios con fuerza—. Perdone si no hablo más al respecto. No puedo faltar a mi ética profesional.

—Perdonada —asentí—. Creo que tengo yo la culpa de todo. No debí sacar el tema a colación.

Seguimos caminando. Ella me preguntó de repente, tras un silencio:

—¿Ha cenado ya?

—Sí, sí. Iba a retirarme a descansar cuando pensé en ver al doctor Leonard.

—¿Para qué esas prisas? ¿Se encuentra mal?

—No, no es eso. Quería cambiar con él ciertas impresiones, por si me ausento mañana de Escocia…

—Voy a lamentar que se vaya, Howard —confesó con un suspiro —. Lo voy a lamentar mucho.

—¿De veras? —La detuve en una esquina. El corazón me latía con fuerza cuando la hice girar hacia mí y clave mis ojos en su rostro—. Repítame eso, Muriel.

—Ya se lo he dicho. Le echaré mucho de menos. Le he tomado aprecio.

—¿Qué clase de aprecio? —quise saber.

Ella parpadeó. Respiraba agitadamente. Podía ver, por la abertura de su gabardina, cómo la blusa se movía con su palpitante pecho subiendo y bajando rítmicamente.

Me encontré rodeándola con mis brazos. Aplasté mi boca en la suya. No se resistió. Antes al contrario, noté la presión de su cuerpo, cálido y turgente, contra el mío. Me devolvió el beso con ardor. Temblaban sus piernas. Sus muslos presionaban los míos. Me sentí muy excitado. No sé cómo, mis manos se habían hundido bajo su gabardina, buscaban ávidas sus pechos…

—No, aquí no —gimió, pegada a mi boca—. Ven conmigo, ven a mi casa…

Me apartó cuando había logrado apresar con mis dedos uno de sus senos desnudos, y mi otra mano descendía por sus glúteos carnosos y firmes. Estaba congestionada, respiraba con fuerza y tenía los ojos turbios. Creo que deseaba todo aquello tanto como yo mismo, pero conservaba suficiente recato para no desear que fuese la calle el escenario de nuestra pasión.

La seguí algo aturdido, dominado por mis deseos lujuriosos, sintiendo cómo la mano de ella apretaba la mía, estremecida. No vivía muy lejos. Me subió al segundo piso de una vieja casa en buen estado. Cuando cerró tras de sí la puerta de su alojamiento, no esperé a más, ni ella se opuso ya en forma alguna.

Dejó caer su gabardina, que resbaló hasta el suelo. La rodeé con mis brazos, solté los botones de su blusa. Sus enhiestos, jóvenes pechos, vibraron ante mí, desnudos, exultantes. Se despojó ella misma de su falda. Caímos en un sofá, fuertemente apretados el uno al otro. Busqué con mis labios su cabello sedoso y perfumado, su boca, el lóbulo de su oreja, su cuello, sus senos palpitantes…

Gimió, entregándose a mí sin pasividad alguna. Yo también sentía sus caricias apasionadas, excitándome más y más. Su voz era un ronroneo pletórico de ansias voluptuosas. Me sentía incapaz de dominarme, brutal y avasallador, exacerbados mis instintos más

primarios hasta el paroxismo. Pero eso a ella parecía gustarle. La sentía agitarse y vibrar bajo mi cuerpo, mientras nuestra unión era ya total, y nos acercábamos al éxtasis entre jadeos roncos.

Recuerdo vagamente cómo besaba y mordía su cuello, sus pechos, su cuerpo todo, en plena posesión.

El clímax llegó, nublando mi mente, obnubilando mis pensamientos todos. Creo que rugí y ella chilló, inmersos los dos en la más exaltada de las culminaciones pasionales.

Lo demás, está todo borroso. Muy borroso para mí. Vagamente recuerdo que ella seguía gritando, gritando, que yo era como otro ser, y mi mente no existía. No sabía lo que estaba sucediendo, pero aquel cuerpo femenino, seductor y entregado, se agitaba en espasmos bajo mi propio peso.

Cuando las imágenes se concretaron ante mis ojos, pude comprender todo el inmenso horror de lo que allí había sucedido, en el propio piso de la enfermera Muriel Dodds.

Ella yacía aún en el sofá, y yo permanecía desnudo ante ella. Su cuerpo, también desprovisto de ropa, reposaba fláccido en el mueble, un brazo colgando hasta el suelo, el otro crispado, con sus uñas clavadas ferozmente en el tapizado del asiento, que se había desgarrado.

Sus pechos, su cuello, su vientre, eran un completo baño de sangre. Aún goteaba el denso líquido rojo de sus profundos orificios en garganta y senos, pero ella estaba blanca y rígida, vaciadas de sangre sus venas. Los ojos desorbitados, fijos en mí sin verme, la boca convulsa, exangües los labios.

Su sangre me había salpicado todo el cuerpo violentamente. Miré mis manos goteantes de sangre. Llevé una de ellas a mi boca… ¡y la retiré empapada de rojo!

Rojo de mis labios, de mis dientes. Notaba ahora el salobre paladar de la sangre en mi boca.

Y supe que había asesinado y desangrado a mi segunda víctima.

# Capítulo VI

ME incorporé en la cama, sobresaltado.

Ignoraba la hora que podía ser. Miré mi reloj.

Las cuatro… ¿De qué? ¿De la tarde, de la mañana? Me era imposible saberlo. Miré la ventana de mi dormitorio, herméticamente cerrada, sin permitir el paso ni siquiera del más leve resquicio de luz.

Podía abrir aquellos postigos y saber en qué momento del día o de la noche me encontraba. Pero ello sería como correr el albur entre la vida y la muerte. Si era de día, la luz solar acabaría conmigo.

Respiré hondo, sentándome en la cama. Lentamente, los recuerdos acudieron a mí. Temblé, poniéndome en pie angustiado. Las imágenes espantosas de la noche anterior me hirieron con la fuerza de un relámpago.

—Oh, no, no… —gemí—. Muriel… Ella también…

Horrorizado, oculté el rostro entre mis manos. Casi sentí de nuevo el salobre sabor de la sangre en la boca, y tuve que correr al lavabo para vomitar. Por fortuna, seguía sin haber espejo allí. No pude verme, si es que un vampiro podía reflejarse en un cristal azogado. No me hubiera gustado, de todos modos, contemplar mi faz en estos instantes. Quizá todavía permaneciera en ella el estigma atroz de mi condición, de mis horrendos crímenes, de mi insaciable sed de sangre de mujer.

Me empapé de agua cabellos y rostro. Eso me serenó un poco, aunque no demasiado. Volví, tambaleante, a la cama, y me senté en el borde, buscando un cigarrillo. El tabaco me supo a estopa, y lo aplasté de inmediato en el cenicero. Estaba en pijama. No tenía manchas de sangre en el cuerpo. Recordé que me había duchado en la propia casa de Muriel para desprender de mi persona todo rastro sanguinolento, tras descubrir la espantosa suerte corrida por ella

entre mis brazos. Después me había ausentado del escenario del crimen, dejando su cuerpo allí, exánime y vacío de sangre, con aquella expresión aterradora en su atractiva cara.

Yo sabía que no había querido hacerlo. Pero estaba hecho, y eso no tenía solución. Cierto que había sentido aquella violenta y súbita pasión hacia Muriel, lo mismo que la sintiera la noche anterior por una vulgar prostituta. Y que había llegado con la enfermera al mismo éxtasis que con la ramera.

Pero después, al culminar la posesión sexual, había ocurrido por dos veces la misma cosa: el vampiro que anidaba ahora en mí, esta espantosa forma de vida que me había dado el maldito doctor Leonard, se había erigido en amo y señor de mis actos y de mis instintos, convirtiéndome en una bestia sanguinaria, en un espectro abominable que sólo podía seguir sobreviviendo a costa de sangre humana…

Casi sentí deseos de abrir la ventana de golpe y, si era de día, enfrentarme a su luz, para ser exterminado por los rayos solares. Pero el «otro yo» que anidaba en mi persona, rechazaba con energía ese suicidio cierto. Era como la lucha eterna entre el Bien y el Mal. El mito de Jekyll y Hyde redivivo. Aún quedaba en mí algo limpio de mi otra existencia. Pero cada vez era menor, yo lo presentía, casi podía percibirlo. El lado perverso, maligno, de mi ser, iba dominándome, entrando en la más completa posesión de mi persona.

Oí ruido abajo. Voces femeninas, una puerta que se cerraba, pasos en la escalera.

Estuve tentado de asomar a la puerta. Me detuve a tiempo. ¿Y si era de día y las vidrieras de la casa dejaban entrar la claridad solar?

Volví a la cama. Me acosté, tratando de dormir. Oí campanadas de algún reloj cercano, desgranando vez tras vez las horas. No podía conciliar sueño alguno. Era imposible, con mi mente ocupada aún por la imagen pavorosa de la infortunada Muriel Dodds tendida en aquel sofá.

Cuando dieron hasta siete campanadas, decidí correr algún riesgo. Si eran las siete de la mañana, aún no habría amanecido. Si eran de la tarde, ya estaría oscuro.

Me aproximé a la puerta. La abrí lentamente. Asomé. Escudriñé el corredor. No tenía más ventana que una al fondo, pero estaba

también cerrada. Caminé despacio hasta la escalera. Todo ofrecía las trazas de ser de noche. El silencio en la casa era casi absoluto.

—¡Señora Maxwell! —llamé con voz clara aunque algo insegura.

No me respondió nadie. Repetí la llamada. Igual resultado. Bajé al vestíbulo y miré en el saloncito anexo. La chimenea ardía alegremente. Vi una nota sobre la mesa. Me acerqué a leerla.

Era para mí. Muy breve. Estaba escrita a mano.

*«Señor Nybee:*

*»Estaré ausente hasta las diez, en casa de unas amigas. Puede servirse una cena fría. Tiene todo preparado en la cocina. Mi sobrina Hattie tampoco volverá hasta tarde. Gracias, y disculpe las molestias.*

»Rose Maxwell».

Dejé la nota. No sentía el menor apetito. Pero ahora ya sabía que era la tarde, y que fuera habría oscuridad. Respiré aliviado. Me detuve al ver bajo la nota un diario cuidadosamente doblado. Miré la fecha. Era del día. La edición vespertina.

Lo desplegué, temiendo lo peor. Y así era.

Los titulares eran esta vez mayores que en la anterior ocasión:

NUEVO Y HORRENDO CRIMEN DEL SÁDICO ASESINO DE MUJERES. UNA JOVEN ENFERMERA, VIOLADA Y DESANGRADA EN SU DOMICILIO. TODA LA CIUDAD DE EDIMBURGO BUSCA AL MONSTRUO.

Dejé caer el periódico, temblorosas mis manos. Retrocedí lentamente, luego corrí a la planta alta, me vestí totalmente y bajé de nuevo, escribiendo algo al pie de la nota que me dejara la señora Maxwell:

«Salgo de Edimburgo a ver a mi familia. Ignoro si volveré. Le dejo pagados dos días de pensión por si acaso».

Puse unos billetes con la nota, y me encaminé a la salida. Esta noche no había niebla. Soplaba un viento frío y húmedo, y los faroles callejeros brillaban en una noche transparente como el cristal. Llamé a un taxi y le di la dirección del aeropuerto. Quería llegar a Aberdeen antes de que fuese de día.

Afortunadamente, había un vuelo hacia la dudad norteña de Escocia sólo una hora más tarde. Me acomodé en la sala de espera,

tapándome con un diario desplegado, para que nadie advirtiera mi palidez extrema. Había pasado un muro de espejos sin que mi imagen se reflejara en absoluto en él. Por fortuna, nadie advirtió el fenómeno.

A las diez de la noche estaba ya rodando por la carretera Aberdeen-Methlick en un taxi de la población. Allí el tiempo era peor que en Edimburgo. Mucho más frío y ventoso. Se podía oír el oleaje en los acantilados próximos.

Llegué a Methlick en poco tiempo, y proseguí viaje hasta muy cerca de la vivienda de los Jackson. Era una hora algo intempestiva para visitar a mis parientes, pero no podía permitirme el lujo de viajar ni moverme a la luz del día. El taxista, algo sorprendido, aceptó a esperarme no lejos de allí, en una posada del camino, tomando un par de cervezas. Para evitar recelos por su parte, le aboné el importe de ida y vuelta por anticipado, y el hombre no puso objeción alguna, y menos al ver la generosa propina que le daba.

Caminé cosa de media milla hasta la casa. Vi luz en sus ventanas y respiré aliviado. Eso ya era algo, pensé. Tal vez tío Ian o mi prima Selena estuvieran despiertos, quizá preguntándose qué había sido de mí en Edimburgo, aunque resultaba extraño que no se hubieran preocupado más de mí tras mi viaje para ver al doctor Leonard.

Me aproximé a la puerta de la vivienda, protegiéndome lo mejor posible del helado cierzo que barría el páramo, haciendo crujir los arbustos y producir silbidos fantasmales en los riscos. Pero difícilmente podía yo asustarme por todo eso. Era un ser de la noche, llegaba de las tinieblas de la misma Muerte, y aquél era en realidad mi mundo actual: sombras, desolación, frío y silencio.

Me detuve, a punto de golpear el llamador de la vieja casona aislada en el páramo escocés. En este momento, acababa de abrirse una ventana en la fachada delantera de la casa. La luz de la vivienda se derramó sobre el claro. Asomó alguien al exterior.

—No, no era nadie, Selena, hija —oí decir con su inconfundible vozarrón a mi tío Ian—. Simple imaginación tuya, sin duda. Y el viento hizo el resto…

—Estaba segura, papá —capté la voz de Selena y me trajo una extraña y amable sensación de sosiego y calma—. Oí a alguien allá fuera, aparte del viento. Pensé por un momento…

—¿Qué pensaste?

—No sé —murmuró la voz de mi prima—. Una locura. Que primo Howard estaba ahí.

—¡Primo Howard! ¡Qué tontería! —rechazó él bruscamente—. Ambos sabemos que él no puede venir ya jamás. Vimos su tumba en Edimburgo, querida, ¿lo has olvidado? El…, él está muerto.

Me quedé sobrecogido, la mano en la aldaba. Un frío glacial que nada tenía que ver con el viento del yermo, recorrió mi ser.

Ellos sabían…

Sabían que yo estaba muerto. Sabían más que eso aún. Algo que el enigmático y oscuro doctor Leonard jamás me había revelado.

Ellos habían visitado mi propia tumba.

Hubiera podido gritar en ese momento el nombre de cualquiera de ellos dos. Pero eso hubiera sido causarles un terror profundo e inútil. Ya no podía hacer nada por ganarme su afecto y confianza en este mundo. Para ellos, estaba muerto. Y así era. Les bastaría ver mi rostro lívido para comprender que algo espantoso había sucedido, para que yo regresara de la tumba.

—Papá, anoche soñé que primo Howard volvía con nosotros —insistió ella, asomando también junto a su padre—. ¿Por qué no habría de suceder? Tú mismo viste cómo era yo poseída por el espíritu de una difunta…

—Es distinto —cortó tío Ian con acritud—. Deja de pensar tonterías, cariño. Howard era un gran chico. Pero ha muerto y no volverá. Sólo el viento hace ruidos por la noche, desengáñate. Es tarde. Será mejor que vayamos a acostarnos…

Cerró de nuevo la ventana. Oí crujir los postigos de recia madera al ser cerrados. Sus voces se perdieron dentro de la casa. Sólo capté el aullido del viento entre los peñascos y los brezos. Bajé la cabeza despacio, solté el llamador sin hacer ruido alguno.

Selena tenía razón. Ella me había intuido, había captado mi proximidad. Pero también tenía razón tío Ian. Yo no pertenecía ya a su mundo. No tenía derecho a meterme en sus vidas en mi nueva condición de cadáver viviente. Era demasiado terrible el recuerdo de sucesos como el del parque, en los jardines Princess Street, o la vivienda de Muriel Dodds, para que arriesgase a mi querida prima Selena a una suerte parecida…

Lentamente, me alejé de la casa. Me alejé de ellos. Era mi sino

desde ahora: huir de todo y de todos, ocultarme en la noche, ser un alma errante, en busca de sangre para seguir gozando de aquella vida terrible.

Volví pronto a la cantina de la carretera. El taxista de Aberdeen me miró con extrañeza.

—Amigo, ¿ya de vuelta? —murmuró, dejando su jarra de cerveza—. Pronto acabó su visita…

—Sí, muy pronto —asentí, incómodo al sentir las miradas de los escasos clientes nocturnos, fijas en mí—. Cuando quiera podemos irnos. Hace mucho frío por aquí.

—Y que lo diga, señor —corroboró el cantinero—. ¿Quiere algo? ¿Una copa? Está usted muy pálido. Creo que necesita entrar en calor.

—No, gracias —rechacé—. Prefiero volver a Aberdeen cuanto antes.

Otro vuelo nocturno, éste saliendo a las doce de la noche, me dejó en Edimburgo, de regreso, una hora más tarde. A la una y media de aquella madrugada, estaba delante de la casa de las Maxwell. Durante el camino, había podido ver a numerosas patrullas policiales recorriendo las calles de la ciudad. La vigilancia se había estrechado tras el segundo crimen. Debía de moverme con cautela si no quería acabar cayendo en manos de la policía.

Vacilé, cuando me disponía a entrar. Una voz querida acudió a mi mente de nuevo, pronunciando unas palabras: «Él no puede venir jamás. Vimos su tumba en Edimburgo. Él está muerto…».

Respiré hondo. Y tomé una decisión.

Minutos más tarde, un taxi me conducía a las proximidades del cementerio de Edimburgo. Y no mucho después, tras penetrar clandestinamente en el recinto, me hallaba ante mi propia sepultura.

Era una sencilla lápida de mármol sobre el lugar donde se suponía que reposaban mis restos, leí su inscripción, con las manos hundidas en los bolsillos de mi abrigo y la cabeza reclinada sobre el pecho:

AQUÍ YACE HOWARD NYBEE
FALLECIDO EN ACCIDENTE DE CARRETERA
EL 10 DE MAYO DE 1980
DESCANSE EN PAZ

—Mi tumba… —murmuré despacio, sacudiendo la cabeza—. Mi propia tumba… ¿Qué pobre diablo habrá metido el doctor Leonard ahí dentro? Posiblemente el cadáver de algún hombre sin familia que lo reclamase, algún cuerpo de la Morgue…

Pero en cierto modo, sí era en realidad mi sepultura. Allí yacía yo como ser humano, como mortal corriente. El Howard Nybee sepultado en aquel lugar ya no volvería jamás a existir. Lo que de él quedaba en el mundo era solamente un depravado monstruo con el alma perdida, un maligno ser dominado por la perversión y una abominable sed de sangre.

Me retiré lentamente de aquel sitio. Caminé entre cipreses y sepulturas. El doctor Leonard tuvo razón. La presencia de las cruces de mármol de los panteones no me causaba daño alguno, aunque sentía en mí un hormigueo incómodo cada vez que pasaba cerca de una de ellas.

Salvé de nuevo la verja del cementerio y regresé a la ciudad, sumergido en mis tétricos pensamientos. Esta vez sí entré en la casa, cuidando de no hacer ruido alguno. Observé que la nota y el dinero habían desaparecido del *living*, así como el periódico vespertino. El reloj del vestíbulo desgranó tres lentas y melodiosas campanadas. Subí cansadamente a mi habitación, preguntándome qué iba a hacer ahora.

Abrí la puerta de mi habitación y di la luz, cerrando tras de mí.

La voz me saludó suave, aunque fríamente:

—Buenas noches, querido…

Y ante mi estupor, alguien se levantó despacio de la butaca que daba la espalda a la puerta. Me quedé mirando a la persona que se había introducido en mi alcoba durante mi ausencia. El horror y la incredulidad me asaltaron con violencia.

¡Era Helen, mi esposa, muerta veinte años atrás! Helen, muy pálida, que me sonreía mostrando sus afilados incisivos de vampiro…

* * *

Creo que en aquel momento pasé el mayor horror de mi vida, si bien ignoraba todavía lo que me reservaba aún mi trágico y tenebroso destino en un futuro inmediato. Sólo puedo recordar que se erizaron los cabellos de mi nuca, mientras una sensación helada, de frío infinito, se materializaba en mis venas, en mi cuerpo todo,

sin que mis ojos pudieran apartarse de aquella visión al tiempo lejana, querida, y tan próxima y terrorífica en estos momentos.

—Helen…, Helen… —tartamudeé, tambaleante, apoyándome en la pared para no caer—. No puedes ser tú… ¡No puedes serlo!

—Ya ves que sí —continuaba sonriendo de aquella forma a la vez seductora y maligna que lograba provocarme un escalofrío de suprema angustia—. Tú mismo formas ya parte de nosotros… Eres uno más en nuestro mundo, querido Howard…

—Pero Helen, ¿cómo ha podido suceder en ti? ¿Cómo llegaste a ser… lo que ahora eres? Hace tantos años que te creía en reposo que imaginaba que eras sólo un recuerdo del ser vivo que amé y conocí…

—Y que terminaste olvidando —rió ella perversamente. Sus ojos brillaron, extraños y fríos—. No, no te disculpes. Sé lo que es eso. Pertenecías a otra forma de vida. Ahora ya empiezas a saber lo que es vivir en nuestro propio mundo, gozar de la inmortalidad…

—Inmortalidad… —repetí con un suspiro. Moví la cabeza—. No sé… No sé, Helen. Ser inmortal es vivir eternamente. Y aún no sé si estoy vivo o muerto, si esto es vivir… o morir durante una eternidad.

—No seas loco. Se nota que estás aún en el período evolutivo inicial. Te falta alcanzar la madurez plena, integrarte entre nosotros total y definitivamente. Pero no temas. Ocurrirá. Nadie deja de integrarse, le guste o no. Es ya cuestión de muy poco tiempo.

—Helen, yo estuve realmente muerto. O eso pensé —dije roncamente—. Y creí verte, creí estar ante ti, que me esperabas para conducirme hacia una luz lejana y hermosa, hacia algo inconcreto que imaginé dulce y amable…

—Estuviste muerto, realmente. Y me viste a mí allí —afirmó Helen con tono algo áspero, enarcando las cejas en su lívido y hermoso rostro, tan joven como yo lo conociera veinte años antes… pero desprovisto de su color, de su vitalidad, de su saludable apariencia—. Pero no era yo, sino mi alma… Me viste en espíritu, en el tránsito entre vivir y morir.

—Eso no tiene sentido. Pensé que los vamp… que nosotros… no temamos alma.

—Y así es. No la tenemos. Se queda vagando en lo inconcreto. Mi imagen, la que viste entonces allí… era mi alma, sí. Pero nunca

hubiera podido llegar a esa luz que citas. Nunca. Debe permanecer por siempre jamás en el túnel de sombras, en la zona oscura que media entre dejar de ser mortal y convertirse en lo que ahora somos tú y yo, Howard.

—¿Quieres decir que tú seguirás viviendo así, mientras tu espíritu flota en aquel túnel de oscuridad, sin alcanzar nunca la luz?

—Así es, querido. Tu propia alma se encontrará también en idéntica situación por lo que resta de eternidad. Perdida donde no hay vida ni muerte, donde no se llega a ninguna parte.

—Oh, no… —gemí, dejándome caer en el borde de mi cama—. Todo esto sobrepasa mi entendimiento… No puedo entender muchas cosas. ¿Cómo tú, que fuiste víctima de un accidente mortal en los Estados Unidos, pudiste llegar a este estado actual, tan lejos de nuestro país… y coincidir conmigo en esta ciudad? ¿Cómo han podido ocurrir toda esta serie de cosas, Helen?

—¿Es que no lo imaginas? Sabe que soy de sangre escocesa, que Ian y Selena Jackson son mi familia, como lo era la madre de Selena… Hace veinte años, es cierto que sufrí aquel accidente en nuestro país. Entonces te quedaste viudo. Yo fui dada por muerta. Pero un médico me atendió en un hospital. Un cuerpo que no era el mío, un cadáver del depósito fue a parar a la fosa. Yo fui tratada por alguien que conocía el modo de concederme otra vida más allá de la muerte…

—¿Un médico? Pero el doctor Leonard está aquí, en Escocia…

—Hoy otros como él en el mundo —rió ella suavemente—. Muchos otros dispuestos a ir reclutando personas que están en trance de muerte, para hacer de ellas lo que somos nosotros en este instante. Otros como el doctor Leonard que tú citas… Así supe que mi antiguo esposo era ya uno de los nuestros. He viajado hasta Escocia para reunirme contigo. Sé que tienes a tu propio protector, pero yo quiero estar a tu lado en estos momentos.

—¿Te refieres a ese tal Sandor como protector mío? —murmuré.

—Así creo que se llama, sí.

—No me gusta. Es un tipo raro.

—¿Raro? —Ella soltó una carcajada agria, irritante—. ¿Qué somos nosotros ahora, querido? Mucha gente también nos encontraría raros.

—Tal vez tengas razón —me pasé una mano nerviosa por la

frente, febril y helada a la vez, bañada en un sudor helado—. Es todo tan confuso, tan increíble…

—Cálmate, querido —susurró ella, acercándose junto a mí y apoyando una marfileña mano fría en mi hombro—. Ahora estamos los dos juntos…

—¿Juntos? —murmuré—. ¿Servirá eso de algo realmente?

—Claro que servirá. De mucho —se inclinó sobre mí, y sentí su aliento en mi cuello. Me estremecí. Aquella mujer había sido mi esposa veinte años atrás. Pero ahora era como tener al lado a alguien extraño y lejano. Su aliento era frío como su piel. Imagino que todos éramos así.

Me besó. Era un beso helado y ardiente a la vez. Sentí un hormigueo de insano placer al notarlo. Sus brazos me rodearon. Parecía haber cierta voluptuosidad animal en aquella hembra a quien yo conociera tiempo atrás, recordé que el vampiro era una mezcla de sensualidad y de perversión, de ardor y de frío, de vitalidad sexual y de muerte espiritual.

Me incorporé, apartándola de mí cuando sus labios se entreabrían reclamando un beso de mi boca. La visión de sus incisivos, afilados y brillantes, me produjo horror, casi náuseas. Ella retrocedió, relampagueantes de ira sus ojos.

—¿Qué te pasa? —jadeó—. ¿No me deseas?

—No sé… No sé nada aún, Helen. Perdona. Me siento aturdido, desorientado…

—Tienes que apartar de ti toda duda, toda incertidumbre —me aconsejó con sequedad—. No puedes rebelarte contra lo que eres. Tú mismo lo deseaste, me he enterado de ello… ¿Qué esperabas, si no? ¿Una vida normal, después de haber muerto? ¿El privilegio de gozar de la inmortalidad a cambio de nada?

—Tal vez era eso lo que pensaba. No sabía lo que decía, Helen. Ahora to comprendo. Y es demasiado tarde para volverse atrás…

—Tú lo has dicho —me miró, incisiva—. Demasiado tarde para todo. Elegiste tu propio camino. He visto una tumba en el cementerio local. Te pusieron una buena lápida —sonrió desdeñosa. Su cara era una máscara de cera viviente—. Supongo que tú también la has visto…

—Acabo de llegar ahora de allí —asentí roncamente—. También tú tienes tu propia sepultura en América. Y sin embargo… ambos

estamos aquí, hablando como si nada hubiera sucedido.

—Y nada ha sucedido. Sólo que nos hemos encontrado de nuevo porque ahora ambos estamos de un mismo lado. Olvida a cuantos conociste en vida. Ellos ya están fuera de tu alcance. Incluso la mujer con quien ibas a casarte en América…

—Pam… —musité, estremeciéndome—. ¿También sabes eso?

—Nosotros lo sabemos todo —me acarició los cabellos con su helada mano—. ¿Es hermosa?

—¿Pamela? Sí, lo es. Pero aquello terminó antes de que dejase el mundo de los vivos, Helen. Decidí romper cuando supe que mi dolencia era irreversible.

—Hiciste bien. Ella ya sabrá a estas horas que Howard Nybee murió en Escocia en accidente de automóvil, como lo piensan también nuestros parientes de Aberdeen. Es mejor romper todo nexo con el pasado lo antes posible. Ellos ya no tienen nada en común con nosotros… hasta que alguno sea convertido en lo que ahora somos.

—Es…, es como una invasión silenciosa y lenta —murmuré—. ¿No es así, Helen?

—¿A qué te refieres? —Volvió a arquear sus cejas con gesto diabólico.

—A todo esto: médicos diseminados por el mundo, cirujanos que convierten a seres agonizantes o difuntos en vampiros… Centros sanitarios, hospitales o clínicas, donde un hombre o una mujer entra en coma o clínicamente muerto, y sale de allí convertido en un…, en un vampiro. Mientras tanto, unos restos anónimos van a parar a una fosa, para simular que la persona falleció sin remedio. Es como una tela de araña gigantesca que se extiende por el mundo… Un día podría suceder que absolutamente todos fuéramos igual…

—Eso no puede suceder nunca. Necesitamos a los demás seres vivientes para nutrirnos. Sin su sangre, no podemos sobrevivir en nuestro actual estado. Pero sí podría suceder que un día lejano fuéramos mayoría en el mundo y llegáramos a gobernarlo sin que nadie lo sospechara. Pero para eso falta mucho aún, Howard. No hemos hecho sino comenzar…

Permanecí silencioso, sin responder a esas aterradoras palabras de Helen. Debería haberme alegrado de que un día llegáramos a ser mayoría en el mundo y no se nos considerase como a monstruos.

Pero tal vez aún no estaba lo bastante integrado, como ella diera a entender, para sentirme feliz por aquella alucinante posibilidad que Helen había sugerido.

—Es tarde —dijo ella roncamente—. Y necesito alimento, Howard. Debo ir a buscarlo…

Ahora sí sentí verdaderas náuseas. El recuerdo de la sangre de Muriel Dodds en mi boca me asaltó de forma violenta. Me dominé cuanto pude. Pero sabía a lo que se refería ella al mencionar la palabra «alimento».

Y no podía por menos de sentir el mismo horror y asco que cuando yo mismo caí en tan espantosa tentación, espoleado por aquellos feroces instintos míos que me empujaban a desear a las mujeres con una desorbitada sexualidad, para después convertirlas en mi festín sangriento.

—Yo…, yo quiero descansar —murmuré—. Ya me alimenté antes…

—Bien, querido. En ese caso, te dejaré aquí. Pero debemos vernos cuantos antes. Me gustaría que buscáramos juntos un refugio para los dos. Pronto necesitaremos uno donde vivir ocultos durante el día. Una casa de huéspedes es un riesgo demasiado grande para nosotros.

—¿Aquí en Escocia?

—¿Por qué no? Cualquier lugar es bueno para nosotros, Howard. Ya pensaremos si nos trasladamos a América de nuevo. Tengo cierta idea del sitio donde podemos encontrar alojamiento secreto por el momento.

—¿Dónde?

—No está lejos del cementerio local. Esos sitios siempre son más seguros. La gente frecuenta muy poco los lugares próximos a aquéllos donde reina la muerte —rió burlona—. Te espero mañana por la noche, Howard.

—¿En qué lugar?

—En el propio cementerio de Edimburgo. Junto a tu lápida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Allí estaré cuando haya oscurecido.

—Hasta entonces, cariño —musitó ella, besándome con sus fríos labios la boca—. Siento más que nunca el deseo de hacerte mío otra vez, Howard.

Sonrió voluptuosa, deslizando sus dedos glaciales y sutiles por mi cuello, en una caricia sinuosa, antes de abrir la puerta sigilosamente, otear el exterior y caminar luego hacia la escalera sin apenas producir ruido.

Descendió como un fantasma, y apenas si fue perceptible el leve chasquido de la puerta de entrada al cerrarse tras de ella. Me pregunté cómo habría entrado en la casa sin ser advertida, mientras regresaba al interior de mi alcoba tras haber asegurado la puerta por dentro.

«Pero tratándose de uno de nosotros, todo era posible», pensé.

Me quedé sentado en la cama, sumido en aquel horror que me atenazaba. Era como vivir una monstruosa pesadilla, al menos por el momento. Aunque sabía que, a corto plazo, ya no pensaría así y aceptaría ciegamente todo lo que mi condición actual traía consigo. Pero era tan difícil, al menos de momento, habituarse a todo aquello…

Helen había sugerido cosas tremendas: médicos dispersos por el mundo, cirujanos estratégicamente emplazados que eran los vehículos para nutrir las filas de los no-muertos a lo largo y ancho del planeta.

Y nosotros extendiéndonos por doquier, como una oscura, siniestra e ignorada plaga que acechase a la Humanidad, anónima y sigilosa, a la espera de su momento oportuno, alguna vez en el futuro. Un futuro que podía estar muy lejos… o ser más inmediato de lo que parecía.

Me incorporé. De pronto había tomado una decisión. Asomé al pasillo y llamé con voz potente:

—¡Señora Maxwell! ¡Señora Maxwell!

Ni yo mismo sabía por qué estaba obrando así ahora. Pero mi decisión era irrevocable. Insistí dos veces más en mi llamada, antes de que se abriera una puerta y apareciese en el corredor, envuelta en su bata de lana, ligeramente despeinada y con señales de alarma en su somnoliento rostro, la señora de la casa.

—¿Le ocurre algo, señor Nybee? —me preguntó, inquieta, viniendo hacia mí.

—Es posible, señora Maxwell —asentí con energía—. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—Por supuesto —asintió, extrañada—. ¿Precisamente ahora?

—Precisamente ahora. Pase, por favor. No la entretendré mucho, palabra.

—No se preocupe por eso. Si es algo urgente, cuente conmigo de modo incondicional —aseguró, pasando por mi lado y plantándose en medio de mi dormitorio.

—Es muy amable —cerré tras de mí. Me acerqué a ella, confiando en que su edad y escaso atractivo fuesen suficiente freno para cualquier posible debilidad mía en el terreno que había causado ya dos víctimas mortales—. Se estará preguntando si me he vuelto loco para llamarla a semejante hora para hablar con usted.

—Nada de eso, señor Nybee. Sólo me pregunto si le ocurre algo grave.

—Pues sí, me ocurre —afirmé, rotundo—. Y quería saber si usted tiene conocimiento de ello, señora.

—¿Yo? —Ella mostró su extrañeza en el rostro apacible y bondadoso—. ¿Por qué habría de tenerlo? No logro entender lo que sugiere con eso…

—Ni es fácil entenderlo, créame. Tampoco lo es decírselo. Pero he llegado a la decisión inquebrantable de que usted debe saber la verdad en toda su crudeza.

—¿Verdad? ¿Qué verdad?

—Señora Maxwell, ¿qué relación exacta existe entre usted y el doctor Leonard? —le espeté sin vacilar.

Ella me contempló, sorprendida y en cierto modo ofendida.

—¿Qué está dando a entender con esas palabras, señor Nybee? —protestó.

—Le ruego que no me interprete mal, señora. No insinúo nada indigno ni mucho menos. Sólo me interesa la clase de amistad que exista entre usted y el doctor.

—Bueno, es algo que viene de tiempo. Un amigo suyo de una pequeña ciudad de Escocia se ha alojado aquí a veces, y me habló del doctor Leonard. Un tal doctor O'Neal…

—¿Malcolm O'Neal? —Me sobresalté—. ¿De Methlick, junto a Aberdeen?

—Exacto —pestañeó la buena mujer—. ¿Le conoce?

—Mucho me temo que sí. Pero sigamos. ¿Fue la primera persona

que se alojó en su casa, señora Maxwell?

—En efecto. Habló de mi casa al doctor Leonard, y me ofrecieron recomendar a pacientes suyos forasteros, que diesen de alta en la clínica, para que se alojaran aquí al salir, por un cierto número de días. Yo acepté encantada, y eso fue todo.

—Pero ¿conoce personalmente al doctor Leonard?

—Estuvo aquí en una ocasión, a visitar al doctor O'Neal —afirmó ella.

—¿De noche?

—Sí, de noche —admitió, frunciendo el ceño y mirándome con extrañeza—. ¿Por qué pregunta eso, señor Nybee?

—Tengo mis razones para ello, créame. Sin embargo, el doctor O'Neal no sólo era visible de noche… como yo, pongamos por ejemplo.

—Pues no, que yo sepa —aceptó, aún más perpleja—. Era un cliente normal. Salía con frecuencia, pero no se encerraba aquí todo el día, como usted… y como algunos otros pacientes del doctor Leonard que parecen necesitar largos períodos de reposo.

—Reposo que siempre tiene lugar de día, imagino —comenté, incisivo.

—Pues sí, eso es —meneó la cabeza—. ¿Adónde va a parar con esto, señor Nybee?

—A algo que no iba a gustarle, créame. Pensaba que usted sabía algo de mí y de los otros pacientes del doctor Leonard, pero es mejor que sea así, que ignore todo. Sepa, sin embargo, que si reposo durante el día, no es por mi gusto precisamente. Y he decidido que esto cambie de un modo radical y definitivo. Para siempre.

—No le entiendo…

—Ya lo entenderá, señora Maxwell —sonreí, apoyando una mano cordial en su brazo—. Gracias por todo, y perdone la molestia. Ya me ha respondido a lo que yo quería. Créame: será mejor que siga ignorándolo todo sobre mí y los demás. Pero escuche un consejo: no acepte más huéspedes que hayan sido pacientes del doctor Leonard. Es un buen aviso de amigo…

La dejé en el corredor y cerré la puerta. La había dejado perpleja, desorientada. Pero yo había tomado una decisión, y aquél era solamente el primer paso.

Mi primer paso hacia algo que era, a un tiempo, mi perdición y mi salvación.

# TERCERA PARTE

# Capítulo primero

ERAN ya las ocho de la noche del día siguiente cuando abandoné mi habitación, bajando a la planta inferior. Vi de soslayo a la señora Maxwell que, eludiendo sin duda encontrarse conmigo de nuevo, se metía con rapidez en la cocina al oírme salir. Dejé la bandeja con la comida en la mesita del corredor y descendí la escalera.

Estaba abriendo la puerta de la calle cuando la voz de Hattie me sorprendió desde el saloncito inmediato:

—Vaya, señor Nybee, dichosos los ojos. Me preguntaba si dormiría también durante toda la noche…

Me volví, algo azorado. Llevaba en mi mano una bolsa de deporte con la que había salido del centro médico del doctor Leonard llevando mis objetos personales. Ahora llevaba dentro algo muy distinto.

—Oh, señorita Maxwell —dije con aparente trivialidad—. Lo cierto es que usted tampoco anda demasiado visible durante el día, cuando me suben el almuerzo a mi alcoba…

—Culpa de mi trabajo —sonrió, acercándose a mí con una taza de té en la mano—. Regreso muy tarde de la oficina. Acostumbro a almorzar en un restaurante inmediato a mi lugar de trabajo. Y hasta pasadas las siete no puedo estar de vuelta en casa. Es una tarea muy pesada. Imagino que en su país debe resultar menos engorrosa la jornada laboral.

—Normalmente, si. A las cinco, como máximo, están ya en la calle.

—Eso sería estupendo —suspiró ella, tomando un sorbo de su taza. Me miró con interés—. ¿Cómo va su convalecencia?

—No mal del todo. Pero algo débil todavía.

—Sí, lo imaginaba. Sigue estando demasiado pálido. ¿Ha cenado ya?

—Pues no, todavía no —negué—. No tengo mucho apetito hoy.

Daré un paseo antes de tomar algo. Parece ser que hace una buena noche.

—No está mal del todo, si no vuelve a caer la niebla. ¿Volverá a cenar aquí?

—Creo que no. Tengo que ver a unos amigos, y me quedaré en cualquier sitio que me pile de camino.

—Dichoso usted que tiene ganas de salir —disimuló un bostezo elegantemente—. Es lo último que haría yo, después de estar casi doce horas fuera de casa, en mi triste y aburrida oficina.

—No desespere —sonreí, abriendo la puerta—. Ya le dije que tendría trabajo conmigo en América.

—Pero ¿hablaba realmente en serio cuando me dijo eso? —se sorprendió ella, mostrando asombro en sus bonitos ojos color ámbar.

—Por supuesto, señorita Maxwell. Yo siempre hablo en serio.

—No quise decir eso, señor Nybee. Pero imaginé que se olvidaría de algo semejante…

—No es fácil olvidar nada que se relacione con usted —dije suavemente, sin quitarle los ojos de encima—. Si sigue deseando ese trabajo en Nueva York, delo por hecho. Pero por favor, no vuelva a llamarme «señor Nybee». Me hace sentir más viejo de lo que soy.

—¡Eso tiene gracia! —rió ella de buen humor—. Un hombre tan joven, decir cosas así… De acuerdo, le llamaré Howard. Pero a cambio tendrá que llamarme simplemente Hattie.

—Eso está hecho, Hattie —sonreí.

—¡Bravo, Howard! —Palmoteó risueña, tras dejar su taza de té en el taquillón del vestíbulo—. Ya casi parecemos amigos…

—Lo somos, Hattie, lo somos —dije con sencillez—. Al menos, así la considero.

—Y yo también a usted, Howard —murmuró ella, cuando yo cerraba ya la puerta de la calle, haciéndole una leve inclinación.

Me alejé de la casa pensando en ella. Seguía habiendo algo sumamente atractivo y dulce en Hattie Maxwell. Era una muchacha muy distinta a todas las que conociera. Evocando su imagen, incluso el recuerdo de Pamela era débil y borroso.

Me detuve bajo una farola, en la esquina. Mi cuerpo proyectó una sombra alargada en la acera, una sombra que tenía algo de siniestro, de inhumano. Me sentí profundamente abatido.

Hattie era un imposible para mí. Como cualquier otra mujer normal. Yo no era de su mundo. No podía aspirar a nadie como ella.

—Maldita sea… —murmuré entre dientes—. Olvidaba mi condición… ¿Qué puedo yo esperar de una mujer como ésa? Y sobre todo, ¿qué puede esperar ella de mí? Que cualquier día sienta sed de su sangre cuando más apasionado sea nuestro idilio… y todo termine en una carnicería… Cielos, no. Eso, nunca.

Resoplé, furioso conmigo mismo, y seguí adelante. Tenía mi cita con Helen en el cementerio. Pero tal vez era demasiado pronto aún para reunirme con ella. Había que adoptar precauciones. A estas horas aún podía haber transeúntes por allí cerca. Más avanzada la noche, sería distinto.

Eludí el encuentro con las patrullas de policemen que recorrían las calles de Edimburgo por doquier. Evidentemente, la estrecha vigilancia de calles, plazas y jardines, se mantenía inmutable tras la muerte de Muriel Dodds. Mantuve lo más inclinada posible la cabeza, para que mi lívida cara no fuese visible a los agentes de la ley. Hattie Maxwell había tenido razón. Estaba demasiado pálido, y eso podía resultar sospechoso, dadas las circunstancias.

Me detuve de repente, frente a la luz de un escaparate. El lugar le resultaba familiar, sin saber la razón. Cuando estuve más cerca, comprendí por qué. Era el restaurante de mi primera noche fuera de la clínica. Me estremecí levemente, contemplando las viandas en el escaparate. No me traía buenos recuerdos aquel establecimiento.

Había cenado allí y había admirado las curvas de una joven y turbadora camarera, es cierto. Pero también era igualmente cierto que sólo unos minutos más tarde, los extraños deseos sexuales que había despertado tan intensamente en mí la visión de una pequeña parte del seno de aquella muchacha, me habían empujado a revolcarme en el césped con una prostituta, culminando aquel clímax en un crimen. Mi primer crimen como vampiro. La primera sangre humana que yo había ingerido.

Miré al interior del local sin saber la razón, puesto que no tenía apetito. Sentí un extraño desasosiego. El local estaba vacío y la joven camarera de la primera noche estaba apagando algunas luces al fondo. Al parecer, se disponía a cerrar el local, no sé si por falta de clientela o por considerar que era ya demasiado tarde para tener abierto.

Me decidí, movido por aquel irrefrenable y oscuro impulso que obraba en mí, sobreponiéndose a mi voluntad. Empujé la vidriera. Tintineó una campanilla, y la joven giró la cabeza, con cierto sobresalto.

—Lo siento, señor —comenzó—. Vamos a cerrar ya y… Oh, ¿es usted, señor?

Asentí, halagado porque ella me reconociera. Sonriendo, llegué cerca de la camarera. Observé, sin poderlo evitar, que su blusa seguía siendo demasiado estrecha para sus senos, y éstos parecían a punto de reventar el tejido, asomando parte de su redonda y tersa carnosidad por el descote.

—Lo siento —dije—. No lo sabía. Ya me marcho, señorita…

—No, no —se apresuró a rechazar—. Puede quedarse, si piensa ser breve. Lo cierto es que hoy el patrón no está, y no me gusta quedarme sola aquí cuando avanza demasiado la hora. Con ese monstruo asesino andando suelto por ahí, toda precaución es poca, ¿no cree?

—Oh, ¿se refiere a ese tipo que dicen que desangró a dos mujeres? —pregunté, con aparente desinterés.

—Sí, el mismo —se inclinó confidencialmente hacia mí, y noté la presión de uno de sus pechos contra mi brazo. Temblé, presa de rara excitación—. ¿Sabe lo que yo pienso de él? Que es un vampiro…

Debí demudarme más aún de lo que habitualmente estaba, pero la chica no lo notó. Me eché a reír, como si ella hubiera dicho algo muy divertido.

—¡Un vampiro! —comenté—. ¡Qué ocurrencia!

—No se ría, no. Dicen que los vampiros succionan la sangre de sus víctimas, sobre todo si son mujeres…

—¿Cree de veras que existen los vampiros?

—Pues no lo sé. Pero hay quien dice que sí. Son altos, elegantes, incluso guapos… pero muy pálidos. Así como usted. Sólo que ellos tienen los ojos ensangrentados, los colmillos muy largos y una expresión demoníaca en el rostro…

—Espero que no me vea a mí de ese modo —sonreí algo forzado.

—Oh, Dios mío, claro que no, señor —se turbó ella ahora—. Por favor, siéntese. Le serviré. Estando acompañada, ya me siento más segura…

—Es igual, no tengo demasiado apetito. Me conformaría con algo caliente. Por ejemplo, una taza de caldo. Y un *whisky*.

—¿Sólo eso? —se sorprendió la camarera.

—Sí, sólo eso —dije, sentándome en la última silla del fondo—. En cuanto me lo haya servido, me iré.

—Como quiera —se encogió de hombros, y fue a la puerta, apagando el escaparate y bajando la cortina de la puerta—. Así está mejor. Para que no venga nadie más.

Se alejó hacia la cocina. No pude evitar seguir sus pisadas. Cimbreaba su cintura más que aquella noche, contoneando las acentuadas caderas. Con esos movimientos, sus nalgas resultaban agresivas. Mi excitación se hizo más intensa. Noté un sudor helado en mi frente, y me temblaron las manos.

Deseaba ardientemente a aquella muchacha. Sabía que no podría contenerme.

Y no pude.

Ocurrió cuando ella ya retiraba el servicio de mi mesa. Yo me había tomado el caldo caliente y el *whisky*, esperando que eso distrajera mis impulsos desatados.

No fue así. Apenas se inclinó junto a mí, y descubrí cerca de mi rostro las robustas protuberancias palpitantes de su busto, a causa de un botón misteriosamente desabrochado en su blusa, perdí la noción de todo. La fiera que llevaba dentro, se impuso. Con un jadeo ronco, incapaz de contenerme, me abalancé sobre ella, la atraje hacia mí, y con una mano sujeté su cintura, mientras con la otra arrancaba la blusa, haciendo saltar todos los botones de la prenda.

Ella gritó pero de forma apagada y ronca, dejando caer la vajilla de sus manos. Sepulté mis manos en sus pechos y los estrujé con rabia, ansioso por la posesión de aquella opulenta adolescente.

Para mi sorpresa, ella gimió entre dientes, dejándose manosear brutalmente por mí:

—Aquí no, señor… Pueden vernos… La cocina… en la cocina será mejor…

De modo que era así. Nada de violación. La muchacha cedía gustosa. Sentí sus caricias ardorosas, sus besos, e incluso sus mordiscos ávidos en mis labios. Casi tiró más ella de mí que yo de ella. Penetramos en la cocina, y la acorralé contra una mesa,

bajando mis manos voraces hacia sus prietas nalgas. Ella, con su seno desnudo, exultante ante mí, se dejaba manipular, ayudando en la maniobra dócilmente, entre gemidos, sus ojos entornados, la boca anhelante.

Ella misma facilitó las cosas para que nuestra unión carnal pudiera consumarse casi bestialmente. Yo no era un hombre, era un animal espoleado por el sexo. Pero ella no me iba en zaga. Se entregaba a mí con un placer frenético, exaltado, que hacía cambiar sus gemidos por pequeños gritos y jadeos de placer.

Y de repente, como siempre, al sentir avecinarse el éxtasis supremo, todo se borró de mi mente. Vi algo totalmente rojo, mi boca se tornó reseca, sedienta de algo…

¡Sedienta de sangre humana!

Me abalancé sobre ella sin dejar de hacerla mía, para hundir mis dientes en su garganta pecosa, levemente velluda, de un amelocotonado rojizo. En vez de chillar de dolor o de pánico, la condenada se agitó, culebreando entre mis brazos, ebria de goce.

Para entonces, mi mente, mis ideas, mis sentidos todos, eran pura confusión. Sólo sabía que tenía que morder, morder, chupar el líquido caliente, espeso, que brotaría de la arteria perforada de aquella ardorosa adolescente…

No sé lo que sucedió. Pero en ese preciso instante, algo reaccionó dentro de mí, tan salvaje y desesperadamente como mis propios instintos sexuales y sanguinarios de poco antes.

Aparté de mí, con violencia, el cuerpo de la muchacha, semidesnudo. Sentí que me tambaleaba, rodeado de neblina, de extrañas brumas que nublaban mi cerebro y mis sentimientos.

—¿Qué…, qué me sucede? —jadeé con voz ronca.

Me apoyé en algo. Y entonces oí los gritos de la chica. Esta vez sí. Esta vez eran gritos de terror, de agonía, de profundo pánico. Traté de mantener el equilibrio, de ver algo.

Las brumas se disiparon lentamente ante mí. Las cosas, los objetos, las personas, tomaron forma concreta, como si una imagen desenfocada se volviera repentinamente nítida ante mis retinas.

Y ahora fue cuando mi horror no tuvo límites, cuando contemplé con mis propios ojos el cuadro más espeluznante y terrorífico que me sería dado presenciar en toda mi existencia, sin duda alguna.

Ahora sí brotaba sangre del cuello de la camarera, tendida de

bruces en tierra. Sus ojos desorbitados miraban con pavor el reguero que escapaba de su garganta, mientras algo, semejante a una fiera frenética, mordía y succionaba la opulencia sedosa y blanca de sus grandes pechos, derramando sangre también de ellos…

¡Otro hombre estaba clavando sus incisivos en el cuerpo de la muchacha y otra boca que no era la mía, bebía con glotona avidez su sangre joven y caliente! Ella, en el paroxismo de su miedo y dolor, se agitaba, moviendo frenética sus pierna y brazos, mientras el cuerpo de su agresor se encogía sobre sus muslos y vientre, como una lapa monstruosa, dispuesta a vaciar de sangre aquellas arterias.

—¿Qué significa esto? —rugí—. ¿Qué está haciendo a esa chica? ¡Apártese…!

El chupador de sangre giró hacia mí un rostro lívido, demoníaco, una crispada y repulsiva máscara de sadismo, placer y maldad, una carátula de perversión y júbilo demoníacos, mientras los labios goteantes de sangre, bajo sus ojos oscuros y helados, que brillaban como cuentas de vidrio, fijos en mí, jadeaban con aspereza:

—¡Imbécil! ¡Estoy haciendo lo que tú nunca has sabido terminar apenas iniciado! ¡Soy el encargado de adiestrarte en estos menesteres que harán de ti un perfecto vampiro, maldito novato! ¿O acaso crees que fuiste tú quien vació de sangre a aquellas otras mujeres? ¡Siempre fui yo!

—¡Sandor! —rugí, reconociendo en el vampiro a aquel protector misterioso que conociera noches atrás—. ¡Usted…!

—Sí, yo. Ésta es mi misión: cuidar de usted… y concluir lo que aún no ha sabido hacer… ¿Qué le ha ocurrido para que recupere la noción de las cosas bajo los efectos del éxtasis?

No sabía ni entendía nada de todo aquello. Sólo que, según el odioso y repugnante Sandor, yo no debería haber visto lo que ahora estaba viendo, y así seguir creyendo que yo era ya un vampiro en plenitud, un monstruo sediento de sangre. Obviamente, mi período de adaptación a aquella horrenda vida, estaba muy lejos de haberse consumado.

Sandor, como una bestia primitiva, volvió a inclinarse sobre la medio desvanecida víctima, para terminar su salvaje y siniestra labor. Supe en ese momento que una tercera víctima femenina se

uniría en breve a la lista sangrienta del vampiro de Edimburgo.

Y resolví evitarlo.

Miré en torno mío, inseguro, tambaleante, con la mente confusa y como acorchada, pero dándome exacta cuenta de todo.

Vi el hacha junto a mí.

Era un hacha de cortar carne, sobre un soporte de madera. Parecía muy afilada.

Alargué el brazo mientras recordaba algo lejano allá en mi mente, algo leído años atrás en algún relato de terror o en alguna historia sobre los no-muertos de Transilvania:

«Un vampiro puede ser exterminado para siempre mediante una estaca afilada clavada en su corazón… o decapitándole y destruyendo su cabeza para siempre…».

No vacilé. Era el único recurso para salvar la vida de aquella chica.

Y lo decapité.

# Capítulo II

FUE un solo tajo, seco, brutal.

Lo descargué con toda mi alma sobre la nuca de Sandor. Creo que ni se dio cuenta exacta de lo que le sucedía, aunque un ronco estertor escapó de sus labios bañados en sangre, un segundo antes de que su cabeza volara por los aires, separada limpiamente del tronco. Un raudal escarlata escapó de su cuello segado de lado a lado.

Solté el hacha tambaleante, contemplando aquella escena de pesadilla. El cuerpo de Sandor soltó a la joven, aflojándose sus manos como garras. Ella se desplomó boca arriba, inconsciente, medio desangrada, sin saber lo que sucedía, sin haber llegado a ver nada de todo aquel horror.

Allá, en una esquina de la cocina, la cabeza de Sandor yacía sobre un charco rojo, haciéndome guiños horribles con sus ojos vidriosos. El espectáculo no era precisamente agradable. Pero lo peor aún no había terminado.

Había que evitar que alguna vez, en el futuro, aquella cabeza se uniera de nuevo al cuerpo de su dueño, o el vampiro volvería a la vida.

Dando traspiés, como si estuviera ebrio, caminé hasta la cabeza, la aferré por los oscuros cabellos lacios, como si todo aquello careciese de importancia… y avancé hasta el horno de la cocina del restaurante. Abrí su puerta, gradué la intensidad del fuego dentro, y metí la cabeza de Sandor, cerrando luego con firmeza.

Sudoroso, agotado, caminé hacia el exterior, tras comprobar que la camarera aún no había muerto. Me detuve junto al teléfono del comedor. Lo descolgué. Estaban apuntados allí los números de urgencia. Llamé a la policía:

—Vengan aquí —dije, añadiendo el nombre del restaurante y su emplazamiento exacto—. El asesino atacó a otra víctima. La chica

vive aún, pero ha perdido mucha sangre. No pierdan tiempo. Su agresor yace junto a ella… decapitado.

Colgué, saliendo apresuradamente del local, tras recoger mi bolsa deportiva con lo que llevaba dentro. Me detuve a un par de manzanas, respirando a pleno pulmón el aire de la noche, mientras sonaban sirenas en la distancia. Tras tomar aliento, eché a andar a toda prisa, alejándome del lugar.

Acababa de matar a un hombre, pero no me daba ningún remordimiento haberlo hecho. Sandor era uno de ellos. Mejor dicho, uno de nosotros. Con él, terminaba una carrera de odiosos crímenes, entre ellos los que me había atribuido a mí mismo.

Ahora me sentía más tranquilo, más sereno. Era un vampiro, sí. Un no-muerto, un ser regresado de la tumba después de morir. Pero aún no había asesinado a nadie. No había bebido sangre humana. Sandor mojaba sin duda mis manos y boca al hacer lo que me hubiera correspondido hacer a mí. Era un fiel esbirro del doctor Leonard.

—Tal vez aún sea tiempo… —suspiré, deambulando por la ciudad sin dejarme ver en los sitios más iluminados, buscando siempre los lugares oscuros y poco frecuentados—. Tal vez… No es tiempo ya de salvarme, de dejar de ser lo que soy, lo que yo mismo pedí… sin darme cuenta de lo que pretendía, de la locura a que aspiraba en mi tremendo egoísmo. Pero sí es tiempo de salvar a otros, de buscar, cuando menos una muerte definitiva y auténtica, la paz para mi espíritu, el reposo eterno y verdadero para mi cuerpo…

Y con esa idea fija, obsesiva, ocupando mi mente mientras avanzaba con paso seguro en la noche, llegué al cementerio de Edimburgo, donde tenía la más alucinante de las citas imaginables. Una cita con una esposa que había muerto veinte años atrás…

* * *

Helen ya estaba allí.

Se había anticipado a mi llegada. Lo cierto es que yo me había demorado más de lo previsto, con mi visita al restaurante. Vi su alta figura erguida junto a mi tumba, como otro largo ciprés que proyectase su sombra siniestra sobre la lápida. Las estrellas, en un cielo negro y frío, diseminaban una claridad difusa desde las alturas, resaltando las formas lúgubres de panteones y sepulturas.

Helen se había envuelto en una especie de larga y negra capa que la hacía parecer a distancia justamente lo que era: la sombra de un alado pajarraco posado en el camposanto, con sus alas negras plegadas. El mítico murciélago transilvano, capaz de transformarse en criatura humana en las noches de luna llena. El vurdalak ruso, el vrolok eslovaco, el vikoslak servio… El vampiro u hombre-lobo de la mitología popular y terrible de las Cárpatos…

El vampiro, en suma.

Ella, Helen. Mi vieja y casi olvidada esposa, breve compañera de mi vida anterior, allá en el pasado. Pero tan hermosa, joven y sensual como entonces, gracias a la magia tenebrosa de lo oculto, de la juventud eterna que los inmortales muertos sin descanso recibían por designio de las tinieblas y del Mal.

Se movió unos pasos y su capa negra y larga flotó, asemejándose más que nunca a las membranosas alas de un gigantesco murciélago.

—Llegas muy tarde, querido —dijo con voz tan fría como su sangre y su corazón.

—Lo siento —respondí—. No pudo ser de otro modo, querida Helen. Yo…, yo también tenía hambre esta noche.

Sonrió. Sus afilados incisivos brillaron como si fuesen de vidrio o de hielo, heridos por la claridad de las estrellas reflejada pálidamente en las piedras del cementerio, a nuestro alrededor.

Debió ver la sangre en mi rostro, en mis manos y ropas. Sangre de la camarera, pero también de Sandor. Afirmó con la cabeza.

—Comprendo —dijo—. Veo que ya eres uno de los nuestros, que tu integración es completa o poco menos…

—Así es —miré a mi alrededor—. Imagino que estaremos a salvo…

—Por completo. Yo no me arriesgo estúpidamente. Aprenderás a hacer lo mismo.

—Entonces, estamos solos.

—Totalmente solos los dos —enarcó sus cejas mirándome con deseos mal reprimidos—. ¿Deseas poseerme acaso sobre tu propia tumba?

—No, no había pensado en eso —me apresuré a negar, ocultando mi horror.

—Sería una experiencia curiosa —dijo, algo despechada por mi

rápida negativa—. Te aseguro que ahora puedo ser infinitamente más ardiente que cuando éramos marido y mujer…

—Es posible. Pero este lugar no me gusta.

—¿Por qué no? Es ideal para seres como nosotros —soltó una carcajada sarcástica.

—No me refería a eso. A pesar de todas tus precauciones, podría vernos alguien. He visto ir a la policía hacia el lugar donde…, donde tomé mi alimento esta noche. Es posible que hoy infesten las calles de la ciudad los coches-patrulla.

—¿Y qué? No pueden hacernos nada. Ellos no creen en vampiros. No usarían nunca las armas adecuadas —sonrió, acercándose más a mí—. Los disparos de sus armas no sirven de nada.

—Lo sé. Experimenté ya eso la primera noche, en el parque…

—Entonces, ¿por qué no conocer ahora mismo el placer que pueden darte mis brazos, mi cuerpo, mi fuego sexual desatado? Gozarás como jamás lo hiciste, amor…

Alargó sus brazos pálidos, bien torneados, hacia mí. Supe que decía la verdad. Helen, en su nueva existencia, debía de ser un demonio de lujuria. Yo conocía ya esas sensaciones por experiencia propia. Todos nosotros éramos como bestias feroces cuando nos dominaba el deseo. Retrocedí de modo instintivo.

—No, Helen, no —repetí—. Ahora, no, te lo ruego.

—¿Qué te ocurre? —Se detuvo, airada—. ¿No sientes lo mismo que yo?

—Quizá. Pero tú tienes experiencia en esta nueva vida. Yo, no. Tengo miedo de que alguien nos sorprenda, y eso me impide sentir tanto ardor como tú. Es mejor dejarlo para luego, cuando lleguemos a…, a ese refugio que citaste. ¿Dónde es eso?

Helen se había quedado rígida. Me miraba con una rara frialdad que me inquietó. Se cruzó de brazos frente a mí. Su sombra, a veces, parecía alargarse indefinidamente, hasta fundirse con la que proyectaban los panteones.

—¿Qué te ocurre, Howard? —preguntó con voz gélida.

—¿A mí? Nada —simulé normalidad—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Estas raro. Muy raro.

—Aún tienes que acostumbrarte a mi modo de comportarme. Es como si acabara de nacer otra vez.

—No, no es eso. Yo sé cómo tendrías que comportarte si todo estuviera correcto. Sin embargo, no es así. Algo falla, Howard. Y quisiera saber qué es.

—No tiene sentido que hables así —sonreí, acercándome a ella y dominando con dificultad mi excitación de estos momentos, que distaba mucho de ser la que una mujer viva despertaba en mí desde que volviera del reino de las tinieblas—. Pero si tanto lo deseas, sea como tú quieras. Tiéndete en esa lápida. Serás mía, como en los viejos tiempos…

Ella frunció el ceño, sin dejar de contemplarme. De pronto, me dejó frío.

Había bajado sus ojos relampagueantes hasta mi bolsa de deporte. La señaló con dedo rígido.

—¿Qué llevas ahí, Howard? —quiso saber.

—Nada —tragué saliva, dominando un escalofrío—. Cosas mías. Ya no volveré a casa de las Maxwell.

—Me gustaría ver esas cosas. En nuestra actual condición, no necesitamos llevar equipaje, Howard, y tú lo sabes.

—Da aspecto de normalidad… —Traté de justificar desesperadamente.

—Quizá. Pero aún así, me gustará verlo. Abre la bolsa, querido.

—No, ¡qué tontería! —rechacé, con un sudor glacial, apretando con fuerza el asa de mi bolsa, sin darme apenas cuenta de ello.

—Te lo exijo, Howard. Abre esa bolsa. Ahora mismo —ordenó, tajante.

Si lo hada, estaba perdido, a menos que fuese tremendamente rápido en mi acción. Si ella hubiera estado desprevenida, había una posibilidad de ello. Pero ahora estaba en guardia, y me parecía totalmente imposible conseguir nada.

Aún así, era inevitable afrontar los hechos tal como eran. Sin más remedio.

—Está bien —acepté, encogiéndome de hombros y dejando la bolsa en tierra, junto a la verja del vecino panteón en la que apoyaba mis espaldas—. Vas a verlo, para que salgas de dudas de una vez por todas…

Tiré de la cremallera de la bolsa con rapidez. Abrí con una mano, intentando tomar con la otra los objetos que llevaba dentro.

Ella enseguida descubrió lo que yo pretendía. Sus labios se

abrieron, para exhibir sus incisivos en una horrenda mueca de rabia y de odio. Un alarido furibundo escapó de su garganta:

—¡Traición! ¡Eres un maldito traidor a los tuyos, Howard Nybee! ¡Llevas ahí las peores armas para nosotros! ¡Un mazo y una estaca afilada…!

Era cierto. Empuñé ambos objetos con fuerza, a la desesperada, intentando atacar a la que fuera en vida mi esposa con los dos más temibles instrumentos que pueden oponerse a la existencia de un vampiro. Según el doctor Leonard, era aún el único medio eficaz de acabar con seres como nosotros…

Pero Helen estaba demasiado alerta para ser sorprendida por mi maniobra. Se anticipó fácilmente a ésta. Y fue ella quien atacó.

La vi venir sobre mí, sin tiempo material para defenderme, para usar aquel artilugio demoledor contra la mujer que fuera mía años atrás, pero en cuyo cuerpo y rostro, pese a ser los mismos, yo no podía reconocer ya a la misma que se casó conmigo en América, teniendo ambos veinte años o poco más…

Con su capa desplegada, flotando como gigantescas alas negras, su lívida faz contraída por la furia y el afán destructor, sus garras blancas adelantadas, sus incisivos brillando en la noche, era la más monstruosa imagen posible la que tenía ante mí en la atmósfera lúgubre del cementerio, dispuesta sin duda alguna a terminar conmigo de una vez por todas, antes de que fuese yo quien acabase con ella.

Supongo que fue mi instinto el que me hizo variar de postura en el momento preciso. Consciente de ello no fui, hasta que me hube apartado ligeramente, cuando ya Helen caía sobre mí.

Fue a desplomarse con todo su poderoso impulso, sobre la verja de hierro que tenía a mis espaldas. Sus puntiagudas rejas afiladas se clavaron en su carne profundamente, con un desgarrón de ropas y un chirrido siniestro de carne desgarrada.

La oí gritar como jamás había oído gritar antes a nadie. Su cuerpo hermoso quedó ensartado en los hierros, asomando sus puntas enmohecidas por la espalda. Se agitó, frenética, ante mis ojos despavoridos.

Y supe que tenía que rematar lo que la casualidad había iniciado. Que unos barrotes de hierro no bastaban para matar a un vampiro. Sólo permanecería allí unos instantes, hasta lograr

desprenderse de las púas de metal, momento en el que recobraría toda su fuerza.

—Lo siento, Helen —musité roncamente, avanzando hacia ella —. Lo siento… pero no puedo hacer otra cosa.

Apoyé en su espalda, sobre el lado izquierdo, la afiladísima estaca en que convirtiera la pata de un mueble de mi dormitorio en casa de la señora Maxwell. Ella forcejeó por desasirse, pronunciando obscenidades horribles, al advertir mi intención.

No la dejé hacer. No podía permitirlo, o todo estaría perdido.

Alcé el mazo. Y descargué un seco golpe violento sobre la estaca. Ésta penetró hasta el fondo en el cuerpo de mi antigua esposa.

Fue, tal vez, la primera ocasión en toda la historia en que un vampiro exterminaba a otro, usando su arma más temible y aborrecida. Aunque para mí, era ya el segundo de los míos que caía bajo mis manos.

De labios de Helen escapó un berrido espantoso, suprema expresión de todo su dolor, su rabia, su impotencia y su agonía. Sangre a borbotones escapó por la terrible herida que atravesaba su corazón brutalmente.

Se quedó allí, clavada sobre los hierros, ahora carente de todo signo de vida, tras un espasmo final y un jadeo sordo que culminó su alarido de muerte.

Después, ante mi espanto sin límites, bajo sus ropas empezó a desprenderse la carne putrefacta, despidiendo un hedor insoportable. Su cuerpo goteó purulencias y detritus, mientras los huesos iban desprendiéndose de la carne que los envolvía, en un rápido proceso de desintegración.

Al final, bajo unos lacios cabellos polvorientos, pude vislumbrar, mudo de espanto, la faz descarnada y fétida de una calavera cubierta de gusanos y podredumbre, el aspecto terrorífico que mostraría un cuerpo que llevaba ya veinte largos años muerto, deambulando por el mundo.

—Helen, no… Cielos, no… —Casi sollocé, aterrado, dando un paso atrás—. Es horrible… Horrible…

Retrocedí varios pasos más, incapaz de soportar aquella visión de pesadilla. Creo que vomité sobre mi propia lápida, mientras el aire convertía en flotantes jirones cenicientos las ropas que envolvían el cuerpo, poco antes majestuoso y dotado de una

siniestra vida, de la mujer que un día fuera mi esposa.

—Descansa en paz, Helen —gemí—. Ahora, sí. Descansa en paz por la eternidad, querida y vieja esposa mía… No podía hacer otra cosa. No podía, ahora tú debes saberlo, allí donde estás. Donde yo quisiera haberme quedado para siempre… Ahora sí podrás entrar en la luz, abandonar el túnel de sombras… Ese cuerpo que yace ahí ya no eras tú. Una vida maligna se hallaba dentro de él, como ahora está dentro de mí y terminará por destruirme definitivamente… a menos que yo me destruya antes. Si tengo fuerzas para ello lo haré. Lo haré… pero antes debo intentar algo más… Debo intentarlo, Helen…

Recogí el mazo y la bolsa de deporte, empezando a alejarme del lugar de la tragedia. Tras de mí, quedaba allí, incrustada en la verja, la forma humana que parecía llevar en esos momentos años enteros prendida de los hierros, transformada su lozanía en mudo horror, en pavesas malolientes de un cuerpo devorado por la corrupción y el tiempo. Era todo lo que quedaba de la que fuera hermosa Helen Nybee. Lo que hubiera quedado realmente, de haber sido sepultada aquel lejano día en los Estados Unidos, cuando otro accidente similar al mío acabó con su joven existencia.

Caminaba con lentitud, pesadamente. Me agobiaban las angustias vividas en aquellas tremendas horas últimas, el enfrentamiento a dos de las criaturas de mi nuevo mundo, como yo, habían pretendido sobrevivir a la misma muerte, con todas sus consecuencias.

Abandoné el cementerio sin problemas. La noche se iba tornando nuevamente brumosa. Descendía una lenta niebla que difuminaba los perfiles de las casas y el brillo de las luces. La policía patrullaba por todas partes, a juzgar por el sonido de sus sirenas, y era preciso adoptar toda clase de precauciones para eludir su vigilancia.

Después de todo, no podían dar por concluido el caso por el simple hecho de hallar en el pequeño restaurante a un hombre decapitado, junto a una joven que se desangraba. Seguramente a estas horas, las autoridades de Edimburgo tratarían de saber quién había hecho la llamada telefónica anónima, avisándoles del suceso, y quién cortó la cabeza del vampiro, encerrándola en el horno encendido. Aunque el cuerpo de Sandor, como el de la propia

Helen, fuese ahora un amasijo informe, un cadáver putrefacto, o quizá simple polvo de siglos —con aquellos seres de la noche nunca se podía saber cuál era su auténtica edad—, la policía buscaría, indagaría, en pos de una solución concreta al enigma.

Y yo no quería ser cazado o destruido ahora. Todavía no.

Aún me quedaba algo por hacer. Tal vez mucho. Lo que hacía falta es que la noche; esta noche, diera lo suficiente de sí como para poder dar fin a cuanto anidaba en mi mente, a todo lo que de forma desesperada necesitaba llevar a cabo en las próximas y decisivas horas de mi penosa existencia actual.

Por fortuna, llegué a casa de las Maxwell sin problemas. Abrí la puerta con sigilo y penetré rápidamente dentro del edificio, cerrando tras de mí de golpe. Jadeante, pero aliviado, me detuve en el vestíbulo, apoyada la espalda en la puerta, para recuperarme lentamente de mi tensión y agitado estado de ánimo.

No di siquiera la luz del vestíbulo. No me atrevía a ello para no despertar a la señora Maxwell o a su sobrina. Empezaba a ser difícil mi estancia en aquella casa también. Estaba seguro de que, pese a sus oscuras evasivas, Rose Maxwell sospechaba algo raro. En cuanto a Hattie, era una muchacha inteligente y podía llegar a conclusiones muy precisas a poco que pensara en el asunto. Yo, ciertamente, no era un huésped, y ella tenía que acabar dándose cuenta de ello.

Tenía que subir a mi habitación y convertir otros trozos de madera en afiladas estacas para iniciar mi batalla final. Del mismo modo que había triunfado sobre Helen en el último momento, esperaba poder llevar a feliz término mi plan, a poco que me ayudara la suerte.

Subí lentamente, con mi bolsa de deporte aferrada en la mano derecha, conteniendo solamente el mazo que servía para sepultar la estaca fatídica en los pechos de criaturas semejantes a mí mismo. Sí, yo era un asesino ahora. Un asesino de vampiros, siendo yo mismo uno de ellos. Pero eso no me importaba. No me sentía culpable de nada. Antes al contrario, mi ánimo solamente me exigía en estos momentos cruciales seguir adelante, terminar lo iniciado.

Me llevé un sobresalto cuando la voz suave me interrumpió mi lenta y cautelosa marcha por el pasillo de la planta alta:

—¿Es usted, Howard? Me ha asustado con sus pisadas…

Giré la cabeza con sobresalto. La puerta abierta derramó sobre

mí un repentino raudal de luz. Parpadeé, algo deslumbrado, sin saber qué hacer.

Hattie, cubierto su bello y joven cuerpo con un translúcido camisón, se hallaba en pie, a la puerta de su propia alcoba, recortándose contra la luz la silueta de su propia desnudez.

Quedé sin aliento. No pude apartar mis hipnotizados ojos de aquella escultura humana.

Ciertamente, bajo sus ropas, Hattie Maxwell era infinitamente más seductora y perfecta de cuanto permitía suponer normalmente. Era una de las pocas mujeres que ganaba enormemente con su desnudez. Aunque sólo fuese una simple silueta recortada contra la claridad, aquel desnudo podía fascinar a cualquiera. Alta, majestuosa, elegante y provocativa a la vez, su figura era una completa perfección, desde los suaves y redondeados hombros a sus largas piernas, de esbelta pantorrilla y muslos suaves.

—Oh, Hattie…, buenas noches… —Creo que mi balbuceo fue tremendamente torpe—. No esperaba encontrarla despierta. Lamento haberla molestado…

—No ha sido molestia —sonrió ella—. Estaba despierta, Howard. Leía un libro. Parece que viene algo alterado…

—Sí —asentí roncamente—. Me siento muy…, muy cansado. Necesito reposo. Creo que estos días me he excedido.

—Sí, le veo muy pálido. ¿Quiere entrar un momento?

Vacilé. Recordé de repente los sentimientos que despertaba en mí cualquier mujer deseable, en mi actual estado. No quería que Hattie pudiera llegar a ser víctima de mis instintos. Y menos aún que pudiera surgir al fin en mí el monstruo que me iba dominando por momentos, para convertir aquella adorable criatura en un cuerpo roto y ensangrentado.

—Pues no sé si debo… —murmuré, confuso.

—Vamos, vamos —rió suavemente ella—. No me dirá que es uno de esos puritanos que todavía encuentran pecaminoso entrar de noche en el dormitorio de una chica, Le aseguro que no hay nada malo en charlar con una amiga, sea donde sea. Soy una mujer moderna y sin prejuicios, Howard. Entre, se lo ruego. Creo que me irá bien charlar con alguien un rato. Tengo insomnio. Creo que la policía me puso algo nerviosa…

—¿La… policía? —repetí en un murmullo quebrado, avanzando

hacia ella.

—Sí. Oh, es cierto, usted no estaba aquí cuando llegaron.

—¿Quiere decir que la policía ha venido esta noche a su casa? —insistí, una vez dentro de su dormitorio.

—Así es —ella entornó la puerta, con naturalidad, volviéndose a mí. Ahora, a plena luz, ya no era tan visible su cuerpo, que solamente se insinuaba tras el tejido tenue y translúcido de su prenda interior—. Buscaban a un asesino.

—Cielos… —jadeé—. ¿Un asesino?

—Sí, eso dijeron. Han encontrado a otra víctima de ese monstruo que mató ya a dos mujeres en noches anteriores —dijo, sin mirarme apenas.

—Oh… ¿También la…, la mataron a ésta? —indagué.

—No, en esta ocasión hubo suerte —se volvió lentamente a mí, ofreciéndome un paquete de tabaco—. ¿Un cigarrillo, Howard?

—Sí, gracias —asentí, tomando uno, que encendí tras prender el de ella. Fumamos un instante en silencio, antes de que yo preguntara aparentando firmeza—: ¿Qué pasó realmente?

—Una curiosa historia —sonrió, fijando ahora sus bonitos ojos ambarinos en mí—. Según me contó el inspector que nos visitó con dos agentes, en todos los casos el criminal desangró a sus víctimas. Como hacen los vampiros en las películas de terror, ya sabe. En esta ocasión, la mujer no estaba totalmente vaciada de sangre, y ha podido ser hospitalizada, salvándole la vida. Pero junto a ella encontraron a un hombre decapitado… y su cabeza quemada en un horno de la cocina del restaurante donde sucedió.

—¡Qué horror! —Representé bastante bien, creo yo, mi sorpresa y sobresalto.

—Sí, es una historia realmente horrible —admitió ella con un suspiro—. Sobre todo, porque según los policías, el hombre decapitado parecía llevar muchos años muerto. Su cuerpo era una pura momia, y se le podían calcular fácilmente más de cien años.

—Cielos… —Ahora sí. Ahora mi asombro era legítimo. Sandor… ¡más de cien años!

—Curioso, ¿no? —Los ojos de ámbar vivo me contemplaban con dulzura y simpatía—. Por eso siguen buscando. Desean encontrar al hombre que decapitó a ese cadáver. Según palabras murmuradas por la víctima medio inconsciente, hubo un hombre joven, alto,

pálido y guapo…

Se echó a reír de repente, mirándome con mayor fijeza. Me sentí incómodo.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿Por qué se ríe?

—Tiene gracia. Estaba pensando que usted responde muy bien a esa descripción, Howard.

—Supongo que habrá muchos que también se ajusten a ella en Edimburgo —repliqué.

—Oh, por supuesto —asintió ella, distraídamente—. Perdone si le molestó mi observación, amigo mío. Lo cierto es que la policía anda recorriendo todos los lugares, en busca de alguien que se ajuste a esa descripción, especialmente las vecindades de los escenarios de esos crímenes. Ya recordará que uno de ellos tuvo lugar ahí mismo, en el parque cercano…

—Sí, lo recuerdo muy bien —me estremecí—. Supongo que tendrán curiosidad por conocer a su huésped, Hattie…

—No, creo que no —suspiró ella, moviendo la cabeza en sentido negativo—. Les di de usted una descripción totalmente distinta a la que le corresponde.

Enarqué las cejas, mirando perplejo a la bella muchacha.

—¿Por qué hizo eso? —quise saber.

—¿Usted qué cree? —rió ella suavemente entre dientes, entornando sus ojos fijos en mí.

—Pues… no sé. No debió engañar a la policía. Si piensa que soy sospechoso de algo…

—No, ¡qué tontería! ¿Por qué iba a pensar eso? ¿Porque vive sólo de noche, Howard? Conozco a mucha gente que tiene esa costumbre, y sin embargo no es culpable de nada… ¿No se ha preguntado que podía haberle evitado problemas simplemente porque usted…, usted me gusta?

Temblé. Era lo último que hubiera deseado oír en sus labios. Me asustaba la idea de que hubiera algo entre ella y yo. Tenía a Hattie en un concepto muy diferente a la enfermera Muriel Dodds, a la camarera del restaurante o a la prostituta del parque, desde luego. No quería correr riesgo alguno con ella. No deseaba tenerla como mi primera víctima, si la bestia que rugía dentro de mí se liberaba. De un momento a otro, sabía que terminaría de estar integrado en mi nueva condición. Y el vampiro sanguinario, sediento de mujeres

hermosas, surgiría en mí incontenible.

—Hattie… —Es to único que atiné a murmurar.

Avanzó hacia mí unos pasos. No quitaba sus ojos de los míos. Los movimientos suaves de su cuerpo bajo el camisón, dibujando ahora la rigidez de los pezones de sus senos contra la tela, me provocaba escalofríos. Sabía que era tan fácil sentirse atraído hacia esta mujer. Tan fácil…

—Howard —la oí susurrar roncamente—. Howard, usted… tú…, tú también sientes algo por mí, ¿no es cierto?

—Sí, Hattie, sí —balbuceé—. Pero es mejor olvidarlo ahora… No debemos…

—Howard, cariño… —Su voz se hizo ronroneante, sedosa, capaz de deducir al más resistente de los varones—. No puedes negarte… Somos hombre y mujer… y nos gustamos…

Retrocedí, apurado. Ella sonreía. Se había empezado a desprender el camisón de un hombro. Resbaló la suave tela a lo largo de su brazo. Emergió un virginal, hermosísimo seno desnudo… Sentí temblar todo mí cuerpo. Mi excitación vibró dentro de mí incontenible. La cabeza comenzó a darme vueltas.

—Hattie… —Casi imploraba en mi voz—. No, Hattie, esperemos aún…

—¿Por qué esperar? —me respondió apagadamente—. Yo ansío quemarme en tu pasión, Howard… Mi cuerpo se abrasa cuando pienso en ti. Ocurrió desde el principio, desde que te conocí…

Se desprendió el camisón de su otro hombro. La prenda toda resbaló ahora a lo largo de un cuerpo sedoso, turgente, magnífico.

Era imposible resistir. Ya no. Cuando sus brazos lograron rodearme y me envolvieron en un dogal tan firme como dulcísimo, mis impulsos eran ya incontenibles.

—Hattie… Mi vida… —murmuré, envolviéndome en su desnudez aromática y cálida—. Hattie…

Busqué su boca, su cuello, sus pechos enhiestos, agresivos y mórbidos. La fiera rugía dentro de mí. Una bruma comenzaba a aturdir mis pensamientos, como sucedía siempre. La boca de ella era como una ventosa ardiente que me succionara. Deseaba dejarme devorar por aquella mujer enloquecedoramente atractiva, hermosa y juvenil.

—Howard, mi amor… —la oí susurrar junto a mi oído, mientras

besaba mi lóbulo tiernamente—. Entrégate a mí… Todo a mí…

Ardía en aquella hoguera apasionada. La carne tersa de ella me contagiaba con su fuego vital. Sabía que ahora podía ser yo capaz de cualquier locura. Me cegaba la pasión, el deseo, la turbulencia de mis sentidos exacerbados por su lascivia.

Cuando me dio pequeños mordisquitos en el lóbulo, me hizo estremecer. Sus besos descendieron por mi cuello, voluptuosos…

De repente, sentí el agudo dolor de la carne herida, perforada. Chillé roncamente, me aparté hacia atrás con violencia, la separé de mí casi a viva fuerza, recurriendo a mi vigor en plenitud.

Una sensación de supremo horror me invadió en ese instante. Todo se desmoronó ante mi, como un absurdo y enloquecido castillo de naipes.

Mi cuello chorreaba sangre.

Y Hattie me mostraba ahora, entre sus rojos labios golosos, la afilada presencia de dos terribles incisivos, largos y puntiagudos…

Hattie Maxwell también era un vampiro.

# Capítulo III

—¡HATTIE! —rugí—. ¡No es posible! ¡No, tú no…!

—Imbécil… —jadeó ella con una voz ronca, entrecortada y cruel, que me resultaba desconocida en su boca—. Debiste dejarte… Es el único modo de que te integres con nosotros… Hasta ahora, todo lo demás ha fallado en ti. No eres aún lo que pretendíamos… ¡Eres un traidor, un hombre que se niega a ser lo que es!

Ahora, de repente, la verdad se abría paso en mi cerebro con cegadora claridad. Había hecho falta esto para abrirme los ojos, para hacerme ver lo estúpido que había sido hasta entonces para no ver claro, para no comprender…

—De modo que era eso… —mascullé, angustiado, retrocediendo siempre, ante aquella hermosísima criatura que cobraba delante mío una nueva y estremecedora dimensión—. Ahora entiendo lo de ser huésped en esta casa, lo de tu aparente inocencia… Ahora sé por qué nunca te he visto de día, y dices estar trabajando hasta que se hace de noche… Eres…, eres una de nosotros. Eres un vampiro. ¡Lo fuiste siempre! Y conocías la verdad. Sabías que yo era también uno de vosotros, estás de acuerdo con el doctor Leonard, con ese siniestro Papá Doc…

—Has tardado en darte cuenta —rió la criatura desnuda, ya sin ocultar sus terroríficos incisivos, enrojecidos con mi sangre. En todas partes encontrarás gente como yo, querido. Sabemos lo que has hecho. Has acabado con Sandor. También posiblemente con Helen… ¿Quién te has creído que eres? ¿Un vengador? ¿El exterminador de vampiros? ¡Tú también eres un vampiro y debes aceptar serlo, te guste o no! Mi beso… mi succión en tu sangre ahora, en pleno acto sexual, iba a convertirte al fin en lo que Papá Doc no ha logrado totalmente, aún no sé por qué… Eres un caso raro, Howard. Un caso único. Hasta ahora, todos respondieron, tras el período inevitable de integración. Tú, no. Existe todavía más

parte humana en ti que la necesaria. Y eso no está bien. Es preciso resolverlo. Hacerte definitiva y totalmente uno de los nuestros… o destruirte…

—Prefiero la destrucción —jadeé, convulso.

—¿Y morir? —soltó una carcajada agria—. ¿Morir definitivamente, Howard Nybee? ¿Eres tú quien fue a Papá Doc pidiéndole vida después de morir? ¿Creías que no tenías que pagar nada a cambio?

—Creí que no tendría que vender mi alma por ello, Hattie.

—¡Tu alma! ¿Y qué es tu alma, estúpido? Una forma inconcreta y vaga, que flota en alguna parte, y que nada vale…

—Para mí, lo es todo. Deseo recuperar ese alma. O morir con ella, pero no gozar de una vida como ésta que me ofrecéis, oscura y terrible, en un mundo frío y tenebroso, hecho de muerte y de sangre. Somos cadáveres, Hattie. Cadáveres vivientes que se transforman en cenizas o en putrefacción maloliente apenas terminan con nuestros cuerpos malditos…

—Un bonito discurso, señor Nybee —dijo una helada voz a mi espalda.

Me volví, aterrado. Pegado a la pared, mientras la desnudez aparentemente virginal de Hattie, ahora convertida en símbolo demoníaco, seguía mostrándose ante mí, la puerta se había abierto a mis espaldas.

Y el propio doctor Leonard entraba en el dormitorio de Hattie, mirándome con ojos helados, seguido de una persona que yo conocía también muy bien: el doctor Malcolm O’Neal, médico rural de Methlick. El hombre que me había recomendado al doctor Leonard para alcanzar la vida después de mi muerte…

* * *

—Ha vuelto… Ha vuelto usted, Doc… —murmuré con voz trémula.

La sonrisa de Papá Doc fue como una mueca en una macabra máscara de cera. Ahora, cuando iba desprovisto de su maquillaje de otras veces, podía descubrir el color lívido de sus facciones. En cambio, O’Neal no mostraba en su faz huellas de vampirismo. Seguía siendo el

mismo hombre saludable y rubicundo que conociera en casa de tío Ian.

—Nunca me fui de aquí —suspiró él cansadamente—. En la clínica di un pretexto para desaparecer por unos días. Acostumbro a hacerlo cuando uno de mis pacientes está en período de adaptación a su nueva existencia. Una medida precautoria, compréndalo. Que con usted ha resultado ser sumamente necesaria, a lo que veo. No sólo aniquiló al bueno y fiel Sandor, sino que no vaciló en acabar esta noche con su propia esposa…

—Ya no era mi esposa. No era nada. Sólo una de sus infernales criaturas —repliqué ásperamente.

—Olvida que usted mismo es una de esas criaturas que cita —rió duramente el médico—. Ya no tiene posible vuelta atrás. Usted pidió vivir. Yo se lo garanticé. Y cumplí mi palabra. Ahora, usted debe integrarse, quiera o no. Hattie era un medio dulce y amable de hacerlo de una vez por todos, ya que mis procedimientos clínicos han fracasado en su caso.

—Usted…, usted ha encontrado medios científicos de convertir en vampiros a los seres humanos, doctor —le acusé.

—De eso hace ya mucho tiempo —sonrió el médico—. Su esposa Helen ya experimentó esa misma técnica veinte años atrás. Yo…, yo tengo mucha más edad de la que aparento, amigo mío. No existe límite de tiempo para mí. Puedo investigar mi ciencia durante siglos e iría perfeccionando poco a poco. No tengo prisa. Hay alumnos míos por doquier. Uno de ellos convirtió a Helen Nybee en lo que ha sido hasta que usted la aniquiló sin piedad. Pero a veces, hasta la más perfecta técnica puede tener un fallo. Usted lo ha sido. Inicialmente, una droga que yo inyecto en usted, debe provocarle una fuerte alteración sexual e incitarle a atacar a las mujeres. Durante el clímax, se supone que surgirá su instinto de succionar sangre humana. Pero eso a veces tarda en ocurrir, y Sandor y otros como él cuidan de actuar mientras el paciente sufre un momentáneo desvanecimiento. Después, se cree él mismo autor de esa succión sanguínea. Pero nunca tardan demasiado en actuar por sí mismos, como esta noche parece ser que usted estuvo a punto de hacer con la camarera del restaurante. Lástima que luego no continuara y tuviera que completar Sandor la obra… con el desenlace que todos conocemos. Ha sido usted un fracaso, Nybee. Mi único fracaso. Y

ahora tengo que terminar con usted de un modo u otro. Tiene dos opciones. Déjese desangrar por Hattie. Será un modo dulce y voluptuoso de convertirse al fin en uno de los nuestros. Cuando despierte, será ya un vampiro completo, Nybee. Eso… o la destrucción total. Elija.

—Convertirme en lo que ustedes son, es destruirme también, Doc.

—Eso quiere decir que elige lo peor —suspiró el doctor Leonard resignado—. ¡Qué vamos a hacerle! No sólo perderé su medio millón de dólares, sino que le perderé a usted de modo definitivo. Lo siento, Nybee. Usted lo ha querido. Doctor
O'Neal,
usted no tiene ya por qué estar presente en esto. Es asunto a resolver entre nosotros. A fin de cuentas, usted es sólo un practicante del ocultismo que se prestó a colaborar con nosotros en la gran tarea, a cambio de convertirse en uno de los nuestros cuando llegue su hora. Déjenos a solas, doctor.

—Sí, doctor Leonard —asintió dócilmente el médico rural. Miró compasivo hacia mí—. Lo siento, señor Nybee. Yo que usted, optaría por dejarme seducir por esa bella criatura. Es un medio más dulce de dejar de ser humano y gozar de la eternidad.

—No me gusta lo eterno cuando es a cambio de tanto —repliqué —. Nunca debí tentar al diablo con mis ansias de sobrevivir. Ahora acogeré la muerte definitiva gustosamente. Después de todo, ése era mi destino…

El doctor
O'Neal
salió silenciosamente de la estancia. Me quedé a solas con Papá Doc y con Hattie. Ambos me miraban con fría decepción.

—Créame que lamento esto —dijo despacio el médico—. Aún está a tiempo de cambiar de idea, Nybee…

—Ya oyó antes mi decisión —miré sin deseo alguno al desnudo de Hattie, que ya no lograba causarme efecto alguno—. Termine de una vez, Doc.

Le vi buscar algo en sus bolsillos. Extrajo una aguja hipodérmica muy larga que aplicó a una jeringuilla de plástico llena de una sustancia oscura y densa.

—Clavaré esto directamente en su corazón, Nybee —me explicó

con frialdad, acercándose a mí tras acoplar la aguja a la jeringa—. Será doloroso, pero le aniquilará con tanta seguridad como si fuese la clásica estaca con que usted atravesó a Helen esta noche… También la ciencia ha progresado en esto, Nybee. Mi ciencia, claro está, que comenzó ya hace muchos años…

Hattie iba a ser testigo indiferente de mi exterminio. Sabía que no podía resistirme. Fuese a donde fuese, habría gente de Leonard, esperándome. Tal vez ya existía un invisible cerco en torno a la casa. Ellos estaban en todas partes. Sí, ellos, no nosotros. Yo no me sentía uno más de tan horrible legión. Como dijera Papá Doc, algo en mí se había rebelado contra sus designios. O quizá su ciencia no era tan perfecta todavía como él pensaba…

La aguja se aproximó a mí implacablemente. Supe que no existía medio alguno de salvar esta vez la vida.

Pero ya no tuve miedo. Ningún miedo a morir. Es más, lo deseaba. Porque ése sí era el reposo eterno. El que yo ansiaba ahora más que nada en este mundo…

# Capítulo IV

EN ese preciso instante en que me encaraba, al fin, con la muerte definitiva, la puerta de la habitación de Hattie Maxwell volvió a abrirse.

Incrédulo, sin poder aceptar lo que veían mis ojos, vi aparecer a tres personas en el umbral. Tres personas que no podían en modo alguno estar ahora allí. Pero que estaban. Y que contemplaban la escena con una mezcla de horror y de ira.

Hattie giró la cabeza hacia la puerta y emitió un grito ronco y feroz, como el de un animal al acecho, sorprendido en su madriguera. El propio doctor Leonard se volvió sobresaltado, cuando su aguja mortífera estaba ya cerca de mi cuerpo…

—¡No es posible! —grité yo—. ¡Pamela! ¿Qué haces tú aquí?

Porque era ella. Pamela. Mi prometida. La muchacha deportiva, jovial y alegre de Nueva York, a quien yo abandonara para viajar a Europa, sin revelarle la verdad de mi dolencia incurable.

Pamela, empuñando en sus manos de vigorosa deportista uno de los arcos que habitualmente utilizaba para su deporte favorito. Algo que, aparentemente, carecía de todo sentido.

Y detrás de ella, como escolta suya, tío Ian y mi prima Selena…

—¡Pronto, Pamela! —oí gritar a mi prima—. ¡El arco, no vaciles!

Ya Hattie y el médico se dirigían hacia ellos. Selena y tío Ian extrajeron de sus bolsillos dos cruces de plata, que alzaron ante sí. Aunque observé una contracción dolorosa de los dos vampiros, las cruces no bastaron para detenerlos. Siguieron adelante. Y Selena apremió de nuevo a mi prometida:

—¡Pamela, el arco! ¡Es necesario!

Pamela pareció reaccionar en ese preciso instante, aunque le costó un poco. Alzó el arco en sus manos. Disparó directamente la flecha al pecho del doctor Leonard que iba hacia ella. Oí el zumbido áspero del dardo disparado por la tensa cuerda del arco.

Un chasquido seco se produjo cuando la flecha penetró violentamente en el corazón de Papá Doc. Se quedó clavada allí, vibrando, atravesando de lado a lado su cuerpo.

El médico emitió un alarido terrible, desgarrador. Le vi vacilar, con ojos desorbitados, ante la mirada de espanto de Hattie. Muy pálida, Pamela se mantenía erguida ante su víctima, ya con el arco flojo, bajando lentamente tras el disparo.

El doctor Leonard trastabilló, mientras la sangre chorreaba por su tremendo boquete. Entonces vi la punta de la flecha y comprendí con diáfana claridad.

¡Era un dardo de madera!

Pamela había utilizado contra su enemigo un arma mortal. Lo mismo que la afilada estaca, un dardo afiladísimo, tallado en madera, había sido disparado por el arco que ella tan bien manejaba. Ahora, el amo y señor de los vampiros había recibido el mazazo mortífero en su propio ser.

Cayó de rodillas. Emitía quejidos roncos, mientras su cara y sus manos se iban tornando cenicientas, cadavéricas. La piel era como una costra crujiente que fuese desmoronándose paulatinamente. Los cabellos blanquearon, lacios y dispersos, los ojos se vaciaron en sus órbitas, convirtiéndose en algo negro, pastoso y maloliente. Los dedos, como negros sarmientos, se ahuesaron por instantes, hasta quedar sólo un esqueleto entre las ropas de corte moderno. E incluso ese esqueleto, muy lentamente, se fue haciendo gris, agrietándose, para terminar convertido en una ceniza parduzca que revoloteaba por la estancia, en torno a prendas de ropa vacías.

Pamela, con un chillido de horror, buscó protección acogiéndose a la fornida figura de mi tío Ian, en cuyo torso ocultó el rostro. Selena, más valiente ante la escena aterradora que se producía ante sus ojos, ni pestañeaba, como si la hipnotizase todo aquel horror.

La suerte de Hattie, entretanto, no era tampoco mucho más envidiable. Como si el fin trágico del doctor Leonard hubiera marcado también el final de sus criaturas infernales, ella misma comenzaba a sentir en sí los efectos del dardo que aniquilara a su creador. La oí sollozar, retorcerse convulsa, caer contra el lecho adonde pretendiera llevarme a mí poco antes. Y me alegré de no haber cedido a sus aparentes encantos.

Ahora podía ver a la auténtica Hattie. La Hattie Maswell que se

ocultaba tras aquella juventud y belleza que yo tanto admirase. Como si un azote divino sacudiera su maléfico ser, la bella muchacha iba agrietándose, envejeciendo por momentos, convirtiéndose su faz seductora en una alucinante máscara rugosa, grisácea, bajo unos cabellos que ya no eran rojos y resplandecientes, sino de un blanco gris, a mechones en un cráneo casi calvo… Los ojos ambarinos, brillantes y llenos de luz, se tornaron apagados, difusos, velados por unas lágrimas y una tela blancuzca, de pura vejez, a boca arrugada estaba rodeada de profundos surcos. El rostro feo y repulsivo de una anciana casi centenaria aparecía ante nosotros, aterrados testigos de aquella metamorfosis alucinante.

—Dios nos asista… —jadeó tío Ian, muy pálido—. Howard, querido, ¿también tú… puedes terminar ahora así?

Negué, aunque sentía flojear mis piernas y algo, en mi faz, me hacía comprender que ya no era el muchacho de veinte años que parecía ser después de la intervención del doctor Leonard, sino el auténtico Howard Nybee, con sus cuarenta y dos años, vitales pero ciertos.

—No —dije roncamente—. Yo, no. Ellos…, ellos eran muy viejos. Demasiado para vivir como seres humanos…

Hattie agonizaba de puro vieja en la cama, alzando patéticamente sus descarnados brazos llenos de arrugas en demanda de algo que su voz, apagada y trémula, ya no podía reclamar. Contemplé demudado la lenta agonía de quien poco antes irradiaba belleza y poder de seducción, juventud y atractivos físicos.

—En todas partes, ahora, muchas personas sufrirán esta misma metamorfosis —dije lentamente—. Creo entender lo que sucede. Muerto Papá Doc, muere su obra también. Con él se extinguen las criaturas a quienes convirtió en lo que ahora somos. Me pregunto…, me pregunto cuál va a ser ahora mi suerte inmediata…

Caminé, tambaleante, hacia mis seres queridos. Me sentía liberado de muchas cosas ahora, pero inevitablemente sujeto a otras muchas que me aterraban, como la misma muerte.

Y precisamente ahora, cuando Pamela había vuelto inesperadamente a mi vida, para salvarme de un destino peor, y para salvar al mundo de muchas criaturas de horror que salieron de manos de Papá Doc durante siglos enteros tal vez…

—Pamela, ¿cómo pudo ocurrir esto? —gemí, tendiendo mis

brazos hacia ella—. Pamela, querida…, ¿cómo supiste…? Y vosotros, tío Ian…, ¿quién os pudo decir…?

Fue Selena quien me respondió con su voz dulce, tranquila:

—Algo me decía que no habías muerto, tío Howard… Papá no quería escucharme, pero yo lo presentía. Y entonces…, entonces se me hizo presente un espíritu al que yo conocía bien. El fantasma de Hazel Marston, o lo que fuese, me anunció lo que estaba ocurriendo. Se lo dije a papá y no quiso creerme. Yo entonces telegrafié a los Estados Unidos. Había hallado las señas de Pamela Kirk entre tus cosas, tío Howard. Ella no respondió a ese telegrama. Se presentó en Aberdeen de súbito. Hablamos. Pamela me creyó más que papá, sobre todo al saber a través del doctor O'Neal que sufrías una dolencia incurable y habías pretendido tratarte de ella en Edimburgo. De nuevo el espíritu de Hazel se hizo presente para advertirme. Creo que siempre ha habido algo raro, un nexo sobrenatural entre esa pobre chica y yo, a partir del tiempo en que se posesionó de mi cuerpo. Lo cierto es que Hazel me dijo que no nos fiáramos del doctor O'Neal, que él ocultaba algo. De modo que no le revelé lo que el espíritu de Hazel me revelara sobre su actual estado de no-muerto, y Pamela y yo decidimos seguirle cuando viniese el doctor a Edimburgo, ya que había dicho que vendría a visitar a un colega en estas fechas. Preparamos con urgencia esa flecha con madera de roble, recordando lo que me había aconsejado Hazel: sólo una madera afilada en el corazón podía terminar con los vampiros.

—Al final, medio me convencieron con todo eso, y traté de ayudarlas —terció ahora tío Ian—. No es que creyera mucho en esa historia tan fantástica, pero no quise negarme a colaborar en su plan, que me parecía totalmente alocado. Así, seguimos hasta aquí al doctor O'Neal. Y del mismo modo, hasta esta casa hoy, en compañía de ese otro individuo, el doctor Leonard. Cuando el doctor O'Neal abandonó la vivienda hace poco, le capturamos allá fuera. Le hice confesar lo que sucedía. Y hemos corrido a salvarte, Howard,

muchacho… Pero te juro que jamás, jamás, hubiese podido creer una sola palabra de cuanto ha sucedido hoy aquí.

—Lo comprendo, tío Ian, lo comprendo —dije tristemente, mirando a todos ellos—. Ahora, ya que no he sufrido aún los efectos de la muerte del doctor Leonard en mi persona, creo que debo de todos modos encararme con mi destino definitivo.

—Y ése…, ¿cuál es? —Tembló Selena, mirándome asustada.

—¿No lo adivinas? —Sonreí con tristeza—. Pero antes, permitidme que me despida de todos vosotros, queridos míos…

Besé a Selena, que lloraba apagadamente. Abracé a tío Ian con fuerza. Luego, Pamela y yo quedamos mirándonos el uno a otro. Vi deslizarse lágrimas por su rostro terso y suave.

—¿Por qué, Howard? —me preguntó—. ¿Por qué no me dijiste la verdad cuando te despediste de mí en Nueva York?

—Entonces no tuve valor. Creí preferible hacerte sufrir por algo que no fuese mi muerte cierta…

—Fue un error, Howard. Yo hubiera compartido contigo tus últimos días. Ahora, sin embargo…, ¿qué va a ser de ti? No eres un ser normal, imagino…

—No, no lo soy. Algo falló en mí, pero sigo siendo lo que ese monstruo hizo de mí —señalé las grises pavesas del doctor Leonard —. Esto debe terminar, Pam.

—¿Cómo?

—Sólo puede terminar conmigo mismo.

—No, Howard, no. Tal vez otro médico… o un sacerdote…

—Sería inútil, Pam. Existe esa fiebre en mí. Puede desarrollarse en cualquier momento. La semilla del mal está sembrada en mi organismo. Germinará en un instante u otro, haciendo de mí lo que quiso crear el doctor Leonard. Y muerto él, entonces posiblemente me extinga yo o me convierta en algo peor. No, no. Vale más no correr riesgos.

—Howard, no puedes dejarme ahora otra vez… —sollozó Pamela—. Hice todo esto para salvarte…

—Y me has salvado —sonreí, abrazándola—. Me has salvado total, definitivamente. También has salvado a muchos otros. Eso debe bastarte. Ahora me siento mejor. Mucho mejor. Adiós, Pamela. Adiós para siempre…

—¡Howard! —estalló en llanto, abrazándose a mí.

La apreté contra mi cuerpo. Ahora sí que no sentía viles deseos ni instintos perversos en mí. Sólo un inmenso amor, una ternura infinita, un dolor profundo y muy íntimo…

—Adiós, Pam —repetí, besando sus cabellos, sus mejillas, pero absteniéndome de seguir con esos besos.

La aparté de mí con brusquedad. Ella me contempló, dolorida. Yo traté de sonreírle. No sé si tuve demasiado éxito.

—Es preciso, Pamela —dije—. Salid de esta habitación. Será mejor.

—¿Qué…, qué piensas hacer? —musitó.

Miré mi reloj. Contemplé la ventana de Hattie, también cerrada a cal y canto. Como la mía propia. Imaginé que la señora Maxwell debía de saber muchas cosas que fingía ignorar. Tal vez su sobrina Hattie no fuese tal, sino su abuela o bisabuela. Y ella tenía que callar, fingir… O acaso, como el doctor
O'Neal,
fuese una practicante del ocultismo, involuntaria colaboradora con las fuerzas del Mal.

—Eso es asunto mío —dije—. Seré breve. Dejadme, os lo ruego. Es lo mejor.

En silencio, salieron al corredor. Yo cerré la puerta. Dirigí una última y penosa mirada a los restos cenicientos de Papá Doc, al cadáver rugoso y horrible de Hattie Maxwell. Después, fui hacia la ventana.

La abrí de golpe.

Era pleno día. Había amanecido y el sol hería ya los tejados de Edimburgo en una mañana fría y sin nubes.

Su luz me hirió tan súbita y violentamente, que cerré los ojos, como herido por un destello ardiente y aniquilador. Todo mi cuerpo se agitó, abrasado por un fuego que me devoraba. Me encogí, acribillado por dolores tan terribles que no existen palabras para describirlos.

Creo que grité. Grité sorda, desesperadamente, sintiéndome morir. Aquella luz del día, realmente, era mortal para un vampiro. Era mortal para mí.

Me precipité contra la vidriera con todas mis fuerzas, para terminar cuanto antes.

La destrocé al atravesarla. Salté a la calle, envuelto en mil

fragmentos de vidrios rotos, en medio de un tremendo estruendo. A mis espaldas, borrosamente, creí oír gritos y sollozos en las voces de tío Ian, de la prima Selena, de Pamela, de mi querida Pamela… Luego, nada.

Me estrellé en el asfalto, de forma violenta. La oscuridad se hizo en torno mió rápidamente.

Y supe que había muerto.

Supe, en una fracción infinitesimal de segundo, que esto sí era la muerte.

Y que ahora, no había ya más vida después de morir.

En todo caso, otra vida que ya nada tenía que ver con la que yo conocía. Una vida allá, en lo eterno, acaso viajando hacia una luz suprema, a través de un oscuro y frío corredor.

# Epílogo

ESTA vez, sí.

Esta vez era el fin.

Mi fin definitivo. La vida quedaba atrás, muy atrás. Iba a saber lo que sucedía después de morir.

La escena me resultó familiar. Nuevamente estaba en aquel pasillo sin fin, oscuro e inquietante. Pero sombras familiares surgían a recibirme. Reconocí, de nuevo, a Helen, a Hazel Marston, a mis padres, a antiguos parientes, a amigos ya perdidos…

Todos me sonreían. Me recibían en el mundo de los difuntos. Me tendían sus manos, como ya hicieran una vez, para acompañarme en el gran viaje.

—Ven con nosotros, Howard —me dijo Helen dulcemente—. Ahora sí vas a venir hasta el final. No puedes dejarnos otra vez. Ya nada te ata a esa otra vida que queda atrás…

Aun así, giré la mirada hacia mis espaldas, al inicio del corredor. Y me vi a mí mismo. Como la primera vez. Sólo que ahora yacía sobre el asfalto de una calle, a la luz del sol matinal, entre fragmentos de vidrios pulverizados, rodeado de gente, de policía, de ambulancias.

—Está muerto —decía alguien con voz emocionada.

Y muchos asentían. Había sangre bajo mi cuerpo.

Aparecían Pamela, tío Ian, la prima Selena. Todos lloraban, me rodeaban…

Yo hubiera querido decirles que no me llorasen. No valía la pena. Ahora me encontraba bien. Muy bien. Ya no sufría. Era como haber dejado atrás algo doloroso y pesado, y sentirme libre, ligero, libre de todo lastre, feliz hasta el límite.

—Sé bienvenido entre nosotros, Howard —me decía Hazel—. Esto es mejor que vivir convertido en un monstruo y perder tu alma… Has sabido ganarte el derecho a llegar hasta la Luz…

La Luz. Suspiré. ¿Qué había allí? ¿Qué me esperaba al final del largo corredor de sombras? Helen tiraba de mí, sentía como si me cogiera de la mano, aunque sabía que no tenía mano ni cuerpo, que era sólo espíritu inmaterial, liviano y radiante.

—Te debo mi salvación, Howard —añadía Helen, flotando graciosamente ante mí—. ¿Qué hubiera sido de mi alma sin ti? Nunca hubiera podido llegar a la Luz. Ahora me siento libre. Y vamos a entrar juntos en la eternidad… No, ya no mires atrás. No vale la pena. Nada de todo eso valió la pena al lado de lo que nos espera.

Y yo sabía que ella decía la verdad. Que morir era agradable y dulce. Que estar muerto no era malo, sino hermoso y tranquilo. El dolor, la angustia, el sufrimiento, quedaban atrás. Atrás para siempre.

Vi la luz de repente.

Sí, estaba allí. Ante mí. Ante todos nosotros. Mis seres queridos iban a servirme de anfitriones en el gran viaje hacia lo Desconocido. Ahora ya no me quedaría en el camino. Ni Helen tampoco. Gracias a mí, su alma estaba salvada, libre de viajar a lo eterno. Y yo, yo mismo, iba con ella en ese último e infinito viaje.

—Sí —dije—. Me siento feliz aquí, con todos vosotros. Muy feliz… Pero no puedo dejar de pensar en Pamela, en tío Ian, en Selena…

—No sufras por ellos. Un día vendrán aquí y tú los recibirás. Ocurre siempre con todos. Siempre se llega aquí un día u otro. Es el viaje que todos debemos de hacer. Ellos…, ellos necesitarán entonces de ti, como ahora necesitas tú de nosotros… Siempre es igual. También un día, necesitamos de los demás para sentirnos aquí felices y tranquilos, olvidando lo que queda atrás. Mira, Howard. La Luz se acerca ya. Estamos llegando…

—¿Y qué encontraremos allí? —demandé—. ¿Qué hay en la Luz? ¿Qué existe después de morir?

—Pronto lo sabrás. Pronto… La respuesta está ahí. Sólo tú puedes verla con tus propios ojos. Nadie te la daría nunca. Ésa es la respuesta, Howard… En la Luz está esperándote…

Deseé llegar cuanto antes a esa luz radiante que servía de faro y guía a mi viaje en las sombras, rodeado de seres queridos y amables. Me sentí feliz, como nunca lo había sido antes de ahora.

Al fin iba a tener la respuesta.

Una respuesta que sólo allí era posible conocer. Siempre me había preguntado esto mismo: ¿Y después de morir? ¿Qué hay más allá?

Ahora mismo la sabría. En cuanto llegase a mi destino final.

* * *

La luz me deslumbró.

Parpadeé, cegado por su resplandor vivísimo. Pero no me sentí bien. Ya no era tan feliz, ahora que había alcanzado la luz al final de mi camino.

Pero el resplandor, lentamente, se extinguió. O mis ojos se habituaron a él. Fuese como fuere, vi lo que me rodeaba.

—Oh, no… No… —gemí.

Pero no sirvió de nada cerrar los ojos y abrirlos de nuevo. Absolutamente de nada. Estaba en el mismo lugar que viera inicialmente.

La luz cegadora colgaba sobre mi cabeza. No era tan cegadora, sino que no estaba ya habituado a ella. Se trataba de una simple lámpara colgada del techo.

Era una habitación. Una habitación blanca, aséptica. Había gente que me rodeaba. Borrosamente, vi sus cabezas, los rostros apenas si eran manchas diluidas ante mi.

—Hazel… Helen… —murmuré con voz ronca.

—No, Howard —dijo alguien—. Ellas no están aquí. No pueden estar. Somos nosotros…

Traté de ver más claro. Era imposible. Aquella voz… Si yo estaba muerto, ¿cómo podía oír esa voz?

—Tío…, tío Ian —jadeé—. No puedes ser tú…

—Claro que soy yo, Howard. Estoy aquí, a tu lado. Selena y Pamela esperan fuera. Te verán enseguida.

—Pero…, pero yo estoy muerto… —me quejé amargamente.

—No, Howard —rechazó la voz—. Tú no estás muerto. No aún, desde luego. Ha sido como un milagro, muchacho. Al principio pensamos lo peor, al verte en la calle, tras saltar por aquella ventana. Pero los médicos han salvado tu vida en el quirófano. Estás a salvo ya. Fuera de peligro, Howard…

—¡Cielos, no! —sollocé—. No quiero, tío Ian. No quiero volver… No deseo vivir. Era feliz allí…

—Pero ¿qué estás diciendo, Howard?

—Déjele —intervino otra voz—. Es normal. Nos ha ocurrido con otros pacientes a quienes se había dado clínicamente por muertos. Al volver a vivir no desean hacerlo. Se sienten mejor allí donde están. No sé por qué, no entendí nunca lo que sienten, pero es así. Será mejor esperar a que se haga a la idea de que aún vive, de que está entre nosotros…

—Sí, doctor. Entiendo.

**FIN**

# Notas

[1] El doctor Francis Duvalier, antiguo dictador de Haití, fue llamado precisamente así, *Papá Doc*, y se decía de él que poseía poderes sobrenaturales, aparte su reconocido despotismo y brutalidad como gobernante. Sus guardias personales, llamados Tonton Macoute, igual que los brujos viajeros del vudú, eran tan crueles y temidos como él mismo por el pueblo supersticioso. (N. del A.). < <

[2] Recuérdese que en Gran Bretaña, los automóviles circulan por la izquierda. < <

[3] El autor aquí, es evidente que utiliza experiencias ya conocidas de personas que estuvieron clínicamente muertas, y coincidentes en muchos puntos de sus relatos al volver a la vida. El doctor Moody, en su famosa obra Vida después de la vida, relata hechos semejantes a los que sirven al autor aquí para desarrollar su historia. Cierto que siempre se planteará la duda de si esas personas dadas clínicamente por muertas durante un tiempo, estuvieron realmente en ese «más allá», o si se trató simplemente de una visión en las fronteras mismas de la muerte. Pero aquí aparecen referencias similares, del mismo modo que anteriormente ya usara el autor aquí una historia real de aparente reencarnación, ocurrida en Illinois, USA, hace más de cien años, con dos muchachas llamadas Lurancy Vennum y Mary Roff. (N. del E.). < <